Manuel González
Obispo de Málaga

La Gracia en la Educación



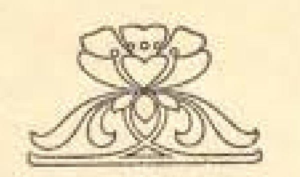
MANUEL GONZÁLEZ

: OBISPO DE MÁLAGA :

La gracia en la Educación

ó

Arte de educar con gracia



1935

EL GRANITO DE ARENA

MÁLAGA

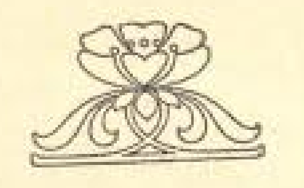
MANUEL GONZÁLEZ

: OBISPO DE MÁLAGA :

La gracia en la Educación

ó

Arte de educar con gracia



1935

EL GRANITO DE ARENA

MÁLAGA

IMPRENTA URANIA. - MOSQUERA, 9. - MÁLAGA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Reproduciendo y ampliando ideas de una Conferencia que dí en un cursillo de Maestras Teresianas, quiero traer a estas páginas y por medio de ellas a la circulación pública tema tan importante como olvidado, cual es la influencia de la gracia en sus dos sentidos, natural y sobrenatural, en la educación de los chicos y..... de los grandes.

Tema por lo pronto gracioso

¿Cabe más gracia, sobre todo cuando los señores pedagogos se empeñan en hacer de la Pedagogía, Paidología, Psiquiatría y de todas las ciencias y artes que giran en torno del tema de enseñar a educar, una cosa muy seria, muy preceptista, muy sobre el suelo y hasta los tejados del mundo y muy fuera del gusto y del humor de las generaciones de jóvenes masculinos y femeninos que se ven precisados a cambiar el saludo con ellas si han de obtener el ansiado título de Maestro y de educador?

¡Vaya si es gracioso hablar de la gracia en la Pedagog ía

Tema importante

Tan importante como gracioso. Como que para mí el primer capítulo de toda Pedagogía *racional* (¡no os extrañéis del adjetivo! ¡no es pleonasmo!) y mucho más cristiana y a fuer de tal integral, o sea, que no fraccione al niño sino que cuente con todo él, el primer capítulo de toda Pedagogía debiera ser el desarrollo de este enunciado o cosa parecida: «De que no se meta a Maestro y si se metió, que se salga, el que no cuente con la gracia de la tierra y del cielo.....» o más breve: *Que sean excomulgados escolarmente todos los desaboridos, los sin gracia.*»

Y he dicho que reservaría en las Pedagogías el primer capítulo a ese enunciado y caigo en la cuenta que me quedo corto; hay que añadir: y (¡vivan los radicalismos y mueran los paños calientes!) que toda Pedagogía no tenga más capítulo que ese y todas las demás cosas por muy campanudas y pistonudas que suenen, se queden para el lugar de los apéndices o de las apostillas. Así: no siento miedo en asentar ésta como tesis única de toda la Pedagogía.

«*El mejor maestro es el que tenga más gracia y cuente más con ella.*»

Y aunque sepa más de números que Newton, de astros más que Keppler, de microbios más que Pasteur, de letras más que Cervantes, de fuerzas naturales ocultas más que Edisson y Marconi y más de todo que los talentos cumbres de cada cosa,

aseguro que no serán educadores y por tanto maestros en la completa acepción de la palabra con todos esos tesoros de ciencia, si son unos perfectos *sin gracia*, o sea, que ni la tengan, ni la busquen ni la echen de menos.

¡Que se les cuelgue otro nombre, todo lo rimbombante que queráis; pero ¡por Dios! que no den esa mala sombra al augusto nombre de educador y maestro!

Y a demostrarlo, no sólo con donaires más o menos graciosos, sino con razones muy serias, tampoco exentas de gracia, van los rengloncillos que someto a la paciencia de los amigos y del consabido curioso lector.

¿A quiénes interesa?

1.° A los *educadores:* Sacerdotes, padres, maestros, catequistas, y guías de otros.

Y 2.° A los *auto-educadores:* a saber, los que, recibida la primera educación, se dan cuenta y se persuaden de la necesidad y ventajas, no solo de dejarse educar, sino de educarse a sí mismos.

A unos y otros paciencia para leer y provecho abundante de la lectura desea

El Autor.

CAPÍTULO I

Definiendo términos

Es tan fácil de demostrar mi tesis de que los *singracia* no sirven para educadores, que con sólo definir los términos queda demostrada a satisfacción de los más exigentes dialécticos.

Qué es educación y qué es gracia.

Con que se sepa bien el concepto real, no el que a veces llevan por falso testimonio, se tiene la evidencia de que educación integral sin gracia es algo así como tortilla de huevos sin huevos o chocolate sin cacao.

Qué es educar

Educar, según su doble sentido etimológico es *sacar* y *guiar: sacar* las energías que hay dormidas, amorfas, inexplotadas o torcidas en el niño, que como ser inmanente que es, tiene dentro de sí el principio y el término de su acción y *guiarlas* a estado de perfección.

Educar es la labor más difícil de todas las labores humanas, por lo honda, transformadora y contrariada.

Honda, porque, empezando por lo más exterior, como es el gesto, la pronunciación de la sílaba y de la palabra y la postura, ha de contar con lo más interior puesto que tiene que llegar al fondo del entendimiento para formarle el criterio, de la voluntad para forjarle el carácter, y del corazón y de la sensibilidad, en donde se esconden las raíces de las pasiones, de los gustos e instintos para enseñarles y acostumbrarles a obedecer a la razón.

Trasformadora, y *contrariada* porque su fin es siempre hacer pasar de un estado inferior a otro superior, hacer del niño de barro, niño de carne; del niño de carne de bestia, niño de carne humana; del niño de carne humana, niño de carne espiritualizada; la educación buena debe hacer del niño grosero como de barro, de malos instintos como de fieras, de rebeldías como de carne humana nacida en pecado original, un hombre cabal y a fuer de cabal, con los sentidos y apetitos del cuerpo en desarrollo perfecto y harmónico sometidos a las potencias del alma y las potencias del alma en avances perpetuos de perfección, enfrenadas, iluminadas, reformadas y siempre elevadas por la sumisión a Dios.

La educación, si ha de merecer con justicia ese nombre, es la acción misteriosa y lenta de unas manos como de hada que de un muñeco de barro sacan un hombre, de un candidato a diablo sacan un ángel, de un mal hijo de la tierra pecadora sacan un hijo bueno de Dios.

¿El instrumento?

La labor del educador es superior a la del más genial escultor. Este *hace* de una piedra o leño que no se mueve a sí mismo una *figura;* aquel no *hace* sino *saca* de un ser, que se mueve a donde quiere, un ser que, queriendo, se mueva a donde debe...

Para labor tan honda, transformadora y que ha de encontrar tantos obstáculos hace falta un instrumento largo, tenaz, eficaz, flexible; un instrumento, que como ha de obrar sobre un sujeto dotado de libertad, y de libertad más inclinada al mal que al bien, una a todas aquellas cualidades la de ser grato, la de hacerse hasta desear y amar.

¿Cuál será?

¿Métodos, técnica, estímulos morales, razonamientos filosóficos, ambiente, buenos ejemplos, lecciones elocuentes?....

Honradamente os confieso, con la experiencia de la historia y de años y de casos sin número, que todos esos podrán ser unos auxiliares del instrumento; pero no el instrumento completo y eficaz de la educación.

¿Cuál será?

Aquí de mi tesis:

Que todos esos auxiliares *con la* gracia en su doble sentido natural y sobrenatural, sirven; sin gracia, no.

He aquí el gran instrumento de la educación integral del hombre: la *gracia*.

Lo iremos viendo *con la gracia de Dios*.

CAPÍTULO II

Qué es gracia

Si por la definición, o mejor, descripción de la educación se echa de ver la necesidad en el educador de la gracia, bueno y lógico es que os diga lisa y llanamente, sin pretensión de definiciones didácticas, qué cosa es gracia.

Y para mejor entendernos, comenzaré por distinguir entre gracia con minúscula y Gracia con mayúscula, o sea, gracia natural, humana o de la tierra llamada también *sal, buen angel, buena sombra,* etc., y Gracia sobrenatural, divina y del cielo.

En qué convienen las dos gracias

Aunque con principios, campo de acción y fines totalmente distintos, hay puntos de convergencia en los conceptos de ambas gracias, y aún en las cosas en que discrepan hay cierta ley de parecido o analogía.

En dos cosas convienen o se encuentran la gracia natural y la sobrenatural: primero en que ambas son gratuitas o graciosamente dadas; y este es uno de los motivos porque esta cualidad o accidente de los hombres se llama *gracia* o *don* de Dios, sea en el orden natural, sea en el sobrenatural.

Ya veremos que esta *gratuitidad* de la gracia, no exime al hombre de prepararse con ciertas disposiciones para recibirla, para usarla debidamente y para aumentarla.

La gracia, como todos los dones gratuitos de Dios, se da siempre como *semilla* y ésta exige en la tierra que la recibe y en el labrador que la posee, laboreo, cultivo, riegos, abonos y cuidados.

El otro punto de convergencia de las dos gracias, lo da el otro aspecto de la etimología de la palabra. *Gracia* se dice de *grato.* El que es grato a los hombres se dice que tiene gracia natural; el que es grato y acepto a Dios, hasta el punto de que Dios llegue a complacerse y recrearse en él, como un padre en su hijo y en lo que su hijo hace y dice, tiene Gracia sobrenatural.

Desde luego, lo propio y esencial de toda gracia es hacer grato al que la posee.

La gracia envuelve a su dichoso poseedor y a sus palabras, obras y gestos en un olor que siempre huele bien, en un ambiente propicio y pone en cuanto dice y hace algo, que no por ser más rico, ni más genial, ni más sabio, ni más esforzado, atrae, agrada y da gusto.

La riqueza pondrá alrededor de su poseedor ambiciosos o necesitados, el saber reunirá admiradores, la majestad del poder congregará deslumbrados o encogidos; la gracia, sin ruídos, ni choques de ambiciones, ni gemidos, ni espantos, ni zozobra de fuertes emociones, ejerce su imperio calmando, perfumando, despertando sonrisas, dilatando ojos, oídos y corazones, ensanchando horizontes, espar-

ciendo aires de juventud y de vida y sembrando semillas de optimismo, de dicha y de paz.

El encuentro de las dos gracias

No se crea, a pesar de estos puntos de coincidencia, que siempre se encuentran en un mismo sujeto las dos gracias. La experiencia enseña que hay gentes con gracia de la tierra, con la desgracia de carecer de la del cielo, y que por secretos designios de Dios, para purificación y defensa de sus escogidos, hay almas con mucha Gracia de arriba y algún tantico desaboridas de la sal de abajo. Aunque siempre la santidad irradia atractivo sobre la naturaleza, no hay inconveniente en admitir *santos sosos*.....

De todo hablaremos; pero vaya por delante la afirmación de que cuando se encuentran en una misma persona la Gracia del cielo y la gracia de la tierra, surgen esas grandes figuras de la historia, centros universales de irresistibles atracciones, prodigios de fecundidad espiritual y de influencias tan dulces, como avasalladoras, sobre las muchedumbres de su tiempo y de los tiempos por venir, figuras cumbres del género humano, maestros gigantes de discípulos incontables que se llaman S. Francisco de Asís, juglar de Dios, Bernardo de Claraval, Doctor melifluo, el Santo D. Bosco, que obra milagros sonriendo y jugando con sus niños y llega hasta hacerse saltimbanqui, Santa Teresa de Jesús, que puso sonrisas en los cilicios y éxtasis divinos en las coplas de sus recreaciones, y

donaires en sus altas conversaciones y contemplaciones de Dios y fundó conventos-jardines con las puertas abiertas a todas las alegrías buenas y sanas y cerradas sólo a las almas obstinadas en la melancolía.

«No era amiga de gente triste,—ha escrito de ella su compañera de viajes M. Ana de S. Bartolomé,—ni lo era ella, ni quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: «Dios me libre de santos encapotados.»

¡Qué bien, qué deliciosamente bien, pudo decir S. Francisco de Sales, otro coloso de la atracción espiritual, que «un santo triste, es decir sin gracia o sal de la tierra, era un triste santo!» y ¡con cuánta justicia esculpió este otro pensamiento que debiera grabarse en las puertas de todas las escuelas y en la memoria de todos los educadores:

«¡Más vale callar una verdad que decirla con *mala sombra!*»

¡Ah! ¡Qué falta hace que se conozca y se estime el valor de la gracia!

CAPÍTULO III

¿Qué es gracia natural?

No con rigores de definición escolástica, sino con llaneza familiar, os diré que la *gracia* natural es una niña muy bonita y por cierto hija de un señor

largo, que se llama *Ingenio* y de una señora muy ancha que se llama *Bondad*.....

Con este bosquejo de padrón que os presento, deshago la leyenda muy corriente de que la niña de mi cuento es hija de la casualidad, como si dijéramos, hija de padres desconocidos.

No, la gracia natural tiene, gracias a Dios, sus papeles muy limpios y su prosapia muy esclarecida.

Su padre

Digo que es hija del *Ingenio*.

Ingenio, según los tratadistas, no es el genio creador y deslumbrante, ni es el talento especulativo dedicado a hacer síntesis y análisis hasta de su sombra, ni es la memoria prodigiosa que todo lo retiene como en archivo viviente, sino que es sencillamente el entendimiento que por educación, por gimnasia mental o por regalo directo de Dios ha llegado a la posesión del *don* de *hacerse rápidamente cargo de las cosas*.

Esa rapidez del caer en la cuenta, ha valido al poseedor del ingenio el calificativo de hombre de *chispa* o *chispeante*.

Un genio es capaz de componer una Iliada a lo Homero; un talento es capaz de escribir un buen libro; pero si a la excelsitud del genio y a la profundidad del talento les falta la rapidez mental, la agilidad de *chispa* del ingenio, ni uno ni otro podrán aspirar a la paternidad de la *gracia* y como consecuencia de ésta falta de aptitud para tener gracia, ni uno ni otro dispondrán a sus poseedores para ser aptos maestros, educadores cabales.

La falta de ingenio en los grandes hombres

Y aunque sabe a paradoja eso de que un mismo hombre pueda poseer un gran talento y carecer de ingenio, la historia y la experiencia de continuo citan casos tan reales como graciosos de la existencia en un individuo de esa paradoja.

De Newton, el genio de los números, se cuenta la siguiente anécdota:

Por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, el que ejercía este oficio cerca del gran genio matemático, pudo darle un día una gran lección nada menos que de geometría casera.

Newton, como casi todos los hombres grandes y chicos, tenía un flaco; y este flaco era una gatita que le acompañaba en sus horas de estudio y lo distraía en las horas de descanso.

Para que su amiguita tuviera libre acceso a él, había mandado abrir un agujero o gatera en la parte inferior de la puerta de su estudio.

Un día en que la gatita fué madre, el gran matemático ordenó a su criado que para que el gatito hijo disfrutara del mismo honor de su felina mamá, de entrar en su estudio cuando le viniera en gana, abriera otra gatera para el hijo.....

El grande, el arduo problema de la multiplicidad de las gateras, quedó resuelto con esta respuesta del rudimentario ingenio del criado:—Digo, señor, ¿por donde pasa la madre, no podrá pasar el hijo un poquillo antes o un poquillo después?

¡El ingenio venció al genio!

Y ¡cuántas derrotas ha recibido y recibe éste en las aulas!

Los triunfos del ingenio en la educación

¡Cuántas victorias del ingenio sobre el talento he presenciado en mis ya largas andanzas entre chaveas del oriente y del occidente de Andalucía y de España y, casi diría, del mundo!

Contaré *un caso* entre mil y que ciertamente vale por mil pruebas.

Allá en mis tiempos de Arcipreste de Huelva, uno de los campos de mis operaciones apostólicas fué el llamado barrio del Polvorín, formado entonces en su mayor parte por casillas de latas viejas, cañas y maderas de cajas de petróleo y habitado casi totalmente por cargadores de mineral o gentes maleantes.

En aquel barrio, separado de la ciudad unos dos kilómetros, en el que seguramente vivían tres o cuatro mil personas, no había ni una escuela, ni una Iglesia y, como es natural, había muchas tabernas y ventorrillos y con esto podrán formarse una idea de la cultura y *tal* (como me decía un famoso alcalde de barrio) de aquella pobre gente polvorinera de principios de siglo.

Como el barrio todo pertenecía a mi parroquia, creí era mi deber, y sentía como necesidad obsesionante, establecer en cuanto antes, en medio de aquellas tierras de *infieles cristianos*, una Iglesita y unas escuelas como quiera que fueran.

No hace al caso contar cómo se realizaron mis ensueños y ansias, primero en unos almacenes alquilados y después en un espacioso local propio, rodeado de amplio campo, sino presentaros un gran triunfo del ingenio que es a lo que voy.

¡Qué niños los de los primeros días de escuela del Polvorín!

¡Qué manía de romper cristales, de patear mesas y pupitres, de arrancar grifos y de dar aullidos en la escuela y en la Iglesia y de no hacer caso de maestros, ni de Sacerdotes, ni aún del municipal que a veces tuvo que ser llamado en auxilio!

Se había buscado para maestro un antiguo ex-seminarista, con siete años de teología en el cuerpo, con unas barbas de a palmo, voz de Júpiter tonante y bueno hasta dejárselo de sobra. Mi D. Facundo, que así se llamaba, apuraba su ciencia teológica en discursos sobre la obediencia, el orden, el silencio, el respeto etc. a la vez que su paciencia y su saliva en amenazas, gritos y truenos sin conseguir calmar en lo más mínimo el tumulto escolar, ni recoger otro fruto que algún que otro gorrazo o alpargatazo que le llovía, no sabiendo nunca de dónde ni de parte de quién venían.

Sobrevino, como es natural, la crisis y con el nuevo maestro que mandé ¡qué maravillosa transformación se obró!

Y por cierto que el tipo del nuevo maestro era totalmente opuesto al del antiguo; en vez de la asustante, peluda y atronadora figura de éste, un

cuerpo más bajo que alto, un asomo de bigote y una vocecilla de tenorino en ayunas.

Cuando a los dos días de regentar la escuela el maestro nuevo, me acercaba a ella, el silencio de sepulcro que dentro y fuera reinaba, me hizo confirmarme en mis temores de que el salvajismo de los muchachos se había *cargado* (así decían) al maestro y a la escuela.

Con cautela y pena penetro en el local que creía vacío y expoliado y ¡oh sorpresa! mis escolares en el más perfecto y gustoso silencio escribían números y palotes en planas, pizarras y suelos, mientras el maestro con voz casi imperceptible, casi por señas, apuntaba a unos y corregía a otros.

Conmovido y contagiado del mismo silencio miré y callé durante toda la clase de escritura.

—Y ¿cómo ha obtenido V. ese prodigioso cambio de esa turbulenta gentecilla? preguntaba yo después al maestro.

—Sencillamente, no echándole la sal de mis enfados al guiso favorito de los niños de ver enfadado al maestro..... esto es, no hacer caso de que alboroten y hacer yo lo mío..... Sin esa sal me he convencido que pierden el apetito de *meterse con el maestro*.

—¡.....!

—Sí, proseguía, en nada gozan tanto los niños como en manifestar la gran dosis de espíritu de contradicción con que nacen. El ideal del niño es *meterse con alguien* y mientras de más alta catego-

ría sea su víctima, mayor placer en el ataque o en la *metedura*, más *sal* para su guiso.

Y ¡qué razón llevaba aquel maestrito!

Parece mentira que la mayor parte de la existencia de esos seres, que por ser inocentes tienen aún más de ángel que de hombre, se emplee en tentar con tesón y picardía de diablo la paz y la paciencia de los que los rodean y singularmente de sus padres y maestros.

El reñir, el pelearse, el *tomarla* con otro a las claras o emboscadamente, junto con el persuadirse de que la *han tomado* con ellos, ¡qué propio es de los niños y qué rastro tan señalado del desorden que el pecado original deja en ellos!

¡Qué gran lección aprendí aquel día con aquella salida del maestro del Polvorín!

Contra el afán de los niños de *meterse con el maestro*, el propósito de éste de *no darse por enterado*, y a fuer de tal proceder con ellos, como si fueran los más pacíficos y agradables de todos los ciudadanos, hablándoles muy bajito y no dejando salir a la cara el más ligero gesto de molestia o contrariedad.

Y aquellos lobeznos, trocados en mansos corderillos, que emborronaban pizarras y planas en silencio y miraban con buena cara a su maestro, me parecían los preciosos trofeos de la gran victoria del ingenio de su maestro.....

Otro triunfo del ingenio

Conozco a una *María* catequista, entre muchas

de las que os podría contar cosas muy ingeniosas, que ejerce su misión catequística a todas horas y aprovechando todas las coyunturas con todo el que trate y singularmente con dos sobrinitos que con ella viven y que por cierto son dos chispas de ingenio vestidos con unos cuerpecillos de tres palmos.

Los tiene tan *metidos* en Catecismo a pesar de sus poquísimos años, que persona, acontecimiento, circunstancia o accidente que pase ante ellos no se queda sin una pregunta a la tita sobre las relaciones de aquello con el Catecismo. ¡Son dos verdaderos aprendices no solo de letra cristiana sino de espíritu cristiano!

—Tita, preguntaba días atrás el sobrinito viéndola escribir una carta; ¿por qué pones una cruz al principio de tus cartas?

—¿No te he dicho, rico, que los cristianos deben empezar todas sus buenas obras con la señal de la cruz? Esa cruz significa fe, confianza, alabanza de Dios.

—Eso es, tita, y como esa será una carta buena, tú la empiezas con la cruz ¿verdad?

—Eso mismo.

—Pues mira tú, tita, replica en tono muy convencido, dice mi maestra que la cruz se pone al principio de la suma y que significa *más*.....

La tita un poco atragantada ante la dificultad:

—Sí, también sirve para eso.

—¿Y qué tiene que ver la suma con la cruz y la cruz con *más?*

—Pues muy sencillo, chiquito mío, que por los méritos de la cruz todas nuestras buenas obras se suman con las obras buenas de Jesús, de la Virgen, de los Santos del cielo y de todas las almas buenas de la tierra.

—Entonces, tita, la cruz es un gancho que engancha todas las cosas buenas.

—Eso es, las engancha y se las cuelga como si fueran suyas a todos los que están en gracia de Dios, o sea, que están limpitos de alma.

—Y ¿en dónde dice la Doctrina eso de la cruz y del gancho?

Nuevo atragantamiento de la tita y rápida salida:
—Pues en lo que dice el Credo: creo en la comunión de los Santos.

—Pues, tita, ¡la verdad! no veo yo el gancho ahí ni la cruz.

—Mira, por la Comunión de los Santos los méritos de Jesús y de todos los buenos son de todos, con tal de que estén en gracia de Dios, y eso de que todas las cosas buenas sean de todos, nos lo ha ganado Nuestro Señor Jesucristo muriendo en la Cruz; y por eso los cristianos ponemos y usamos tanto la Cruz, para indicar una suma; como si dijéramos: hago la señal de la cruz sobre mi cabeza, sobre mi boca, sobre mi corazón, sobre mis cartas, sobre mi comida, sobre todo lo mío, que por ser mío, es muy poquilla cosa, para que sea *más*..... ¿te enteras? para que esto sea y valga no como cosa mía, sino *más*, como si fuera del Señor, de la Virgen, de los Santos.....

Velozmente interrumpe *Don chispita:* – Entonces, tita, todo lo que hace uno, cuando tiene el alma limpita, es sumar..... ¡qué alegría! ¡Y yo que le tenía tanta rabia a que me pusieran a sumar en el Colegio! Me acordaré de la cruz y del gancho y ¡verás qué sumas de números y de cosas buenas voy a hacer desde ahora!

¿Qué os parece el roción de ingenio de la leccioncita catequístico-aritmética?

La madre de la gracia natural

Os decía que el padre de la gracia natural es un señor delgado y un si es no es inquieto y juguetón que se llama *Ingenio* y que la madre es una señora ancha y tranquila que se llama *Bondad.*

De esta última quiero hablaros ahora.

¿Quién es?

¿Cómo os la presento sin definiciones estiradas y técnicas y con los suficientes rasgos para que la conozcáis a fondo y hasta le toméis el cariño y la admiración que se merece?

Yo diría que la *Bondad* es una inundación o riada del bien que guarda un corazón y que le sale por la boca, los ojos, las manos y hasta por todos los poros de su cuerpo.

En la Sagrada Escritura se consigna este elogio de un justo: «le tocó un alma buena» y en lenguaje vulgar y corriente solemos hacer este elogio: ¡Qué buen alma es!

¿De quién lo hacemos?

De quien por olfato, por instinto, por observación o por lo que sea, adivinamos que guarda en su corazón, hasta rebosarle por la boca, virtudes.

Como el fuego no puede estar escondido y no calentar, como el agua no puede estar depositada sin mojar y humedecer, como el incienso no puede quemarse sin exhalar aroma, así la virtud no puede guardarse en un alma sin que caliente, moje y perfume a su alrededor.

Y mientras de más buena ley y en más cantidad está la virtud, más irradiación, es decir, más bondad.

Bondad sin virtud

Porque bondad sin virtud, es como rayo de sol sin sol, como chispa de fuego sin fuego.

No es la ciencia, ni el poder, ni la hermosura, ni la cortesía o urbanidad las que hacen al hombre bueno, sino sólo la virtud; o sea, el hábito que lo inclina a obrar conforme con las normas de lo justo, de lo recto y de lo honesto.

Si esta inclinación a lo justo y a lo bueno la tiene el hombre por naturaleza, por índole, o por temperamento, como alguna vez se da en los naturalmente sencillos, afables, pacíficos, generosos y humildes, la virtud que de ahí resulta será una virtud y una bondad natural o al natural; pero si, como acontece en la mayor parte de los casos, la inclinación habitual a lo honesto y a lo recto, no es obra del carácter, ni de la índole, que más bien llevan y empujan a lo contrario, sino de la Fe y de la Gracia sobre-

naturales, entonces surge la virtud sobrenatural y como irradiación de ella la bondad sobrenatural, tanto más elevada y preciosa con respecto a la natural, cuanto dista la Gracia de la naturaleza, el cielo de la tierra, Dios del hombre.

Así, que virtud sin bondad natural o sobrenatural, podrá ser hipocresía, adulación, cuquería, diplomacia, urbanidad, lo que queráis llamarla, pero no bondad.

En cambio, si en el corazón se siembra virtud, esperad que pronto salga a la cara el rasgo valiente y sereno de la mansedumbre dominando la ira, el gesto compasivo de la misericordia que siente como propia la miseria ajena y el gusto atemperado de la clemencia suavizando las durezas y rigores de la justicia, esperad que maticen las mejillas los carmines del pudor y velen las miradas de los ojos y las arrogancias de la lengua las apacibles timideces de la modestia y que abran las manos, cerradas por la sórdida avaricia, las generosidades subyugadoras de la generosidad y que rostro, ojos, boca, manos, acción, ademanes, palabras, pensamientos y sentimientos aparezcan ungidos con el bálsamo precioso, embelesador y casi irresistible de la *bondad*, de la legitima, de la no falsificada.

Esa es la madre de la gracia natural.

Ahora os hablaré del casamiento de esta señora con el Ingenio y de su simpática prole.

Bodas del Ingenio con la Bondad

Cuando nuestro pueblo contempla uno de esos

matrimonios, por desgracia cada día más raros, de equilibrio estable y armonía inalterable y de paz sin sombras, hace este elogio: ¡Parece que nació el uno para el otro!

Ese mismo elogio se merece el matrimonio del Ingenio con la Bondad. Tan nació el uno para el otro, que cuando andan sueltos, ¡qué triste papel hacen en el mundo y de qué poco provecho sirven!

Ingenio sin bondad

¡Mal bicho! De él brotan, como microbios infecciosos, la *maledicencia*, la broma que duele; la caricatura, que pone en ridículo; la sátira, que levanta ampollas; el chiste obsceno o la palabra de doble sentido, que obtiene risas a costa de escándalos; la murmuración picaresca; en suma, una cosa que hace reir a unos a costa de hacer llorar o dolerse a otros, y que por eso mismo no es soplo de gracia sino mordisco o sinapismo del ingenio sin bondad, o por que no llegó a casarse con ella o, si se casó, se divorció en mal hora de ella.

El ingenio sin la bondad en la educación

Y si en el orden de las relaciones sociales o familiares tantos estragos causa el ingenio *solterón o divorciado*, no encuentro palabras con las que describir y condenar los daños que en las almas juveniles causa cuando se mete a pedagogo o educador.

Una prueba que me relevará de aducir otras muchas y muy concluyentes:

Apelo a la memoria y a la conciencia de mis lectores, que, aunque no sea más que por el título de tales lectores, demuestran que por lo menos han tenido maestro de lectura.

¿Quién no recuerda de sus tiempos de estudiante, de educando en escuela, elemental o superior, la mueca desdeñosa, el gesto intencionado, el chascarrillo de colores varios, la anécdota picaresca, el contraste ridículo con que alguno de sus maestros recibía a veces las excusas ingenuas, las confesiones sinceras, las alusiones a buenos ejemplos o consejos de la familia?

¿Quién no recuerda que aquella risa provocada entre sus compañeros por la mala *gracia*, con que algún Profesor condimentaba no sólo las flaquezas infantiles sino las salidas candorosas o las afirmaciones rotundas de la fe, de la tradición y de la virtud adquiridas en el hogar, secó para siempre la espontaneidad en su alma, marchitó la confianza y la ingenuidad con sombras de duda en la fe y de vacilación en el valor, y en su lugar echó en su corazón semillas de respetos humanos, de críticas burlonas, de escepticismos y rebeldías de *superhombres?*

¡Ah! ¿Quién podrá contar las tempestades que han sembrado los vientos de chistes y golpes de ingenio sin bondad, de maestros y educadores?

Yo estoy cierto que en la perversión de las almas juveniles, más parte han tenido las siembras de *malas gracias* de los maestros, que de *malas doctrinas* de maestros y de libros.

Indudablemente; lo que entra haciendo reir, entra más fácilmente y se pega más fuertemente que lo que entra oprimiendo el pensamiento y la memoria.

El chiste volteriano

Y tan enterados andan los enemigos de la fe y de la moral católicas de las ventajas del arte de combatir y destruir no negando cara a cara, ni refutando con razones, ni poniendo hechos en frente de hechos y argumentos en frente de argumentos, sino manejando el ridículo o el ingenio con más o menos agudeza, que ha llegado a formar escuela y método con distintos nombres y etiquetas.

Y no es que sea nuevo el procedimiento, que ya la Iglesia en sus comienzos vió combatida su Eucaristía con la paparrucha, muy en boga, de que los cristianos eran unos pobres ilusos que se reunían para comer cabezas de burro..... y no ha dejado, al través de los siglos, de recibir mordiscos de grotescas calumnias de sus dogmas y preceptos; pero últimamente, singularmente desde Voltaire, maestro en el arte de matar almas con venenos dulces como la Cicuta, hasta nuestras Instituciones libres de enseñanza, sin rival en la maña de abofetear con guante y ahorcar almas con lazos de seda, el argumento Aquiles, el cañón 42, el gas asfixiante con que se combate desde cátedras y ateneos, desde libros y periódicos, es lo *ridículo*, lo feo, lo atrasado, lo *demodé* y hasta lo antipático, que es ser y llamarse católico, apostólico, romano, y como tal vivir.

Si se pudiera entrar en el proceso de las perversiones de moral y de fe de las almas ¡cuántas y cuántas veces nos toparíamos, como primera pieza del proceso, como primera semilla de aquellas malas yerbas, con el miedo de caer en el ridículo ante el Maestro, ante los amigos, ante algunos del reducido círculo de relaciones propias!

¡Cuántas comprobaciones os podría dar contándoos casos de estragos producidos al parecer por los inofensivos *golpes* de *ingenio*... sin bondad!

Estragos de la mala gracia, o sea del ingenio sin bondad en la educación.

Entre los mil casos que pudiera contaros, que he conocido en mi, no ya corta, vida de educador de almas, voy a citaros dos, que, aunque de efectos contrarios, tienen la misma gran fuerza comprobatoria.

El dios bacalao

En una residencia neutra de estudiantes, unos papás católicos, pero bobalicones, pusieron a estudiar a su primogénito.

¡Tenía tanta fama aquel centro de la gran ciudad! ¡Hablaban tan bien de su pedagogía, de su alta cultura el cacique y el médico del pueblo, que allá tenían sus pimpollos!

Conocía yo al muchacho y era, en toda la extensión de la palabra, un buen mozo, de cuerpo y de alma, noble, sincero, piadoso, simpático.....

Mis razonamientos, temores y prevenciones, no consiguieron apartar a los papás bondadosos de aquella, a todas luces, funesta determinación. Y allá fué el mozo con el decidido empeño de darse baños de cultura y de finura y de *alternancia cortesana* (frase favorita del cacique).

Al cabo de dos o tres años, en la estación de un ferrocarril, hube de encontrarme con el mozo aquel.

En verdad había ganado en elegancia y atildamiento; pero ¡cuánto había perdido en frescura y color de cara, en alegría e ingenuidad de mirada, y en todo su aspecto de muchacho sano de cuerpo, alma y corazón!

Después de tratar de evadir el encuentro conmigo y de afectar no recordarme, puesto ya al habla con él, conseguí entrar en diálogo y pasando por encima de muchas ruinas de inocencias desmoronadas, purezas perdidas, fe cuarteada, desilusiones y hastíos, puede llegar a formar el proceso de aquella triste y dolorosa transformación.

Saqué en limpio que el muchacho fué al colegio y estuvo en él valiente y alegre y bueno, hasta que una maldita *gracia* de su director lo envenenó.

Llegó tan valiente en su fe católica, que el primer día de *Abstinencia* que se presentó, pidió, sin rodeos ni rebozo y obtuvo sin dificultad, comida de *vigilia* ¡él solo en toda la residencia!

Y repetía la petición cuando llegaba el caso hasta que un día, en una reunión de todo el colegio, vino a decir el director a vuelta de otros encomios de la labor cultural y educativa del Centro: Aquí,

decía a los escolares, no queremos otra cosa que cultura, ¡vuestra cultura, por encima y a pesar de todo! en lo demás ya lo habéis visto, somos generosamente tolerantes..... y miramos con el mismo tolerante silencio al escolar que se chupa la pipa, que se come las uñas, que se orina en la cama, que al que *metiendo la religión en la cocina,* da determinados días culto al *dios bacalao*..... ¡Amplitud y tolerancia para esas minucias, y cultura sobre todo!....

Las risotadas y miradas burlonas arrancadas para cada uno de los aludidos en aquella lista de flaquezas ridículas, dichas por la *mala gracia* del fariseo del maestro, fueron el zarpazo de tigre que abrió brecha en la hermosa alma y en las bellísimas ingenuidades y valentías del pobre incauto.

Y por la brecha abierta en su fe vacilante, por la burla del maestro de envenenado ingenio, ¡qué gusanera habían arrojado dentro la conversación libre de los compañeros, la novela inmoral, el cine desvergonzado, *la procacidad de las compañeras* de clase y toda esa corte de gusanos dorados por fuera y horriblemente infecciosos por dentro, que como plaga mortal cae sobre nuestros jóvenes para ponerlos tísicos del cuerpo y enfermos o muertos del alma!....

Otro caso. El tiro por la culata

Así podía calificarse la faena que en el caso que os voy a contar realizó un gracioso malo.

La escena se desarrolló en el patio de una Academia militar, no diré de qué nación.

En medio de uno de los descansos de la instrucción, se presenta un jefecito subalterno y ahuecando la voz y afectando ademán y gestos de general en jefe, grita: ¡a formar!

Obedecido por todos con la rapidez de la disciplina militar, prosigue el instructor en el mismo tono ahuecado:

—Señores cadetes, el que de vosotros padezca de lombrices que dé un paso al frente.

Cara de perplejidad y de aguantar una enorme explosión de risa por parte de todos.

—Y digo esto porque en la instrucción que se estaba haciendo, a alguno de vosotros seguramente se le ha salido una lombriz..... (y en tono irónico) quizás de miedo..... quizás de debilidad..... Y levantando con el extremo del cañón de un fusil un objeto obscuro tirado en el suelo, ostenta y pasea con jactanciosa cara por ante los ojos de todos ¡un rosario!

—¿A quién se le ha salido esta lombriz, caballeros cadetes?

¡La risa explotó como el estrépito de una batería de cañones; pero con la misma fuerza que explotó parece que se reprimió con la *aparición*, tal fué la velocidad del salto que dió desde las últimas filas en que formaba hasta ponerse cuerpo a cuerpo en presencia del jefecito, de un joven cadete que con la serenidad del que da los buenos días a un amigo:

—Ese es mi rosario..... dijo, y tomándolo de la

punta del fusil se santiguó con él, besó su cruz y sonriendo se volvió a su lugar.

Si a la explosión de risotadas había seguido un silencio escalofriante, al silencio sucedió una salva cerrada de aplausos, que al fin y al cabo el corazón juvenil es siempre generoso.

La gallardía heróica del mozo pisoteando el miedo al ridículo, había hecho salir por la culata el tiro del ingenio, sin bondad, del desventurado jefecito.... Pero ¡a cuántos pobres incautos ha herido y asesinado el *tiro* del *ridículo* disparado por el ingenio malo!

CAPÍTULO IV

La gracia sobrenatural

Después de describiros la gracia natural, sus componentes, el ingenio y la bondad, y los efectos maravillosos que en la educación obra, justo es que, según lo prometido, levantemos el vuelo y nos elevemos a los montes de la Gracia sobrenatural.

Y al deciros montes de Gracia con G mayúscula, os anuncio lo elevado y excelso del tema.

Qué cosa es Gracia sobrenatural y qué papel representa en la educación, estas son las preguntas a las que quiero responder.

Y no se me echen a reir los señores de la *alta* pedagogía porque pongo de clave de arco de todo el edificio de la educación una antigualla, tan saturada de polvo de biblioteca y de humo de incienso y de cirios, como la Gracia sobrenatural.

Y, si después de todo se empeñan en reirse de la gracia que les hace la Gracia en la técnica pedagógica y psicológica, ya he conseguido algún fruto con este modesto estudio sobre la gracia en la educación, a saber, hacer reir a esos señores que para tratar de pedagogía parece mojan sus plumas en vinagre y untan sus caras con escayola..... ¡tan agrios y tiesos *pedagogean....!*

Pues bien, ante los que se ríen y ante los que se quedan serios sostengo que si educar es «facer, como decía Alfonso el Sabio, que los fijos vengan a acabamiento de ser homes,» la Gracia sobrenatural ayudada de la gracia natural y de otros medios realiza ese oficio a las mil maravillas y, si vale decirlo así, por partida doble; esto es, no solo sacando *hombres acabados y cabales* de hombres defectuosísimos... sino elevándolos al honor y a la excelsitud de *hombres divinizados.*

¡Hasta ahí llega la Gracia sobrenatural!

Como con el auxilio de la misma lo hemos de ver.

¿Qué es Gracia sobrenatural?

Con el Catecismo respondo: «Gracia es un ser divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.»

Como quiero hacerme entender de los más profa-

nos en ciencias teológicas y filosóficas y con todas mis ganas ansío que los que me lean se enteren de lo que es Gracia y de cómo con ella los educadores son perfectos educadores y los educandos perfectos educados, tendré sumo cuidado en hablar lenguaje llano y desprovisto de todo tecnicismo escolástico.

¡Es tan desconsolador saber y ver que la mayor parte de los cristianos desconoce el sentido de la palabra Gracia, que es sin duda, después del nombre de Jesús, la más rica en sentidos del vocabulario cristiano!

Y nada digo, porque resalta con una evidencia que se palpa, del desconocimiento y desestima de la Gracia en que yace tanto profesional de la educación y del magisterio..... ¡Así andan de desorientados e infecundos!

Y... vuelvo al Catecismo y no a la definición de la Gracia, que concepto tan excelso es indefinible por hombres, sino a la descripción de la misma.

Un ser.....

Dejemos a los teólogos disertar sobre la naturaleza de la Gracia increada, substancial, como la tiene Nuestro Señor Jesucristo, y de la creada accidental, que es la nuestra..... Nos basta saber que la Gracia es un *ser*, una cosa que es, que existe, una realidad invisible en sí misma y visible en sus efectos; como el fluido eléctrico que pasa por un alambre o por un cuerpo cualquiera es una realidad; como el calor que invade un cuerpo y lo ablanda o lo endurece y hasta le pone rojo. Nadie ve ni el fluido, ni el calor, y todos pueden sentir y conocer sus efectos.

Y ¿qué clase de ser o de realidad es la Gracia?

¿Es un ser material, aunque más fluido que la electricidad, moral, como la fuerza producida por un hábito o una inclinación o la despertada y desarrollada por un atractivo o una repulsión del corazón o espiritual que obra directamente sobre el alma humana y la matiza como la luz a los objetos y la avalora y eleva en el ejercicio de sus facultades?

Respondo: la Gracia no es un ser material, aunque se vale de lo material y físico como de vehículo, instrumento y ocasión, como son la forma sensible y material de los Sacramentos y como son lo externo y material de las oraciones vocales, de la lectura de libros buenos, de la audición de la palabra de Dios y de los buenos consejos y de la práctica de las virtudes y buenas obras.

No es un ser puramente moral, como si fuera creado por las buenas inclinaciones y los buenos afectos del corazón humano, y tiende, sin embargo, a formar, conservar y perfeccionar el ser moral del hombre.

La Gracia es un ser espiritual, pero no porque la cree el espíritu humano, sino porque es la más perfecta participación de Dios que es Espíritu puro.

La Gracia sobrenatural es cosa tan exclusivamente de Dios, como lo es el aliento del que respira; es como el aliento de Dios; es un modo inefable y misterioso que Dios tiene de darse sin dismi-

nuirse, como el sol da su luz y su calor al mundo sin menoscabarse... la Gracia no es una partícula de Dios, que como Espíritu es indivisible, pero sí una participación tan inmediata e íntima de la vida de Dios, de la inteligencia de Dios y del amor de Dios, que, excediendo a todos los nombres y todas las categorías, llega a llamarse Ser divino.

Ser divino

Ese es el nombre de la naturaleza y del valor de ese ser tan excelso: *divino.*

Si todos los seres de la creación pueden de algún modo ser llamados divinos porque no tienen más ser que el que Dios creador y conservador les da, la Gracia es más ser divino que todos los demás, aún que los propios espíritus angélicos, porque todos los seres son participación de la virtud y del poder de Dios, pero la Gracia es participación, y la más excelsa y magnífica, de la misma naturaleza de Dios.

Por eso el ser de la Gracia pone en el alma humana como en el espíritu angélico *ser y esencia de Dios.*

Dios es por naturaleza, independiente de todo otro ser, es y vive de sí y por sí; el alma en Gracia es y vive sólo de Dios; nada ni nadie se la puede quitar.

Dios es por esencia infinitamente inteligente y amante; es la Inteligencia y la Voluntad mismas; el alma en Gracia es, no titubeo en decirlo, infinitamente inteligente y amante. La Gracia estira el alma, por así decirlo, y pone en ella capacidades

para conocer y amar hasta lo infinito, que es Dios y sus insondables misterios.

Dios es Santo, el solo Santo, el infinitamente Santo e infinitamente bueno e infinitamente hermoso; la Gracia hace del alma un espejo vivo en el que se reflejan con todo su esplendor la Santidad, la Bondad y la Hermosura de Dios.

Y no se crea que estos encumbramientos producidos por el *Ser* por antonomasia *divino* son piadosas exageraciones o sueños de una mística exaltada; sino que son enseñanzas precisas de nuestra Fe católica, como reveladas por la misma boca de la Verdad, Nuestro Señor Jesucristo, predicadas por los apóstoles y definidas por la Santa Madre Iglesia Católica.

Un ejemplo

aclarará esta doctrina, ya que la naturaleza de estos ratos de conversación no exige una demostración teológica.

Una flor es bella y un alma en Gracia es bella; ambas bellezas son de Dios, El las produce; pero la belleza de la flor no es la misma belleza de Dios, está *virtualmente* en Dios porque la virtud de Dios la produce; la belleza del alma en Gracia es la *misma* belleza de Dios, está *formalmente* en El, e iguales en la forma solo se distinguen en la intensidad. El alma en Gracia tiene tantos o cuantos grados de hermosura de Dios y Dios es hermoso sin grados, infinitamente hermoso.

Y lo que digo de la belleza, puedo igualmente

decir de la santidad, de la bondad, del entender y del querer que la Gracia pone en el alma justa: *igualdad formal* con la Santidad, Bondad, Inteligencia y Voluntad de Dios y desigualdad en la cantidad o sea en la participación.

¡Qué hermosa doctrina! Por ella pudo invitar a la *imitación voluntaria de Dios*, sin pedir un imposible, el Maestro Jesús: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

Sin la Gracia sobrenatural esa invitación ¡sed como Dios! sería un absurdo o un grito de rebeldía como el de Luzbel en el cielo; con ella el hombre, sin miedo a presunciones diabólicas ni a ensueños de loco, con la seguridad del que cuenta con lo que desea, tiene el derecho de poner en su corazón y en su boca la misma aspiración y el mismo grito de Luzbel pero infinitamente superado: «Seré como Dios»... Como El, bueno, santo, bello, inteligente, independiente, perfecto... es decir: ¡Seré Dios!

Sí, confesémoslo con el corazón y la boca henchidos de gratitud: La Gracia es un *ser divino* y *divinizador*.

Educadores, ¿váis vislumbrando la necesidad que tenéis de la Gracia para vuestro oficio de *perfeccionadores* de niños?....

Los efectos de la Gracia

Siendo la Gracia un *ser divino*, como os he explicado, y siendo para el hombre un misterio penetrar el ser de la cosa más sencilla, una brizna de yerba o un cabo de esparto, por ejemplo, ¿cómo podrá

penetrar el misterio de un ser divino? ¡Misterio sobre misterio!

El Catecismo, no obstante, lejos de acobardarse ante el dintel de ese gran Palacio de los misterios de la Gracia, sigue entrando en sus adentros explicándola, ya que no definiéndola, más que por su naturaleza, por sus efectos y operaciones.

Y entre estos efectos, que son casi infinitos, cita los dos principales y que a su vez son causas de innumerables maravillas y regalos; a saber: el hacernos *hijos de Dios y herederos* de su gloria, o sea, la *filiación* adoptiva de Dios y la *Bienaventuranza* eterna.

No se olvide que no estoy escribiendo un tratado teológico sobre la Gracia, ni aún una colección de meditaciones ascéticas encaminadas a encarecer la estima de ese rico don, sino unas modestas pláticas familiares de educación (y cuenta que no digo de pedagogía porque voy sintiendo ya empacho y casi miedo de ella a fuerza de oirla pronunciar a bocas tan sucias y de verla de pabellón de tanto pedantismo, mercantilismo, odio al niño y a su gran Amigo Jesús y de tantas otras mercancías averiadas) y por esta razón recojo de la Gracia el aspecto o la parte que más directamente ejerce influencia en el educador y en el educando y dejo los otros aspectos y efectos de la misma para aquellos lugares. La Gracia, digo con el Catecismo,

nos hace hijos de Dios.

¡Qué campo tan dilatado se abre aquí a mis ojos

y qué tema tan sin medida invita a mi lengua y a mi pluma!

¡Educadores, preparaos para andar y subir!

Dejo con gusto la palabra al P. Nieremberg que en su áureo libro «Aprecio y estima de la divina gracia» descubre maravillosamente los dos efectos de la misma:

«La vida divinísima, que juntamente con el espíritu de Dios da la gracia, no es como quiera, sino que por ella se hacen también los justos hijos de Dios con todo rigor y propiedad. Y así dice San Ambrosio: «La gracia del Espíritu Santo hace hijos de Dios». Y San Máximo dice: «Por la gracia Dios se dice y hace Padre de aquellos que solo tienen la natividad de su alma conforme a la virtud, que es por el Espíritu». Y como los que están en gracia son hijos de Dios, son por consiguiente herederos de sus bienes, como de Padre suyo: este bien y alteza es tan inopinable y grande, que no se atreviera el pensamiento humano a imaginarlo si el mismo espíritu Santo, que pasa con sus beneficios muy adelante de todas nuestras esperanzas, no nos lo hubiera afirmado. Por San Pablo dice: «Todos los que se mueven por el espíritu de Dios, son hijos de Dios». Porque el espíritu de Dios ya es suyo: y así son semejantes al mismo Dios, y partícipes de su naturaleza divina por la gracia. En otra parte dice: «Porque sois hijos envió Dios el espíritu de su Hijo en vuestros corazones, y que clama: «¡Padre, Padre!» Y San Juan escribe: «Ahora somos hijos de Dios».

San Pablo declaró qué género de filiación sea ésta, que es adoptiva y de hijos prohijados, que es de grande amor y merced. Sus palabras son estas. «No recibisteis otra vez espíritu de servidumbre en temor, pero recibisteis espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos Padre, Padre; porque el mismo espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si somos hijos también somos herederos verdaderamente de Dios, pero herederos juntamente con Cristo». «El mismo Apóstol, escribiendo a los de Éfeso, bendice a Dios, que nos eligió por Cristo antes de criar el mundo, para que fuésemos en su acatamiento santos e inmaculados en caridad, para alabanza de la gloria de su gracia. Considerando San Anselmo estas palabras, nota que dijo San Pablo cosa mayor en decir hijos adoptivos de Dios, que en decir santos e inmaculados, y que es como la gloria de la gracia la adopción eterna.

Considerando y admirando esto San Anselmo, dice: «Pongamos delante de los ojos a un hombre pobre, destituído de todo consuelo, corrompido y podrido de la ascosidad de muchas llagas y otras enfermedades, y desnudo totalmente sin tener con qué defenderse del frío. Si a este tal y tan mal parado, sin poderse valer en nada, pasando junto a él un rey poderosísimo le viese, y compadecido de él le hiciera curar, y ya sano le vistiera con sus vestiduras reales, y le adoptara por hijo, mandando que en todo su reino fuera tenido por su hijo, y que en nada que mandase le contradijera alguno,

constituyéndole por heredero juntamente con su hijo natural, y queriendo que tomase su nombre y apellido, ¿no dijeras que este tal subió a una honra grandísima y nunca tal pensada? Pues sabe que verdaderamente hace todas estas cosas Dios con nosotros: porque nacimos de la podredumbre de carne, llenos de muchas miserias en las cuales estamos caídos, sin consuelo ni remedio alguno, presos de las pasiones de todas enfermedades espirituales, cubiertos de llagas de pecados y corrupción; y Dios, solo por su misericordia, nos curará, y sanos, nos adornará con vestiduras de perfecta justicia e incorrupción, adoptándonos por hijos, admitiéndonos por compañeros de su reino y sus herederos, haciéndonos herederos juntamente con su Hijo natural el Unigénito, que es en todo igual y Omnipotente como El, mandando a toda criatura que en todo lo que quisiéramos nos sujete, llamándonos con su nombre y volviéndonos Dioses, porque El mismo dice: «Yo dije: Dioses sois e hijos todos del Altísimo. De manera que El es Dios deificador, y tu con Dios deificado». Esto es de S. Anselmo.»

Una pregunta ahora: Si educar es sacar, llevar y ascender al educando de lo imperfecto a lo perfecto ¿conocéis extremos más opuestos que podredumbre y pureza, tinieblas y luz, pecado y santidad, demonio y Dios, y fuerza que lleve del uno al otro extremo como la Gracia?

La Gracia no solamente hace al hombre hijo de Dios, sino perfecto como tal hombre

¡Interesa tanto darnos cuenta de lo que es y vale la Gracia!

Mientras más participa un efecto de su causa, más perfecto es; mientras el hombre participa más de Dios, su causa primera, más perfecto es.

He dicho que la Gracia sobrenatural es la participación, no del poder, de la bondad o de algún atributo de Dios, sino de la misma naturaleza de Dios, y por cierto la más excelente de todas las participaciones que puedan recibir todas las criaturas, criadas o por criar.

Si todas las criaturas, por ser obra de Dios conservan vestigios de Dios, huellas del paso de Dios por ellas, el hombre, la más perfecta entre todas las criaturas visibles, conserva no solo una huella o un vestigio de la mano de su Hacedor, sino que ha sido hecho en cuanto a su alma a imagen y semejanza de Dios.

A más de tener *ser* como los minerales y *vida* como los vegetales y los animales, tiene *alma* espiritual e inmortal, soplo de Dios con la que conoce y ama, y por razón de esto se parece, se asemeja cual ninguna otra criatura a Dios, Espíritu puro infinitamente inteligente y amante.

Esa semejanza, con que fué hecho el primer hombre, fué enaltecida y sublimada con la Gracia sobrenatural que gratuitamente le concedió Dios en

el Paraíso terrenal y por la cual la semejanza a Dios llegó casi a identidad con Dios.

Por virtud de esa Gracia, soplo, participación de la misma vida de Dios, el alma y las potencias de Adán fueron elevadas a un orden sobrenatural, divino, tan superior al orden natural en que fué criado, que había más distancia de la inteligencia natural de Adán a la del mismo sobrenaturalizada con la Gracia que del ser de una piedra a la vida del animal más perfecto.

Un hombre, pues, con Gracia es semejante a Dios, en el conocer, amar y vivir, tiene más de Dios, participa más del entender, querer y poder a lo Dios que un ángel sin Gracia; un hombre lleno de Gracia es un hombre lleno de Dios, de perfección, un hombre perfecto ¡el hombre cabal! Perfecto y cabal en su alma y en las facultades de su alma como en su cuerpo y en los sentidos y movimientos de su cuerpo por irradiación de la Gracia del alma.

La Gracia completa la perfección del hombre en la tierra, haciéndolo heredero del Cielo

La resurrección de la carne y la vida y la gloria perdurables del cuerpo y del alma de nuestros dogmas no son ni más ni menos que el último desarrollo y la perfección acabada de la acción e influencia de la Gracia en el alma y en el cuerpo del hombre que tiene la dicha de poseerla.

El cielo es la patria eterna de los hombres cabales: Cabezas llenas y orladas de luz, corazones rebosantes de amor, almas anegadas en la dicha de la posesión, de la vista y del gozo de Dios, sentidos y miembros pletóricos de sensibilidad y vida..... ¡ni una privación! ¡ni un defecto! ¡ningún deseo, ninguna aspiración sin llenar hasta rebosar!.... ¡ese es el cielo! ¡esa es la tierrra prometida a los hijos adoptivos de Dios! ¡la última perfección, el completo desarrollo del «Don divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su reino!» ¡hasta ahí llega y lleva la Gracia!

¡Qué pena! ¡Este fué el tesoro que perdió para sí y para su descendencia Adán con su pecado! y ¡qué alegría! ¡ese es el tesoro que volvió a ganarnos el segundo Adán Jesús!

¡Es el Reconquistador del tesoro de la perfección natural y sobrenatural del hombre!

¿Os enteráis, educadores?

CAPÍTULO V

Jesús por su Gracia, reconquistador y restaurador de la perfección del hombre

Vuelvo a decir que no escribo un tratado de Gracia, sino unos apuntes de educación cristiana y, a fuer de tal, humana, pero no puedo prescindir

siquiera de nombrar la fuente de esas riadas de luz, de bien, de perfección y de dicha que inundan al hombre por la Gracia.

Esa fuente es Jesús.

El y solo El es la causa de que el hombre haya recuperado la perfección que la Gracia original dió al primer hombre y que éste perdió para sí y su descendencia por su pecado.

Cuatro clases de causas señalan los teólogos a la Gracia: CAUSA EFICIENTE, EJEMPLAR, MERITORIA y FINAL, o sea, el Autor, el modelo, el motivo o precio y el fin de la Gracia.

¿Causa eficiente o *Autor?* sólo Dios. El solo puede dar participación de su naturaleza.

¿Causa ejemplar o *Modelo* al cual se han de parecer los que reciban la Gracia? El Hijo natural de Dios hecho Hombre. Por la Gracia se recibe semejanza, como de hermano, con El, pues nos hace hijos adoptivos de Dios.

¿Causa meritoria, *motivo o precio* que muevan a Dios a devolver tan rico tesoro a los hombres pecadores? La Pasión y Muerte de su Hijo por los hombres pecadores. De tal modo ha complacido al Padre eterno la generosidad del Sacrificio de su Hijo que, a cambio de la vida mortal que Este dió, el Padre regala vida eterna y divina y como de hijos suyos a todos los hombres que quieren recibir a Jesús por medio de sus Sacramentos, de su Fe y de su Moral.

Diríase que la Gracia es la Sangre de Jesús cayendo sobre nuestras almas y circulando por ellas para limpiarlas, elevarlas y darles su propia vida.

¿Causa final o *fin?* primeramente la glorificación suma de Dios por la multiplicación de sus hijos, que lo conozcan y amen todo lo más que pueda ser conocido y amado y secundariamente la perfección y felicidad supremas de los hombres por medio de la justificación en esta vida y la visión beatífica en la eterna.

Así es que la Gracia de Dios, que es la vida divina en nosotros, nos la ganó muriendo su Hijo Jesús, nos hace hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesús y nos une a Jesús en sus dos grandes obras, la máxima gloria de su Padre y la paz y felicidad supremas del hombre.

Jesús y la Gracia

Nuestra gracia, pues, viene de Jesús, que, en cuanto Dios, es Autor y fin de la Gracia en unidad con el Padre y el Espíritu Santo y en cuanto Hombre, es modelo y precio de la Gracia y por eso San Pablo pudo decir: «¡La Gracia y la Gloria (que es la Gracia consumada) por Jesucristo!»

Su Corazón de carne hipostáticamente unido a la Divinidad, es la fuente perenne e inagotable de la que mana por medio de los siete Sacramentos de la Iglesia, de la Oración y de los ejercicios de virtudes de los fieles, las aguas purísimas de la Gracia divina.

Jesús modelo del hombre perfecto

Nuestro Señor Jesucristo que es Dios perfecto por ser Hijo natural de Dios, es Hombre perfecto por ser Hijo de Dios y de Santa María Virgen por obra del Espíritu Santo. Perfecto hombre en su inteligencia, incompatible con el error, perfecto en su voluntad rectísima e inmune de todo mal, perfecto en su corazón, el más fino, en su sensibilidad, la más exquisita y ordenada, y en el desarrollo de todas sus facultades y pasiones y en el orden de cada una con respecto a las otras. Jesucristo como Hombre perfecto, realizó hasta el último ápice el tipo de hombre que Dios tuvo en su mente al formar el primer hombre y por medio de él al género humano. Pilatos, el juez pagano y débil, pronunció una gran verdad, fórmula a la vez de misterio y de profecía, presentando desde el balcón de su palacio a Jesús azotado por la soldadesca con estas palabras: «He aquí el hombre».

¡El hombre por antonomasia, el hombre según Dios, el hombre cabal!

Pues bien, ese Hombre ¿sabéis por qué es perfecto, absolutamente perfecto? Porque desde el primer momento de su ser, en que fué unido substancialmente a la naturaleza del Hijo de Dios en la persona del mismo, estuvo lleno de Gracia, y lleno de una Gracia, no accidental como la que recibimos los demás hombres, que puede darse y quitarse, crecer y disminuir, sino Gracia substancial, increada, inmutable e inconmovible, como que es, no la

PARTICIPACIÓN de la naturaleza de Dios, como la accidental nuestra, sino la misma Naturaleza de Dios. Por eso las santas Escrituras anuncian y llaman proféticamente al Hombre Dios «El Hermoso entre los hijos de los hombres, el Lleno de Gracia, de Verdad, la Flor, la Fuente, el Sol, el Oriente, el Hombre y Hombre» y con otros mil calificativos que ponen muy a las claras no solo al Hombre perfecto, sino al Hombre lleno de perfecciones para perfeccionar y llenar con ellas legiones de hombres en número sin cuenta.

Cómo el Reconquistador Jesús va realizando la perfección del hombre

El hombre que más participa de Dios es el hombre más perfecto; el hombre que más se parece a Jesús es el que más participa de Dios y por tanto el más perfecto.

¿Cómo hacernos semejantes a Jesús, a fuer de hermanos suyos, cómo hacernos retratos, imágenes vivas de El?

1) Por la *gracia externa* (impropiamente llamada gracia). Se suele llamar así el conocimiento del Evangelio, la predicación, la consideración de los ejemplos de Jesús, de su Madre Inmaculada y de los Santos, las buenas lecturas y conversaciones, etc. que, aun obrando por fuera, inclinan e inducen al alma a la imitación de Jesús por el vencimiento de las pasiones desordenadas y la práctica de buenas obras.

2) Por la *gracia interna*, que es la propiamente Gracia.

Y 3) Por la cooperación consciente, deliberada y libre del alma a la acción interna de la Gracia, sea actual, sea habitual. Y ésta es precisamente la gran obra que ha de realizar la otra gracia, la del hombre: A saber, preparar, fomentar y conservar, a pesar de obstáculos, tentaciones y peligros, esa cooperación del alma a la Gracia de Dios. Eso es lo que llamo *educar con gracia*, o más brevemente: *Educar*.

¿A quién? ¡Fijáos bien!

Al niño desde que nace hasta que esté educado del todo.

Cómo lleva a su perfección al niño

Estudiemos al niño.

Pero no al través de libros más o menos científicos y de cuentos más o menos poéticos, sino en el mismo niño visto con luz de Fe y de observación y experiencia. ¡Qué interesante estudio!

A la par os iré presentando al pormenor la acción del educador *gracioso*.

La herencia del niño

El punto de partida de toda pedagogía racional, humana y de verdad educadora, tiene que ser el conocimiento del estado en que ha dejado al hombre la triste herencia de su primer padre: el pecado.

La transmisión de esa herencia de pecado, que es un misterio de la Fe, es a la par la llave del secreto

de insondables misterios y la solución salvadora de los más insolubles problemas de la educación, de la justificación y aun de la divinización del hombre.

El pecado original hace que todo hombre nazca IN DETERIUS COMMUTATUS, deteriorado en su alma y en su cuerpo, como enseña la Iglesia; no nace esencialmente corrompido, como defienden los protestantes, de tal modo que el pecado, según su doctrina fatalista, es imperdonable e imborrable, ni tampoco nace bueno y recto, como pretende la escuela racionalista de Rousseau, y la sociedad lo corrompe.

El pecado causa primera y principal de la deformación del niño y del hombre

Quizás se me ría algún flamante pedagogo o psiquiatra, si al hablar de educación meto la palabra arcaica y mal sonante, ¡el pecado! pero ¡qué le vamos a hacer! quieran o no quieran esos señores el pecado, en su concepto genuinamente cristiano, no de delito exterior castigado o castigable por los hombres, es el gran tropiezo, el gran disolvente, el microbio más infeccioso para el educador y para el educando.

Sí, el pecado, sea *original* o privación de Gracia santificante con todas sus consecuencias, o sea, *actual*, que es la transgresión advertida, voluntaria y consentida de la ley de Dios, quita al educador,

por lo menos, alientos, luces, influencia, atracción, suavidad, unción o cariño para con sus educandos y si, repetido, se convierte en vicio o incredulidad a más de quitarle todo aquello, lo trueca en des-educador y destructor por sus malos ejemplos y malas enseñanzas. En el educando el pecado de suyo previene contra toda buena educación, endurece y petrifica la tierra de las almas en las que se han de sembrar las buenas simientes educadoras, para que no arraiguen o las sequen y ahoguen con las malas yerbas y espinas de los vicios.

Hay que contar con ese mal

Tírese por donde se tire y búsquense las teorías y sistemas que se busquen, si la educación no se ha de limitar a unas formas hipócritas de urbanidad, si ha de proponerse hacer de un sujeto torcido un hombre derecho, de uno mal inclinado, voluble o inquieto un carácter recto y un tesón inconmovible, si la educación ha de aspirar a trocar todas las imperfecciones en perfecciones y a llevar a su último desarrollo todas las facultades y resortes del educando en estado embrionario, latente o averiado, si pretende honradamente todo eso y, llevada o influída por los racionalismos pedagógicos de la escuela de Rousseau, prescinde de contar con la influencia del pecado original y actual en sus educandos, está condenada de antemano a los fracasos más ruidosos y a la esterilidad más vergonzosa.

Cuando veo u oigo a esos encopetados paidólogos y pedagogos HACER QUE EDUCAN afectando desprecio a la influencia del pecado y hasta desdeñándose de meter esa palabra en el campanudo y rimbombante vocabulario de sus sistemas, no puedo menos de sentir lástima profunda por ellos, por el tiempo y las fuerzas que malogran y sobre todo por sus educandos, pobres ciegos por ciegos, conducidos. ¡Como si todas las filosofías y pedagogías, de esas enrevesadas, hubieran podido hacer de un niño inclinado a la rapiña, a la sensualidad, a la altanería o a la ferocidad o por ellas ya dominado, un niño y un hombre justo y cabal!

¡Prescindir del pecado, de su influencia o de sus tentaciones en la educación!

¡Treta de engañadores y aduladores o ridículo ardid de rapazuelos que creen no ser vistos cuando se tapan ellos los ojos! Si en nuestros dogmas cupiera más y menos, yo diría que el dogma del pecado original y de su herencia por los hombres, es el dogma más fundamental de toda Pedagogía sana y racional. Sin tener en cuenta ese dogma, el niño, mezcla de ángel y de fiera, es un ser ineducable, un monstruo.

Una simple ojeada a la Teología, en esto como en muchas cosas, confirmada por la experiencia de cada día, os recordará los valiosos elementos y factores educativos de que priva el pecado.

Lo que el pecado quita

1) La *Gracia santificante* que hace al alma justa vivir vida divina y ser hija adoptiva de Dios y las

muchas *Gracias actuales* que la ayudan y disponen para hacer obras buenas y actos de virtud.

2) La *integridad* que acompañaba a la Gracia que Dios infundió en nuestros primeros padres, o sea, la sumisión de la concupiscencia a la razón; privada el alma de esa integridad quedó esclava de la concupiscencia.

3) Las *fuerzas físicas* y *morales* que confiere la Gracia para obrar en orden a la vida eterna.

4) El *auxilio sobrenatural* para guardar toda la ley natural; el hombre sin el auxilio de la Gracia no puede guardar *por mucho tiempo toda* la ley natural, no por dificultad física, sino moral, como es por ejemplo, la continencia en horas de tentación o inclinación al mal, procedentes de la misma naturaleza corrompida, de los hombres, del demonio, de las ocasiones o de los objetos externos.

5) El *privilegio* que Dios concede de evitar el pecado venial y el *gran beneficio* de la perseverancia final.

Y fuera del orden sobrenatural, a más de los innumerables desastres que a la salud, a la economía, al orden público y doméstico acarrean el pecado, el vicio, el hombre por él perdió otros dones preternaturales que dignificaban la naturaleza, e incurrió como dice el Concilio de Trento en «que el libre arbitrio fué atenuado e inclinado» al mal por la pérdida de la Gracia y de las virtudes infusas, por la privación de las gracias actuales, por la pérdida del don de integridad, por la cautividad del

demonio en la que cae y por ofuscación de su inteligencia y debilitación de su voluntad.

Y pregunto ante ese montón de facilidades para el bien que quita el pecado y de sugestiones para el mal en que nace el niño ¿qué hacer? ¿qué opinar? ¿Reirse despectivamente? ¿Cerrar los ojos y la boca?

No, eso será todo lo racionalista, naturalista, modernista y vistoso que queráis; pero eso no es educar, eso es y se llama..... ¡arruinar las almas!

Sí, para educar hay que empezar por contar con que el niño nace con un pecado y con una mala inclinación y luchar contra uno y otra.

La Gracia luchando contra el pecado

Es cosa que ensancha el alma de gratitud y llena la boca de alabanza a Dios, descubrir el modo tan maravilloso como verdadero con que la Gracia sobrenatural, de muñecos de barro fragilísimo y poroso, hace santos y precisamente a fuerza de golpes, y a pesar de nadar por mares de malas doctrinas y perversos ejemplos; de fieras saca corderos, y de espíritus ciegos o medio cegados de soberbia y esclavos de ambiciones y de sensualidades obtiene ángeles de humildad, de pureza, de sabiduría.....

¡Con qué razón y con cuanta gratitud y alegría exclamaba uno de esos hombres prodigio de los misterios transformadores de la Gracia, San Pablo: POR LA GRACIA DE DIOS SOY LO QUE SOY!

De por mí, podía decir, era una fiera sedienta de sangre inocente y un calenturiento de pasiones groseras; mas por la Gracia de Dios, mientras más flaco soy, más poderoso me siento; mientras más tentado, más seguro; mientras más odiado y perseguido, más ardo en deseos de perdonar y de amar.

Buscad, pedagogos del racionalismo naturalista, hombre más violento de pasiones, más ardiente en cariño por sus tradiciones, más prevenido contra la doctrina y los hombres que no fueran de su escuela y religión y por otra parte de apariencia más insignificante que Saulo de Tarso y después buscad una fuerza, una palabra, una magia, una sugestión, una medicina, un método, lo que queráis, que lo cambie en Pablo, Apóstol de Jesucristo..... buscad, buscad, que os aseguro que pasarán los años y los siglos y no lo encontraréis más que en la virtud de esta palabra, en la Gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Y esa palabra es cristiana ¡es la nuestra!

Alumbrados y sobre senda segura por la luz y la doctrina del misterio dogmático de la transmisión de la herencia del pecado, quiero iniciaros en otros misterios psicológicos del niño.

CAPÍTULO VI

El misterio infantil

Que no se me ría el lector de ver reunidas esas dos palabras al parecer tan distantes entre sí.

Sí, amigos míos, la niñez tiene sus misterios como los tiene la juventud y la misma vejez. Lo que es que en esto de los misterios ocurre lo que con todas las cosas de la vida, que, como dice el refrán, «unos nacen con estrella y otros estrellados».

Los poetas y los enamorados han dado en cantar los misterios de la edad florida y en fantasear hasta lo inverosímil, por no decir hasta lo ridículo o lo absurdo.

¿Qué misterios no ven en los ojos azules o negros, en los labios rojos o cárdenos, en los cabellos rubios o castaños, en las manos afiladas o rechonchas, en los pies menudos o ligeros, de quince o veinte años?

Pero sobre el misterio que a veces guardan unos ojillos apenas abiertos a la luz y unas cabecillas inquietas de doce, diez, ocho y hasta de tres años ¡no os volváis a reír!, sobre ese misterio nadie suele parar mientes y los que por ventura observan algo raro o anómalo salen pronto del paso con la consabida cantinela de ¡cosas de niños! sin que se les ocurra observar, ahondar ni mucho menos remediar nada.

¡Cosas de niños! ¡Cuántos misterios, encantadores los unos, aterradores los otros, se ocultan hartas veces en esas despreciadas COSAS DE NIÑOS!

De mí os aseguro que cuando me asomo al alma de los niños más veces siento temor y pena que gozo y esperanza.

¿Qué es un niño?

Ved aquí una pregunta que, al través y a pesar de cuantas cosas han dicho en verso y en prosa los poetas y en discursos, tratados y clasificaciones los pedagogos, está aún sin responder cumplidamente.

Si todo hombre es un misterio, el niño por lo que tiene de hombre y por lo que tiene de niño es misterio sobre misterio.

El somas, lo sensible, lo animal del niño, su desarrollo, las apariciones y combinaciones de los distintos elementos de su animalidad, el psiquis, el espíritu despertando a los golpes de muy diversos agentes e influencias, asomándose de mil variadas maneras por los sentidos y órganos infantiles..... ¡cuántos misterios!

Es para admirarse ver hoy en torno del niño verdaderos ejércitos de salud y protección de pedagogos, paidólogos, teleólogos, médicos, psicólogos, etc., etc., estudiando, observando, conjeturando, clasificando la naturaleza, los modos de ser, los fines de los niños.

Y que todos, quien más quien menos, deben tropezar con dificultades serias, es decir, con algo de misterio, lo canta bien a las claras la diversidad

y la colisión de opiniones, procedimientos, conclusiones y sistemas.

Y si al misterio se viene a parar ante la pregunta ¿qué es el niño?, a un abismo de ellos se asoma uno ante esta otra.

¿Qué es este niño?

Honrado por Dios con el altísimo ministerio de conducir almas a El y de modo singular de pequeñuelos, ¡cuántas y cuántas veces me he detenido, como si me encontrara ante la cuestión más obscura de Teología, ante niños de siete, ocho, diez años, preguntándome a mí mismo ¿qué es este niño? Y ¡cuántas veces cansado, me doy por vencido en mis averiguaciones!

El misterio

Decidme si nó es esto un misterio.

Lo que en un niño es síntoma positivo en otro lo es negativo, lo que en éste es señal de pena, como las lágrimas, es de honda satisfacción o puro fenómeno fisiológico en otro, la risa misma, señal tan expontánea de bienestar o de burla, es manifestación en muchos casos de rápida percepción de defectos en los que los mayores no caen, de disimulo, de humillaciones o de defectos inconfesables. Este mofletudo parece un candidato a atleta o a dormilón o *gurman* perpetuo, y se revela después con tendencias a anacoreta, aquel rubillo, o aquella, con cara y transparencias de ángel nunca caído e incapaz de caer, se descubre a lo mejor

como saco de picardías y trapacerías... Interior, tendencias, aptitudes, ingenuidad, síntomas de los niños y de las niñas, aun de los más pequeñuelos, ¡con qué enigmas tan atormentadores angustiáis el alma de los que con conciencia recta quieren educar!

¡Cuántas veces con lo que se atrae a uno, porque es inquieto, se aleja a otro, porque es tranquilo, con lo que se despierta interés y alientos de gigante en éste, porque es soñador y audaz, se produce horror, indiferencia o aburrimiento en aquel, porque es apático; con lo que el que parece tardo y como dormido se entera, el que es listo y chispeante de mirada y de inteligencia, se aturde y ¡lo que es más desconcertante! ¡cuántas veces el hijo de malos padres y de perniciosas enseñanzas sale bueno y el de buenos padres y ejemplos buenos, a todo pasto, malo, y de una misma familia buena y de unos mismos buenos maestros y respirando el mismo ambiente salen unos tipos tan varios y opuestos en aptitudes, carácter y moralidad que ponen perplejidad y espanto en el observador!

¿Qué dice todo esto?

Dice que todo niño tiene su secreto: conocido unas veces y otras desconocido, aun de él mismo, que no es siempre ni muchas veces hijo de la malicia, sino de la ley singularísima que cada niño tiene de crecer, desarrollarse y dejarse influir del ambiente y del medio en que vive. Singularísima, digo, porque, como no hay dos caras iguales, tampoco

hay dos leyes o moldes iguales. Esa ley individualiza al niño para toda su vida.

Antes, pues, que otras medidas hay que tomar la de dedicarse a conocer a los niños. Y conocerlos con un conocimiento, no sólo general, sino singular, esto es, de este y este niño, no sólo con los datos que suministra la psicología del hombre y la de los niños, sino principalmente con los que da la observación paciente y concienzuda, lo más objetiva y menos subjetiva posible de *este* niño.

Dos dificultades principalmente se presentan: una por parte nuestra y otra por parte del niño.

La gran dificultad nuestra

Está en *hacerse cargo* de la psicología del niño.

Para mí una de las causas que dificultan el conocimiento interno del niño es precisamente la tendencia, y a veces el empeño, que tenemos de obtenerlo *al través de nosotros*, es decir, deduciendo lo que es, piensa, desea o hará el niño de lo que nosotros seríamos, pensaríamos, desearíamos o haríamos en su caso.

Ese conocimiento subjetivo y no objetivo del niño tiene todas las probabilidades de un engaño total o a medias al menos.

El niño no es un hombre chico, como dan en decir no pocos *pedagogos de papel* o al través del papel impreso, sino que es esto solo: un niño; es decir: una menuda persona humana con espíritu y cuerpo substancialmente idénticos a los de los

hombres, pero en su movilidad, irreflexión, perceptibilidad, desarrollo, manifestaciones, impresionabilidades y ambiente con unas leyes tan distintas de las de los mayores que los coloca en una diferencia de ellos casi substancial.

Diferencia entre el niño y el hombre

Dejando a un lado las de volumen y desarrollo, parad vuestra atención en las tres siguientes:

En la *movilidad:* en el niño por *necesidad*, por *instinto* todo es dinamismo fisiológico; el cuerpo para desarrollarse necesita moverse, diría que vive para moverse; el espíritu en cambio necesita ser movido, ser despertado; ¡qué trabajo cuesta a los mayores hacerse cargo de esa *necesaria* movilidad de los niños! con ella contaba S. Juan Crisóstomo cuando bondadosamente decía a los niños de su Catequesis: —Niños, estáos quietos si podéis...; en el hombre, más dinamismo espiritual, en la inteligencia y en la voluntad, el cuerpo no vive para moverse, sino que se mueve para ir viviendo.

En la *impresionabilidad:* el niño sumamente impresionable para los accidentes físicos o fisiológicos, como el frío, el calor, el dolor de la enfermedad, el hambre, el sueño, etc.; tardo o nulo en las penas y accidentes morales o espirituales, como descréditos, ingratitudes, venturas o desventuras a largo plazo, etc. y por esta razón *irreflexivo*, siente más que piensa, apetece más que quiere, pasa facilísimamente de un extremo al otro e *inexperto*, como ser que empieza, sin fondo de reserva de

experimentos; todo lo contrario ocurre en el hombre.

En la *perceptibilidad:* aquí es donde yo encuentro la mayor diferencia entre el niño y el hombre y es de la que nos cuesta más trabajo hacernos cargo.

Estudiemos el modo de apreciar unos y otros las personas, las cosas y los acontecimientos.

Yo he visto a una pequeñuela a la que la vista del cadáver de su madre le produce una impresión de extrañeza, no más, porque *se había puesto muy rara*, y la noticia que le dan de que por razón del luto, no podía estrenar un traje rosa, con el que venía soñando, arrancarle lágrimas y lamentos de máximo dolor; he sabido de un chiquito enteco, asustadizo y nerviosillo ante una sola palabra o gesto de seriedad, que se entretenía en atuzar con sus dedos mojados en su saliva los largos bigotes de un pariente difunto.

Todos habréis visto los espantos y estridencias de llantos y desgarros infantiles por un juguete barato roto por el hermanito o por la criada y la algazara con que celebran los niños a lo mejor sus crueldades con los animales domésticos y con los viejecitos o lisiados. Yo os puedo asegurar que hay niños y niñas de cuatro años que ya saben mentir y disimular con sus risas y llantos, con sus caras y miradas inofensivas, con sus ojos cerrados como de dormidos, y que a veces a esa precocidad de la malicia sucede un estado de adormecimiento o atontamiento en la juventud y edad viril como si en la primera edad se hubiera consumido toda la mentalidad.

Ahora bien, ¿quién por malicioso y suspicaz que sea puede olfatear siquiera por ese mundo de contrasentidos, de sorpresas, asombros y grandes menudencias?

¡Es por ejemplo tan fácil deducir de aquella sequedad de lágrimas de la niña que ve muerta a su madre en contraste con la pena del traje rosa sin lucir su carácter cruel y egoísta! Esa deducción, sin embargo, puede fallar.

Por muchos esfuerzos que hagamos por ponernos en lugar del niño, siempre nos quedaremos a mitad del camino por esta razón entre otras.

Cómo perciben los niños y los hombres

Los niños perciben con sus ojos, no digo más, pero sí mejor que los hombres, porque no ven más que lo que ven, esto es, lo concreto, lo presente, lo singular y esto aislado, sin hacer comparaciones ni buscar simetrías a menos que sean cosas muy a la vista; los hombres ven con los ojos, con la imaginación, con la memoria, con el entendimiento y a veces hasta con la voluntad o con el interés; por eso ven mejor lo universal, las relaciones de unas cosas con otras, la simetría o la desproporción y muchas veces ven, más que lo que es, lo que puede o debe ser o ellos quisieran o soñaran o les interesa que sea.

El niño a fuerza de no ver más que lo que ve con sus ojos tiene más probabilidades y facilidades de ver lo que no ven los mayores, como coger el rasgo fisonómico, la nota ridícula de una persona

a la primera vez que la miran, sobre todo de sus maestros, algo que se escapa a los más perspicaces de los mayores; en cambio no enjuicia ni generaliza, ni hace deducciones como los mayores.

¡Y es tan difícil, repito, tan violento para una persona mayor ver con la simplicidad e independencia de otra facultad perceptiva de los pequeños!

La dificultad mayor. La de parte de los niños

Pero el obstáculo mayor para penetrar el misterio del niño, con serlo tanto el que acabo de indicar, es la condición esencial de todo niño a fuer de racional, a saber, su *libertad*.

Bien están los *test* y encuestas y métodos de experimentación psicológica para averiguar el grado de atención, memoria, energía volitiva y de las inclinaciones del niño, pero ¡que no se olvide que esa atención, esa memoria, esa voluntad radican en un ser libre, de libertad más o menos desarrollada, dirigida o fortalecida, pero con determinación para tirar a la derecha o a la izquierda, adelantar o atrasar, escoger o rechazar éste o aquel medio! ¡libre!

Y, en consecuencia, que hay que contar con que este niño *clasificado* científicamente para la categoría inferior, porque sí y sin que sepáis por qué, por su propia libertad, puede subir a la categoría superior.

Y si a esa grande y desconocida y arrolladora fuerza motriz natural, la libertad, añadís, tratándose de cristianos, otra de poder y alcances incompara-

blemente mayores, que se llama la *Gracia* sobrenatural, que trueca el barro en espíritu y el espíritu en naturaleza participada de Dios, eleváis el secreto del ser y del poder del niño a lo inabordable y, casi diría, a lo inefable.

Una sola palabra de comprobación: los niños santos.

Los ha habido y los hay para gloria del Creador y honor del género humano, y nacidos y criados a las veces en los medios más opuestos, como de padres, familias y pueblos gentiles, impíos o depravados.

Ante estas dos grandes dificultades para conocer a los niños en general y a cada uno en particular, ¿qué hacer?

¿Encogernos de hombros?

Me da pena cuando oigo a directivos y educadores de muchachos excusar sus despreocupaciones, desatenciones, faltas de interés, de estudio y de observación en su elevado oficio con estas palabras: ¡bah! ¡cosas de niños!

¿Pero cuáles son esas cosas de niños? ¿No están los niños en el mundo más que para entretener o molestar con *sus cosas?* Y si a esas cosas no les concedemos más que ese ¡bah! de indiferencia ¿cómo y cuándo vamos a conocer a nuestros educandos? Y si no los conocemos, ¿cómo los vamos a formar quitándoles lo que les estorbe o dañe, previniéndolos contra sus peligros, alentándolos en sus luchas, supliéndoles en sus debilidades y

flaquezas? ¿Que ya los exhortáis a ser buenos, y les dáis buenos consejos, y los reprendéis y castigáis cuando son malos....? Pero dejad que os pregunte otra vez: ¿sin conocerlos?

Permitidme que os compare a médicos empeñados en curar a sus enfermos con *mangas* de *riego* de medicinas.

Educar a niños sin conocerlos más que por lo que de ellos dicen los libros y sin haber aplicado el ojo ni el oído al corazón y al pensamiento y a la ley individualizadora del niño, de *este niño*, que tratáis de educar, es lo mismo que tratar de curar a los enfermos de una sala de hospital regándolos periódicamente con medicinas, las mejores que queráis, pero comunes e iguales para todos.

Lo que hay que hacer

¿Que en vista de las dificultades de conocer al niño es tarea de todo punto imposible conocerlos a fondo? ¿que cómo se van a vencer esos obstáculos? ¿Cómo y con qué romper ese velo que oculta el misterio de la infantilidad?

Os respondo:

1.° que, si es difícil, no es imposible, puesto que hay quien lo penetra y

2.° que el resorte para penetrar en el secreto de cada niño está contenido en estas dos fórmulas: «hacerse como niño» y «ganarse al niño».

«Hacerse como niño»

Razón de la primera fórmula: nadie conoce mejor a un niño que sus mismos compañeros.

Profesores, inspectores y superiores de Colegios de niños o de niñas, ¿no os habéis sentido una y muchas veces humillados y confundidos de los *chascos* que os dan discípulos vuestros de muchos años a los que teníais en concepto casi de ángeles y santos?

Pero vuestra humillación no ha venido por la noticia de la caída de los que creíais altos, sino de la que os han dado condiscípulos del presunto ángel de que *siempre* en el colegio fué disimuladamente lo que después sin miedo y sin hipocresía dió a conocer.

Y como yo también he pasado por la pena de esos *chascos*, os confieso que no acabo de perdonarme mi ceguera en no ver durante muchos años en un niño o en un joven lo que sus compañeros estaban hartos de ver, criticar o participar, como cómplices.

Masonerías insospechadas

Y puesto ya sobre esta pista, ¡cuántas veces he hecho y comprobado esta observación: En un Colegio, llámese Seminario, Noviciado, pensionado, escuela, Instituto, como se llame, ingresa un niño desconocido y desconocedor de todos sus compañeros: sabed que si ese niño tiene un defecto o mala inclinación, al cabo de una semana, no más,

está enterado de los que en aquella cojean del mismo pie y en complicidad con ellos tan íntima que a veces pasarán años sin que los superiores más sagaces se den cuenta.

¡Cuántas veces en mis exploraciones y sondeos de almas infantiles de muchos lugares he tropezado con esa mutua y secreta inteligencia, que llamo para mi gobierno *masonería* verde, roja, amarilla y de distintos colores..., según la especialidad a que se dedican!

Y conste ¡que no exagero ni un ápice!

Tribunales infantiles

Escuelas he visitado de maestros de fino instinto pedagógico en las que he visto aprovechar ese buen ojo de los niños para conocerse mutuamente, formando con ellos *tribunales de disciplina*, a cuyo cargo corre apreciar y juzgar las faltas de los escolares y dictar la oportuna sentencia, reservándose el maestro la ratificación y la ejecución, casi siempre disminuyendo la pena, porque ¡cosa extraña! propende la justicia infantil a la severidad, quizás por lo que tiene de *justicia de Enero*.....

Una graciosa comprobación

de la eficacia de esta fórmula «hacerse como niño» para conocer el secreto del niño.

Me cuentan que un chiquitín de poco más de dos años, hijo único y a fuer de tal, mimadísimo de sus papás, amaneció una buena mañana con unos fuer-

tísimos dolores, muecas que le descomponían la cara, llantos, gritos y en constante lamento del que no se podía entender más que las dos últimas sílabas: «endo, ento, lento, dento...»

—¿Qué es lo que te duele, pichón? ¿por dónde? ¿por aquí? ¿por la cabeza? ¿por la cara? ¿por el hombro? ¿por el vientre? ¿por...?

A cada pregunta de la afligida mamá el niño invariablemente respondía con su quejido: ¡ento! ¡endo!

—¿Más adentro te duele? — ¿qué quieres, una manita de ungüento? Los papás agotaban la lista de las cosas terminadas en *ento* o en *endo* y ¡nada!

Agotados y desesperados de encontrar el mal o el sitio del mal que ponía en trance tan doloroso a su hijito, acertó a entrar a preguntar por el enfermo el portero que llevaba de la mano a un hijo suyo de la misma edad del paciente y con el que solía jugar.

—Mira, Julito, le dice la mamá, aquí tienes a José, a tu amigo Joselito.

Julito, sin abrir los ojos, proseguía su quejido: *¡ento! ¡endo!*

Y acercándose entre agresivo y solemne el porterito al camarada enfermo, le suelta esta receta:

—¿Pa qué comiste tantas *aveyanas?* Te lo dije, te lo dije: Ba a reventá.....

Un purgantito suave en vista de la receta del diminuto doctor y el enfermo curó y dejó el misterioso ¡reviento! dicho a media lengua.

«Ganarse al niño»

Es la otra fórmula para descifrar secretos infantiles y juveniles.

¡Ganarse al niño!

Me diréis: ¿para qué ganar lo que ya es propio y se posee? ¿el hijo no es de sus padres? ¿no les debe obediencia, honor, confianza? ¿para qué ganarlos?

Sí, aunque los padres sean los autores de los hijos, sin contar con ellos, no pueden ejercer debidamente sus oficios de conservadores, sostenedores, guías y superiores, sin contar con la voluntad *libre* de ellos.

Esta es la que hay que ganar para que el mandato, el consejo, el trabajo o el sacrificio del padre llegue a entrar y sembrarse en el alma del hijo y der frutos de educación cristiana.

Mientras no se haga esta conquista de la voluntad libre por el padre, o maestro educador, el alma del educando, más que campo abierto a la buena siembra, será un fortín dentro del que se almacenan y se esconden intenciones, deseos, planes, y ¡quiera Dios que a fuerza de escondidos y de no recibir luz, no se pongan agrios, obscuros y tenebrosos!

¡Cuántos fortines impenetrables de niños y niñas juguetones o inocentes pueblan los hogares y los colegios! ¡Hay que ganar esos fortines!

Vuelvo a preguntar:

¿Cómo se ganan?

Antes de dar la palabra de la respuesta os quiero recordar la táctica seguida por un Maestro soberano, Jesús.

Cómo gana a sus discípulos el Maestro Jesús

El es Dios y, como Dios, es Autor y Conservador de todas las cosas y de todos los hombres. Sin El no se ha hecho nada.

El es Dios-Hombre y, como tal, es nuevamente Autor y Dueño del hombre a fuer de Restaurador y Redentor del hombre perdido por el pecado.

Por estos títulos tiene éste obligación estricta, estrictísima, de obedecerle, honrarle y servirle.

Ntro. Señor Jesucristo tiene sobre los hombres todos los derechos y ningún deber, y los hombres tienen para con El todos los deberes y ningún derecho.

Jesús, sin embargo, que se ha dignado ser nuestro Autor y Redentor, ha querido ser también nuestro Maestro, nuestro Educador; quiere nada menos que enseñarnos a ser como El, darnos un parecido exacto con El, tan exacto, que su Padre celestial envuelva en un mismo cariño al Hijo natural, Jesús, y a los hijos adoptivos por Jesús.

¿Sabéis a qué medio ha acudido para realizar su obra educativa?

Una palabra sola lo dice:

La Gracia.

Con su poder soberano nos crió, con los dolores

de su Pasión y Muerte nos recrió o redimió, y con la Gracia, que es el valor de esos dolores, nos sigue redimiendo y restaurando. Pero además de con esa Gracia interior de su Sangre derramada para nuestra santificación, con otra Gracia exterior de sus palabras, sus ejemplos, sus miradas, su recuerdo, su imagen, se introduce en nuestros entendimientos y en nuestras voluntades libres y, sin quitar un ápice a la libertad, antes reformándola y agigantándola, hace conocer y aceptar verdades y reglas de conducta, y ejemplos de virtudes eximias y modos de vivir a su gusto, a su estilo y las fortalezas espirituales, inexpugnables al poder de la elocuencia, del terror y de los halagos, se abren y tienden sus puentes y se rinden gozosamente para que entre el Rey pacífico, el Maestro de toda verdad y de todo bien, Jesús.

Padres, Maestros, educadores, ahí tenéis la palabra sagrada, la llave de oro, el talismán misterioso que os abra y os gane los interiores de vuestros niños.

¡La Gracia! ¡La de Dios y la de hombre!

Un maestro con Gracia, con las dos gracias, es un maestro muchas veces victorioso y, por tanto, de verdad educador.

. . . .

Para ayudar a ese educador en la gran empresa de penetrar el secreto de cada niño consciente o inconscientemente guardado, debo presentaros el envoltorio en donde lo guarda.

Ese envoltorio se compone de tres sustancias o elementos que se llaman *barro*, *animalidad* y *espi-*

ritualidad. Esto quiere decir que todo secreto del niño sabe y huele a esas tres cosas que lo envuelven.

El educador que desconozca u olvide cualquiera de esos elementos no se precie de llegar a conocer al niño.

CAPÍTULO VII

El barro del niño

Las dos huellas que el barro de que fué formado el cuerpo del primer hombre ha dejado en nosotros, son

La fragilidad y la porosidad

Y no hay en verdad que echar mano de largos razonamientos filosóficos para dar con ellos.

¿Quién, a poco que registre la cabeza y el corazón del niño más débil y del hombre más elevado, no encuentra en aquellos tratando de manchar y enlodar las dos grandes facultades del alma, el pensar y el amar, la FRAGILIDAD del barro, con nombres de inconstancia, aburrimiento, desilusión, desengaño, desencanto casi siempre en compañía de la POROSIDAD del mismo, llámese impresionabilidad, susceptibilidad, contagio moral, influencia del medio ambiente y hasta de la presión atmosférica?

¿Quién puede negar la fragilidad, más que de barro, de delgadísimo cristal de las ideas y cariños del hombre y del niño, y la influencia que sobre su entendimiento y su voluntad ejercen precisamente lo que ven sus ojos, lo que oyen sus oídos, lo que tocan sus manos y aun lo que paladea su lengua y olfatea su nariz?

Pero fijemos la atención singularmente en las huellas del barro del niño.

¡Bien acusan su presencia e influencia en el alma de los niños las características del barro! ¡La fragilidad y la permeabilidad!

Si en el orden material nada hay más frágil que el cuerpo del niño, ¿qué hay más frágil en el orden moral e intelectual que la inocencia y el candor de sus almas, la fijeza de las ideas que adquieren, la atención que prestan a lo que oyen, ven y aprenden, los cariños a amigos y parientes, la ilusión y el entusiasmo por juegos y juguetes, la persistencia en una misma ocupación y, en una palabra todas las manifestaciones del alma del niño? Todo eso si en el hombre, hecho y derecho, está sujeto a fragilidades inverosímiles, en los niños tiene la consistencia de la pompa de jabón.

Y de la POROSIDAD o permeabilidad del alma infantil ¿quién puede formarse una idea exacta?

La porosidad de la esponja más absorbente, no puede compararse con la avidez y con la rapidez con que la imaginación, el entendimiento y todas las facultades perceptivas del niño, absorben jugos

de los hechos, doctrinas, máximas y espectáculos que llegan a sus ojos u oídos.

Vestigios del pecado en el barro

Y ¡fenómeno singular que testifica una vez más la existencia del pecado de origen! con preferencia marcadísima los jugos o especies que esas facultades del niño extraen, son los que de algún modo halagan y fomentan las inclinaciones, no de la espiritualidad o varonilidad, sino de la ANIMALIDAD.

Nunca se detendrán bastante los pedagogos y educadores en esa misteriosa permeabilidad y obsesionante curiosidad del alma de los niños para absorber los jugos de todas las cosas malas y peligrosas que les rodean.

Dedicado por vocación y ministerio a estudiar y guiar y salvar almas de niños, podría contaros casos, no sé si llamarlos asombrosos o espantosos, en los que esa porosidad morbosa, aun bajo apariencias ingénuas de candor e inconsciencia, hace pasar al fondo de sus almas perversas enseñanzas, resortes secretos, estímulos vergonzosos, artes malsanas y gases nauseabundos que a modo de filtraciones se rezumen de las bocas, de las cabezas y de los corazones podridos, envenenados o livianos de compañeros, de parientes y, lo que es más horrible, de padres y maestros.

¡Cuántas veces ha querido el buen Maestro Jesús darme luz para llegar hasta el fondo de conciencias de muy pocos años trocadas ya ¡qué horror! en sumideros de inmundicias, estancadas sin poder salir fuera por falta de malicia, de fuerzas, de ocasiones y por sobra de inconsciencia!

¡Cuantas veces me ha concedido el buenísimo Corazón de Jesús descubrir y destruir vicios muy viejos y muy duros cuyas raíces se habían echado en años muy tiernos y bajo apariencias de encantadora inocencia y precisamente en el seno de familias ejemplares o de pensionados religiosos de vigilancia exquisita!

Pero voy a daros la prueba más contundente de esa POROSIDAD o penetrabilidad, que yo diría, espontánea y nativa del alma de los niños para asimilarse los malos jugos de las cosas aún indiferentes y de los descuidos de las personas, aún buenas, que les rodean, e *impenetrabilidad* para no absorber ni una sola gota del jugo de las palabras buenas, de las obras buenas, de los ejemplos buenos de una buena educación durante largos y pacientes años dada.

¿Cuántos niños se educan en colegios cristianos, pongamos por ejemplo en España, apesar de su laicismo de última y desgraciada hora?

Miles y cientos de miles.

¿Cuántas familias educan cristianamente a sus hijos en España?

Sin duda muchos cientos y cientos de miles.

Y ¿se cuentan por cientos de miles los jóvenes y las doncellas, cristianos de fe y de obras, de carácter y tesón cristianos, de costumbres y modas conforme con el espíritu cristiano?

La experiencia de cada día y el amor a la verdad

nos obligan a responder con un tristísimo no. Desgraciadamente no pocos de nuestros jóvenes y doncellas más parecen hijos y discípulos de familias y escuelas paganas que cristianas.

¿Por qué? El secreto de esas desagradables sorpresas no está siempre en la ineptitud de padres y maestros, ni jamás en la ineficacia de la educación cristiana, sino que en cada una de esas escuelas y familias cristianas y cristianizadoras, verdaderos paraísos terrenales, no se puede impedir siempre que se insinuen de cuando en cuando serpientes tentadoras en forma de malos e hipócritas maestros y compañeros, criados infieles, visitas indiscretas, lecturas peligrosas y espectáculos escabrosos. Y la POROSIDAD del alma del niño SE EMPAPA más pronto con gotas y salpicaduras de jugos malos, que con lluvias y baños de aguas saludables.

¿Cuántas veces un gesto, una palabra, una sonrisa, un mohin, una reticencia, un guiño de una sola persona ha sido el principio de la perversión de un niño al paso que las conversaciones, los ejemplos, las lecciones, los estímulos, los cariños, los sacrificios de muchos años de padres, madres, hermanos, parientes, amigos y maestros, no consiguen la preservación y la inmunidad de muchos niños de esas mordeduras de serpientes ocultas?

Por ahora sólo quiero sacar de esos fenómenos de la FRAGILIDAD para el bien y POROSIDAD para el mal, verdaderamente como de barro, del alma de los niños esta consecuencia: que hay que forrar ese barro con una *goma* especial: que se estire y encoja y no se rompa, que se moje y no se empape.

Esa es la Gracia de Dios.

La Gracia y el barro

Y aquí tenéis el primer trabajo de la Gracia en el alma después, se entiende, de haberle quitado y perdonado la mancha del pecado: contrarrestar, neutralizar y sobrepujar la acción de la característica del barro: la fragilidad más que de cristal, con consistencia de acero; la porosidad que emplea casi siempre en admitir todos los contagios nocivos, con la impermeabilidad de la goma; más aun: aquella consistencia de acero va ligada en misteriosa aleación con una blandura de cera y esta impermeabilidad de la goma para no dejar ni una gota de agua infecta de malos ejemplos a malas doctrinas unida a una esponjosidad maravillosa para absorber hasta la última gota de rocío de inspiraciones de Dios y de buenos ejemplos de los hombres.

¿Cómo? El modo de producirse esos fenómenos y transformaciones en el laboratorio de la conciencia humana, es un misterio ante el que hay que detenerse y descubrirse para acatarlo y venerarlo so pena de negar el testimonio de nuestros propios ojos y de nuestros propios oídos y burlarse de las enseñanzas de la historia. Porque eso sí; el hecho es tan cierto y evidente como misterioso el modo de producirse.

Y sin que deje de intentar no penetrar en el abis-

mo del misterio, sino acercarme y acercar a los que me lean a los bordes de él, debo dejar sentado el hecho de esas maravillosas transformaciones obradas por la Gracia de Dios en el barro humano y singularmente en el barro que viste el alma de los niños.

¡Ya os contaré maravillas!

La influencia del medio ambiente en los niños

Buena prueba de esa porosidad y permeabilidad, como de barro, de que os vengo hablando, es la influencia que en las costumbres del niño ejerce el medio ambiente de la calle y de la vida pública.

¡Decisiva, fulminante y arrolladora!

Allá van ejemplos.

En tierras de Sevilla, Huelva y Málaga, en donde tantos años he vivido y en donde las procesiones de Semana Santa ocupan, preocupan y absorben al pueblo piadoso y no piadoso, tenéis procesiones de chiquillos en cada barrio y en cada calle, un mes antes y otro después, con sus andas o pasos, con sus santos de barro, sus filas de *nazarenos* con cañas en lugar de velas, sus Centurias de Armados o soldados romanos, sus bandas de música con tejos, latas y cañas con papel de seda y con todo el requilorio de una buena Cofradía.

En tierras de Andalucía, la de sangre torera y de lenguaje torero aun para las cosas más serias, se juega al toro a todas horas y con todos los instrumentos al alcance (he visto monacillos, a espaldas por supuesto de sus respectivos Párrocos, torear

la mesa de la Sacristía con su sotana roja y banderillearla con un par de velas).

En España entera en esta hora de furia de deportes se topa uno con *partidos* de *football*, en plena calle, en el vestíbulo o zaguán de las mismas casas, en las mismas aulas en momentos de descuido o ausencia del maestro, en todas partes, haciendo de balones, no ya el cuero ni el caucho, sino el papel, la gorra, el pañuelo, la fruta de la merienda, ¡el pizarrín de la clase!

En las regiones más castigadas por el pistolerismo andante o por las películas policiacas se juega a los atracos, a los asaltos, a los crímenes, a las revoluciones con pistolas de real y medio o con cañas, piedras o palos por armas y con un instinto de crueldad y de acometividad destructora que asombra...

Dos notas de «mi Catecismo»

En confirmación de estas observaciones sobre la *permeabilidad* de los niños, allá van las siguientes notas:

DIÁLOGO ENTRE UNA MARÍA CATEQUISTA Y DOS MONAGUILLOS

Por tierras de Ronda

—Vamos a ver, ¿porqué ayudáis la Santa Misa tan... tan... rete mal?

—¿Nosotros? ¿acá? es que este niño... es que tú...

—No, los dos estáis iguales de mal: si estáis de rodillas, os sentáis sobre los talones o jugáis con la campanilla; si estáis de pie, miráis para todos los lados, y os tiráis pelotitas de cera y hasta dáis pataditas en el suelo como si estuviéseis jugando al balón... ¿está eso bien? Delante del Señor que está en el altar lo mismo que en el monte Calvario, en cruz y dando su Sangre y su Vida por nosotros... ¿Está bien, que mientras una madre se está muriendo, se pongan sus hijos a jugar y a divertirse alrededor de la cama?

—No, no, señora, que eso no está bien y acá ya vamos a ayudar la Misa con mucha vergüenza y formalidad...; pero, mire V. señorita, ¡si es también que algunas veces se distrae uno sin querer!

—Ya lo comprendo: pero, vamos a ver, ¿vosotros no tenéis nada que pedirle al Señor? Seguramente tendréis apurillos y necesidades en vuestras casas y en vosotros mismos... Y ¡está tan cerquita de vosotros el Señor en el altar! ¡Os oirá con tanto gusto! Y así, en vez de poneros a jugar y aburriros, os ponéis allí a decirle: Señor, que pongas buena a mi mamá que está mala, que mi papá se coloque, que podamos pagar este mes la casa, que no haya peleas ni riñas en mi casa, que... y para vosotros mismos seguramente necesitaréis pedir algo que deseéis mucho... Vamos a ver, tú, ¿qué querrías que te concediera el Señor? ¿qué es lo que tú deseas más?

—Hacer el grado de bachiller para después...

—Bueno, tú eres hombre de altas aspiraciones... ¿Y tú?

—Pues yo, lo que más quiero, lo que más gana me da, lo que le *bí* a pedí al Señor desde ahora en toitas las Misas que me queen que ayudá en mi ofisio de monago es *¡ser torero....!*

Impresiones del año 1931

¿Qué tendrá que ver la revolución con el vinagre? Propongo a los químicos sociales el estudio o el análisis de las relaciones entre esos dos elementos.

Yo lo que sé, y ustedes lo saben también, es que cuanto toca, mira o sopla esa desgreñada y harapienta dama que se llama revolución, queda al punto avinagrado... ¡Vaya si se ponen avinagrados los corazones, las cabezas, las familias, los talleres, las fábricas, las agrupaciones de hombres o de mujeres en las que hinca el diente o la mirada la de las greñas sueltas! Diríase que como el diente del áspid al desclavarse de la carne que muerde vacía su veneno, los dientes de la revolución vacían vinagre sobre sus mordidos.

¡Todo agrio! Agrios los padres con los hijos, y los esposos con las esposas, y los hijos con los padres, y los amigos con los amigos, y los patronos con sus obreros y los obreros con sus patronos, las autoridades con sus súbditos y los súbditos con sus autoridades, los beneficiados con sus bienhechores y hasta los desconocidos transeuntes con los que se cruzan por las calles...

Se acabaron los buenos modos, las frases galantes, las amables condescendencias, las mutuas y caritativas tolerancias que tan llevaderas hacen las

penas del valle de lágrimas y que son como el aceite que suaviza el andar de este pobre tren humano y le quita chirridos y estridencias y descarrilamientos.

¡Qué tema tan largo y fecundo el de «el triunfo del vinagre o de lo avinagrado por la revolución» o al revés «el triunfo de la revolución por el avinagramiento universal!»

Pero no es mi ánimo hoy meterme en esas interioridades de bodegas o laboratorios químicos sociales, sino sencillamente llamar la atención de los amigos sobre el efecto, insignificante al parecer pero de trascendencia suma en realidad, que va produciendo el malhadado avinagramiento revolucionario, que padecemos, en la cara de los niños.

Las caras infantiles, que en tiempos normales son para todo el que las mira castañuelas en constante repiqueteo, rosas de olor y gracia perennes, rayos de luz en medio de las más cerradas tinieblas... las caras infantiles, repito, también se están avinagrando... ¡Qué triste es eso! y ¡tan cierto como triste!

La desgreñada revolución les va mordiendo por medio de la blasfemia del padre y de la burla sacrílega de ¡la madre! (¡cómo se van poniendo algunas madres!), y de la enseñanza sectaria del maestro (¡cómo se han destapado no pocos!), y del grabado impúdico y calumnioso de la revista impía, y del cine desmoralizador, y de las seducciones de los amigos deshonestos, y del mismo ambiente acre de la calle, y por medio de todas esas bocas mal olientes va destilando y volcando sobre la inocencia, la pureza, la fe, la alegría, la ingenuidad del niño o de la niña, no gotas, sino caños de vinagre que corroe y envenena.

¡Pobres e indefensas víctimas! ¡Y cómo se tropieza uno por todas partes con el triste cuadro (os aseguro que para mí es tristísimo) de niños de caras, de palabras y de miradas avinagradas singularmente contra el Sacerdote cuyas manos tantas veces, gozosos, besaron!

Botones de muestra

Me contaba un Párroco de un pueblo vecino, que, días atrás, al besarle la mano un pequeñuelo y al decirle él «Dios te haga un santo», replicó otro que por allí cerca andaba en el más cínico y avinagrado de los tonos: ¡Santo, santo! pa que hagan contigo lo que han hecho con los Santos de la Línea, ¡tan partío la cara a tós!

De los días sacrílegos de Málaga, en Mayo del 31, cuando se alumbraban las plazas y las calles con las hogueras de las Imágenes sagradas, de los objetos de culto y de la Casa de Dios, una de las impresiones más dolorosas que me han quedado es la producida por un grupo de chavetas jugando al foot-ball con la cabeza de un Santo que pateaban como si fuera la pelota..... En los diarios se leen anuncios de huelgas de escolares pidiendo rebaja de horas de clase, de manifestaciones de niños por las calles pidiendo la *revolución social* y degüellos y la mar.....

Dios mío, me digo muchas veces, ¿qué le va a quedar de atractivo y dulce a esta pobre tierra si hasta las caras de los niños se ponen avinagradas?

Cómo se puede aprovechar para la educación esa influencia de medio ambiente en el alma infantil

Visito el nutrido y espacioso Colegio Salesiano de Carabanchel Alto y, después del consabido beso del anillo entre apretones y sonrisas, pasamos a la Capilla y al indispensable saludo a aquella amable y simpática familia menuda.

¿Sobre qué les hablo?

El Niño Jesús que tenían en el altar mayor me da el tema.....

Queridos niños: ese Niñito Jesús con sus bracitos abiertos y su rodilla derecha levantada me está diciendo que espera y que teme algo...

¿Qué será? ¿Qué dice el Niño Jesús en esa postura?

Una docena de índices levantados y dos docenas de ojos guiñando piden la palabra; la doy al más cercano a mí, rubio por más señas, y con la viveza de un relámpago me dice en correcto castellano:

—El Niño Jesús en esa postura está haciendo de *portero*.

—¿ ... ? ¿Y el balón?

—El diablo, me responde imperturbable.

—Y si el diablo gana el *gol* ¿quién pierde?

—El Niño Jesús.

—¿Y en dónde se mete el diablo cuando entra por la *portería?*

—En el alma de los niños.

—Magnífico, eres un gran catequista y un gran futbolista...

Pero a mí algo más me dice el Niño Jesús con esos brazos abiertos que esperan y esa rodillita derecha levantada como si temiese un golpe fuerte en el pecho... ¡A ver! ¡a ver! ¿qué espera ahí el Niño Jesús con los brazos abiertos?

Otro racimo de espárragos de carne agitándose y de bocas rompiendo por contestar.

—¡A ver! ¡tú!

—El Niño Jesús con sus brazos abiertos está esperando que le echen los niños su corazón encima del suyo.

—Muy bien; y ¿qué teme?, ¿porqué levanta la rodilla?

—Teme, teme lo que le va a doler el golpe de los corazones duros de los niños impuros.

—¡Archiadmirable! el corazón de los niños impuros cuando no se arrepienten enseguida y se callan sus pecados, se pone muy duro, como piedra y ¡claro es! cuando se acerca a Jesús para recibirlo le hace sufrir, le duele.

Pero vosotros seguramente no queréis dolerle al Corazón de Jesús. Y me figuro yo que en esta capilla andarán siempre por el aire corazones de niños en busca de los brazos y del pecho de Jesús y que cuando llegan a El, los lleva El mismo a su

boca y los besa y después a su pecho y los aprieta contra su Corazón y allí los perfuma con su Pureza, su Humildad y su Caridad y con otro beso los echa a volar y os los devuelve.

¡Qué cosas más bonitas verán los Angeles de vuestra guarda y los del Sagrario en esta Iglesia!

¿Queréis que hagamos un vuelo de corazones hasta el del Niño Jesús?

Levantad vuestra mano derecha, apretad los dedos y a la de tres llevadlos a la boca y tirad el beso más fuerte y más resonante que hayáis tirado en toda vuestra vida.

¡Mirad allá! ¡hacia el Niñito Jesús! ¡A la una! ¡a las dos! ¡a las tres! ¡Para tí, Jesús, nuestro corazón!

Y después del estampido de aquellos trescientos besos de chicos y grandes, la bendición episcopal como respuesta agradecida del Niño de los bracitos abiertos y de la rodilla levantada.

Cómo sacar partido de las descalabraduras tan frecuentes en los niños

Los chavetas de las escuelas parroquiales de San Patricio, de Málaga, vinieron a felicitarme en mi día por la mañanita.

En el desfile de niños pasa uno con cara y cabeza de verdadero mapa-mundi de parches por detrás y arañazos por delante.

—Pero chiquillo ¿qué te ha pasado por aquí detrás de la cabeza?

Y con la seriedad de un examen de facultad me responde:

—Que man metío una pedrá.

—¿Y por aquí delante?

—Que ma peleao.

—¿Y este bulto del carrillo?

—Que ma salío un grano.

—¿Y qué te ha dolido más: la pedrada o el grano?

Encogimiento de hombros como diciendo: no me he dado cuenta.

Con el diálogo pendiente se habían detenido y aglomerado ya varios otros chavetas y les propongo

Una cuestión

—¿Qué será mejor: que le *metan* a uno una *pedrá* en la cabeza o que le salga un grano en la cara?

—A ver: ¿qué dices tú, pregunto primero al *interfecto* que siguiendo en su lacónica seriedad de examen responde:

—Singún.

—Vamos a ver; tú, pregunto a otro: ¿Según qué?

—Pos yo digo que singún sea la pedrá y singún sea el grano.

— Muy bien ¡otro! ¡tú!

—Pos yo digo que singún el sitio.

—¿Y tú?

—Pos yo que singún el tamaño del grano y de la piedra.

—Yo, que singún la vergüensa de cá cuá.

—¿Cómo es eso?

—Si señó, que no es lo mismo un grano en el

braso ¡un poné! que en la punta de la narí pa que a toas horas se estén metiendo con uno disiéndole: al enano Don Crispín le salió un grano en la punta de la narí.....

—¿Y tú?

Silencio de perplejidad y caras afiladas de atención, hasta que salta otro:

—Que singún estén de lejo los sipales.

—¿.....?

—Sí, porque si ensima de largarle a un servidó una pedrá viene un sipá y lo agarra a uno y se lo yeva a la aduana (prevención) pos me parese que eso es más peor.....

—A ver, otro, otro, otro según..... ¿qué es peor un grano o una pedrada?

Silencio más prolongado..... roto por fin por una chiquita que a hurtadillas se había enterado del diálogo:

—¿Lo digo yo? interviene tímidamente.

—Sí, sí: según qué.....

—Pues yo digo que eso será según la paciencia con que se lleve.....

—¡Bravo! ¡bravísimo! ¡y un aplauso para esta niña!

Y telón corrido.

CAPÍTULO VIII

La animalidad de los niños

Otro componente de la envoltura del niño.

¡Raro y poco fino el título! Pero... ¿y la realidad que está debajo?

Si el hombre es animal racional, el niño, hay que decirlo pese a la delicadeza que a esos angelitos disfrazados se debe, se muestra más animal que racional en su primera infancia, y solo por la influencia de una educación acertada va dominando lo racional a lo animal en las otras edades.

Y digo que se muestra más animal, porque el imperfecto y casi rudimentario desorrollo de su razón y de su conciencia, la falta de hábitos sociales y de advertencia y la sobra de ingenuidad lo ponen en situación desventajosa con respecto al hombre en punto a ocultar o disimular los rasgos de la fierecilla, que chicos y grandes llevamos dentro dando más o menos la cara.

Lo cierto es, y la experiencia de cada día nos lo confirma que a pesar del alma racional con que nacemos todos, lo primero que acusa su existencia no es la racionalidad sino la animalidad y al paso que la racionalidad necesita meses y años de paciente espera y adecuada educación para dar señales de actuación por medio de la risa, la palabra, el estudio, la oración, la práctica de las virtudes y los actos conscientes de la vida de relación, la

animalidad irrumpe fulminantemente en el recién nacido con todas las rebeldías e insolencias del apetito irascible y con *botones de muestra* de las ciegas y vehementes complacencias del apetito concupiscible.

Se puede decir que la primera vida del infante se reduce a mamar, dormir y llorar. Y ¡con qué ansias extrae el dulce néctar de los pechos de su madre, y con qué profundidad se sumerge en el sueño, y con qué rabia llora como protesta contra el hambre, el sueño o el dolor!

Después, en la segunda infancia, el pequeñuelo dejará de manifestar su apetito irascible solo por las lágrimas; llorará menos o las disimulará; pero arañará, morderá, manoteará y perneará más; y, si va ya hablando, se aprovechará del lenguaje para dejar asomar un egoísmo alarmante y unas rebeldías de FIERABRÁS en forma de «esto es mío» «esto es pa mí, pa ti ná», «no quero», «no me da la gana», «vete», uniendo a la todavía graciosa manifestación de esos egoísmos y rebeldías gestos y posturas de gatillo enfurecido o de perrillo con pulgas. Y el apetito concupiscible trocará el pecho o el biberón, en los que se dormía de placer, por la pipa, el sonajero, el juguete, la golosina, el juego, el traje y el zapato de estreno, sobre todo en las niñas, pero con un ardor deseados y con una pasión obtenidos y usados que apenas si aún se columbran asomos de racionalidad.

¿No son eso los niños en sus primeros años? ¿no hemos empezado todos nuestra vida terrena

sometidos, sin querer ni darnos cuenta, a la acción de una doble fuerza animal y sensible, la centrípeta del apetito concupiscible de atraer hacia nosotros lo que nos gustaba o halagaba, bueno o malo, por las buenas o por las malas, y la centrífuga del apetito irascible de repeler por todos los medios y armas a nuestro modesto alcance lo que nos fastidiara o asustara?

Como ejemplo de dominio ciego del apetito concupiscible en los pequeñuelos ¿quién no ha visto comer y quedarse dormidos con su pelota o su látigo o su corneta a los niños y con la muñeca de sus delicias a las niñas? Y como muestra de la tiranía feroz del apetito irascible en los niños, ¿quién no ha presenciado, por motivo de gustos o caprichos contrariados, rabietas de llantos y manoteos de horas y horas y obstinada repulsa a todo alimento y a todo razonamiento, obsequio o desagravio de parte de CIUDADANOS desde unos meses de edad hasta..... ¡quién se atreve a señalar la edad! el establecimiento de frontera entre la razón dominadora del hombre y el apetito dominado del animal?

Nunca se me olvidará la gracia y la pena que me produjo oir a un guapísimo ángel de tres años enfurecido contra su niñera. Esta, cansada de intentar quitarle unos churretes de chocolate, le amenazó con el rey Herodes, a cuya amenaza contestó el rapaz con esta fulminante:

—¿Herode a mí? Yo sí que soy Herode y te degoyo a ti y a todas las niñeras del mundo.

¡La fierecilla! ¡La fierecilla infantil! ¿Quién la dominará?

Hemos llamado a la Gracia.

Una «conversión» a los tres años de edad

Me la cuenta una de las protagonistas del menudo drama, entre asombrada, agradecida y sonriente.

La protagonista principal es una encantadora chiquitina de tres años.

Antecedentes del caso

Venía siendo causa de preocupación para la mamá de la niña y para una tía, religiosa de vida activa, la aversión que iban descubriendo en ella a rezar y sobre todo a mirar con buenos ojos la Imagen del Niño Jesús. ¡No podía verlo, ni oir hablar de El! Esta era la triste verdad.

¿Razón, causa de este fenómeno, tan raro en una pequeñita, hija de padres cristianos?

A fuerza de observaciones pudieron descubrirla en ¡el parecido de la Imagen del Niño Jesús con un su hermanito de año y medio! *¡La pelusilla* de los celos contra el hermanito por lo celebrado, festejado y acariciado, a su parecer, más que ella, la traía molesta contra él y contra todo lo que se le pareciera! ¡Misterios de la psicología infantil!

Esta situación se agrava con una sonora bofetada que en broma en broma dió un día de éstos la chiquita a su tía la Religiosa, y de la que con muy justo acuerdo los padres se empeñaron en que pidiera perdón. ¿Pedir perdón? A una ciudadana

que se permite mantenerse tiesa nada menos que con el Niño Jesús, ¿exigirle que se humille a pedir perdón?

¡Qué nones y qué nones!

El caso

Así las cosas y, cansados de rogar y amenazar los papás y de hacerse *personilla* la niña, la llevaron nuevamente a visitar a la tía que, entre ofendida y amable, la invita a ir a la Virgen de la Capilla para que le obtenga el perdón que no quería pedir.

Como con la Madre no rezaban los recelos, que hacia el Hijo celestial guardaba la niña, accedió ésta a dejarse llevar a la Capilla.

De rodillas tía y sobrina sobre la grada del altar del Sagrario, y muy cerquita a él se entabla el siguiente diálogo:

—Ahí, dice aquella, detrás de esa puertecita dorada, vive el Niño Jesús.

—¿El de casa?, responde inquieta y como con ganas de levantarse e irse la chiquilla.

—No, en tu casa está el retrato del Niño Jesús, ahí, ahí está vivo... te mira y me mira, nos oye a los dos... te quiere y me quiere...

—Y ¿siempre está ahí? ¿no sale a dar un paseíto?

—Como es un Niño muy obediente, no sale de ahí, mientras no se lo manden los Sacerdotes.

—¿Y si tú le dices que salga, saldrá?

—¡Como yo no soy Sacerdote....!

—Pues ¡anda! ¡ábrele la puerta, que yo le quiero ver! ¡anda! ¡dile que salga!

La buena religiosa advirtió en el interés y en el ansia de la niña que el Jesús vivo e invisible del Sagrario estaba tocando con su virtud divina aquel corazoncillo áspero y rebelde y prosigue:

—Pero ¿cómo quieres tú ver al Niño Jesús sin pedir perdón a tu tía, y sin querer a tu hermanito y sin ser más obediente?

—Sí, sí, le replica apretándole la mano, nerviosilla y con las lágrimas asomándosele a los ojos, sí, dile al Niño Jesús que, aunque no salga a verme, que no se enfade conmigo, que yo te quiero mucho a tí y a Joaquinito y a papá y a mamá... ¿Estará todavía enfadado conmigo?

Un beso muy fuerte y un abrazo muy apretado cerró el diálogo y comenzó la *conversión*.

La chiquita ha vuelto a su casa transformada: el Niño Jesús y el hermanito Joaquín son sus delicias y, cuando vuelve al Convento, lo primero que hace es coger de la mano a su tía para que la lleve a ver y a rezar al Niño Jesús vivo.

Padres y educadores cristianos, ¡si contárais un poquito más con el Jesús vivo del Sagrario....! Si *rozárais* un poquito más a vuestros hijos y educandos con El, en lugar de fierecillas sacaríais ángeles en carne humana.

El imperio de la espiritualidad

Sentada la influencia preponderante que en el alma, en el carácter y en las inclinaciones de los menudos animales racionales ejerce lo animal, se palpa la necesidad de que una acertada educación

coloque cada elemento en su plano y establezca el orden y la subordinación, o sea, que haga que mande y sea obedecido el racional y que el animal obedezca fielmente al alma.

Un sueño del Santo Juan Bosco

Vaya de comprobación un sueño de D. Bosco, el primero de los famosos sueños, comó él llamaba a las grandes y trascendentales visiones de lo porvenir con que desde los nueve años hasta su vejez estuvo regalándolo el Señor y llevándolo como de la mano a realizar la colosal obra educadora que llenó su siglo y el nuestro.

Este primer sueño, tenido entre los nueve a los diez años de edad, viviendo en la pobrísima casa *dei Bechi*, más establo que casa, en la que nació y en la que ejercía el oficio de pastorcito, merece con toda razón llamarse programa completo de la obra educadora de D. Bosco con pormenores y perfiles, con normas y descubrimientos que asombran y ponen bien al descubierto el origen excelso del llamado sueño.

Dejando para después el comentario a los puntos que más nos interesan, quiero transcribirlo tal como lo dejó escrito su mismo protagonista por mandato reiterado del Papa Pío IX de santa memoria.

«No había cumplido aún los nueve años, cuando tuve un sueño que me quedó profundamente impreso para toda la vida. Me pareció en el sueño que estaba cerca de mi casa, en un patio espacioso, donde se hallaban reunidos una gran multitud de

niños recreándose. Unos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias, lancéme al punto en medio de ellos empleando puños y palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un hombre venerable de edad viril, noblemente vestido. Cubría toda su persona un manto blanco; y su cara era tan luminosa, que yo no podía contemplarla. Me llamó por mi nombre, y me ordenó ponerme a la cabeza de aquellos niños, añadiendo estas palabras:

— «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad habrás de ganarte estos amigos tuyos. Disponte, pues, inmediatamente a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la preciosidad de la virtud.

«Confuso y espantado, contesté que yo era un pobre e ignorante niño, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento, los muchachos cesaron en sus riñas, alborotos y blasfemias, y se reunieron en torno del que hablaba. Casi sin saber yo lo que decía, exclamé:

— «¿Quién sois vos que me ordenáis cosas imposibles?

—«Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—«¿Dónde? ¿Con qué medios podré adquirir la ciencia?

—«Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina puedes hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

—«Pero, ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?

—«Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

—«Mi nombre pregúntalo a mi Madre.

«En aquel momento vi junto a él una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que por todas partes resplandecía, como si cada uno de sus puntos fuese una estrella brillantísima. Observando que mi confusión aumentaba con mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente por la mano: ¡Mira! —me dijo.—Al mirar advertí que aquellos niños habían huído todos, y en su lugar vi una multitud de cabritos, gatos, perros, osos y otros varios animales.—He ahí tu campo; he ahí donde debes trabajar—continuó diciendo aquella Señora.—Hazte humilde, fuerte, robusto y lo que ves que ocurre con esos animales, deberás hacerlo con mis hijos.

«Volví entonces la mirada, y he aquí que, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos, que, todos, saltando, acudían en torno de ella, balando para festejar a aquel Hombre y a aquella Señora.

«En aquel punto, siempre en el sueño, me puse a llorar y rogué a aquella Señora que hablase de modo que yo pudiera entenderla, porque no sabía qué podía significar todo aquello. Entonces me puso la mano sobre la cabeza diciéndome:—Todo lo entenderás a su tiempo. Dicho esto, me despertó un rumor y todo desapareció. Quedé aturdido. Me

parecía tener las manos doloridas por los golpes que había dado, y que me dolía la cara por las bofetadas recibidas de aquellos pilluelos; después, aquel Personaje y aquella Señora, así como las cosas dichas y oídas, ocuparon de tal modo mi mente que por aquella noche no me fué posible conciliar el sueño.»

El comentario

Lo que más hace nuestro caso del relato del célebre sueño de D. Bosco, son los distintos aspectos bajo los que aparecen los niños en el mismo sueño.

Primero ve en un patio espacioso multitud de niños recreándose, riendo unos, jugando otros y blasfemando no pocos.

Después esa multitud de niños aparece trocada en multitud de cabritos, gatos, perros, osos y otros varios animales.

Y por último, los animales feroces se convierten en mansos corderos que, saltando, acudían en torno de Jesús y de María balando y haciendo fiestas.

En esos tres aspectos de niños-niños, de niños-fierecillas y de niños-corderos está comprendido todo el campo de la educación.

¿Cómo?

En esos niños que ríen, juegan y blasfeman está representado lo que pudiera llamarse la capa exterior de ese campo, esto es, lo que a primera vista se ve en los niños, unos muñequillos que unas

veces alegran y regocijan con sus risas, saltos y gracias de ángel, y otras entristecen y molestan con sus picardías y trapacerías, más contagiadas que digeridas.

Los niños-fierecillas y los niños corderos son el campo por dentro, el término *a quo* y *ad quem*, la estación de salida y la llegada del camino subterráneo de la educación.

El niño-fiera: así lo encuentra el educador; el niño-cordero: así debe dejarlo.

El niño-fierecilla

¿Pero es verdad? Y con lo que cantan los poetas en torno de las cunas y de las cabecitas rizadas y de los ojos azules y las alas de ángel de la infancia ¿qué hacemos? Sin perjuicio de que a ratos se pueda dar a los cantores permiso para los idilios, es cierto que, como aparecen en el sueño del gran Pedagogo, hay niños que antes de ser educados tienen en sus inclinaciones y gestos gran parecido con los animalitos del sueño. Estudiad, si no, el fondo de los niños y os encontraréis:

1.° Con *niños-cabritos* por lo *saltarines* en ideas, atención, afectos, aficiones y movimientos.

2.° Con *niños-gatos* por lo uraños, envidiosos, ingratos, crueles y arañadores de caras y manos.

3.° Con *niños-perros* por lo leales, los menos, a su amo, y por lo callejeros, lo más, y aficionados a curiosear y hulismear basuras y todo lo *hulismeable*, a ofender y a defenderse con gritos en lugar

de ladridos y dispuestos hasta a morder rabiosos cuando no se salen con la suya y

4.° Con *niños-osos*, no que *hagan el oso* como no pocos mayores, sino parecidos al oso en lo machacones y pesados en sus rabietas y caprichos, en lo perezosos, cuando les falta el estímulo del hambre o de la curiosidad y en lo peleones.

El sueño que comentamos habla, sin nombrarlos, de otros animales, pero con los citados por la visión basta para formarse idea cabal del interior del niño en estado salvaje, o sea tal como lo deja el pecado original y antes de ser educado y aún mientras no llega a ser perfectamente educado. Que no pocas veces de los labios, de los ojos y de los ademanes de niños y niñas sometidos a régimen de certera educación se oyen salir gritos, amenazas y palabras que semejan maullidos de gatos, ladridos de perro y mugidos de oso y se ven brotar miradas y ademanes de esa familia.

«He ahí donde debes trabajar», dice la visión al niño Bosco. Y esa misma debe ser la consigna de todo educador: no descansar hasta trocar aquellas fierecillas en corderos como aparecieron en el sueño.

El niño - cordero

¡La estación de llegada de la buena educación!

El cordero es el símbolo de la docilidad que jamás protesta, de la mansedumbre en medio de los malos tratos, del silencio en el sacrificio.

El tipo del perfectamente educado, del hombre

equilibrado y cabal a fuerza, no de anular o adormecer las pasiones y legítimos movimientos de su naturaleza, sino de dominarse a sí mismo y todos los ímpetus desordenados de ellas.

¡Qué coincidencia! En el sueño visión de toda su gigantesca labor pedagógica y educativa, que se presenta al gran D. Bosco, el tipo del niño perfecto es el niño-cordero.

En nuestra bendita Religión el tipo del cristiano perfecto es el cristiano-cordero. El tipo bajo el que Ntro. Señor Jesucristo ha querido quedarse y presentarse en su vida eucarística como Maestro y ejemplar de toda perfección, es el de Cordero de Dios.

La última visión que de El tuvieron los hombres en la tierra así fué: Cordero inmolado en la cruz. La Visión eterna que de El tienen los Bienaventurados en el cielo es esa misma: «Vi sobre el monte de Sión al Cordero de pie», dice San Juan.

«He aquí el Cordero de Dios», dice el Sacerdote cada vez que presenta a Jesús Sacramentado al pueblo.

Jesús-Cordero de Dios por el amor llevado hasta el sacrificio máximo... ¡Ecce homo! ¡Ese es el hombre cabal! ¡Qué razón tenía la visión del gran D. Bosco en ver estos dos términos finales de la vida moral de los niños: o fieras sin educación, o corderos por la educación!

Pero ¿qué educación?

Respondo con palabras de la misma visión: «No con golpes, sino con mansedumbre y caridad habrás

de ganarte estos amigos tuyos»... «Obediencia y ciencia...» «Yo te daré la Maestra, bajo cuya disciplina puedes hacerte sabio y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad...»

En una palabra ¿tendré que repetirlo? el secreto de trocar los niños-fieras en niños-corderos es ¡la educación con Gracia del cielo y de la tierra!

Solo ella puede establecer el imperio de la espiritualidad sobre los bajos instintos y pasiones desordenadas de la bestiecilla humana.

CAPÍTULO IX

Los misterios de la precocidad infantil

Hay un misterio en la vida de los niños y de las niñas que podría llamarse el de la PRECOCIDAD y este solo capítulo da todas las pruebas que pueda pedir el más exigente.

¡La precocidad! ¿Cuándo empieza? ¿Sobre qué facultad o función se manifiesta? ¿Con qué ocasiones o medios se provoca? ¿Cómo se deben enderezar las peligrosas y aprovechar las saludables?

Que el fenómeno de la precocidad es real ¿quién lo duda? Como es cierto que hay precocidades del conocimiento, del cariño, de la memoria, de la sensibilidad, de la imaginación, del sentimiento, de la generosidad, de la tacañería, de la sensualidad, de la picardía, de la simulación, de muchas clases.

Un caso que vale por mil

Cuando vivía en Ronda me paraba en la calle a hablar todos los días con una chiquita de ¡año y medio! que desde el extremo de la calle me llamaba ¡Pispo! para darme un bepito—(besito)— y decirme cuántos dioses hay, y en dónde está Dios, y hacer la Comunión espiritual y pedirme que le dé un papito—(besito);—y esta graciosísima Pilar conoce por sus nombres a todos los Sacerdotes que me acompañan y hasta al Guarda de la calle y para el colmo de sus graciosas precocidades llega a su casa y busca a su mamá, que lo es de nueve hijos más, para pedirle que le dé de mamar en esta forma tan graciosa y cristiana:—Un TAGUITO POLAMÓ DE DIÓ—(Un traguito por amor de Dios).

¡Qué capítulo tan nuevo, tan interesante y tan hermoso para la educación de los niños el Capítulo de la precocidad infantil y de los misterios que encierra!

¡Cuánto hay que contar!

El fenómeno de la precocidad

Como no me propongo en estos apuntes de pedagogía y psicología caseras dar un tratado científico, debo contentarme con asentar bien el fenómeno de la precocidad y la obra del educador ante él.

Y comienzo por afirmar que, siendo la precocidad un fenómeno siempre extraordinario, porque siempre envuelve una excepción, un apresuramiento,

una sorpresa, y como tal imprevista, de la ley general del desarrollo intelectual o afectivo del niño, dentro de esas manifestaciones extraordinarias hay sus más y sus menos, es decir, que hay unas *precocidades más extraordinarias* y otras menos extraordinarias.

Para fijar el alcance de lo extraordinario de esas que pudiéramos llamar precipitaciones de la naturaleza, me contentaré con citar

Dos casos

de precocidades, a fuer de extraordinarias, casi inverosímiles.

El caso Heinecken

El primer caso es el del Cristiano Enrique Heinecken, conocido vulgarmente por el NIÑO DE LUBECK, que fué un verdadero prodigio de precocidad.

Nació en 1721 y murió en 1725. Aprendió a hablar desde los primeros meses de su nacimiento; a la edad de un año sabía de memoria los principales sucesos contenidos en el PENTATEUCO; a los dos, conocía toda la Historia Sagrada; y a los tres, sabía Historia universal, la Geografía, el latín y el Francés.

De todas partes acudían curiosos a verle, y el rey de Dinamarca le hizo llevar a Copenhague, para convencerse de que era cierto cuanto le habían contado de aquel niño portentoso. Al volver a Lubeck, cayó enfermo, pronosticó su fin cercano y

habló de él con calma, exhortando a sus padres a conformarse. Era su constitución tan delicada que tuvo que alimentarse casi toda su vida con leche.

Y cuando salgáis del asombro que sin duda os produce ese niño, que no se sabe como calificar, os volveréis a asombrar ante este otro caso ocurrido casi en nuestros días y casi a nuestra vista; es el de la por muchos títulos extraordinaria santita de Lisieux.

El caso Sta. Teresita del Niño Jesús

Aunque Teresita tuvo la desgracia de perder a su santa madre a los cuatro años y ocho meses, no por eso dejó de ser muy intensa y eficaz la influencia de la educación maternal en su alma infantil. Dios la había dotado de una inteligencia sumamente viva y precoz. Refiriéndose a aquella tierna edad, escribe la Santa: «Sin darlo a entender, fijaba mi atención en todo lo que pasaba y decían en torno mío: me parece que juzgaba las cosas tal como ahora... De los tres a los cuatro años, la virtud encerraba mil halagos para mí. Paréceme que entonces me encontraba en las mismas disposiciones que hoy (a los 23 años)».

Teresita pudo dar de sí misma, con admirable ingenuidad, este testimonio sorprendente: Nada he negado a Dios desde los tres años. Quizá no se halle en la hagiografía cristiana otro caso como el de nuestra Santa, de un alma que escribe su propia vida: DE LOS DOS A LOS CUATRO AÑOS. «Hasta mi entrada en el Carmelo, escribe Teresita,

distingo en la historia de mi alma tres periodos distintos. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos: abarca desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre a la patria celestial, es decir, hasta la edad de cuatro años y ocho meses.

«Dignóse Dios abrir mi inteligencia muy temprano y grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de mi infancia, que estos sucesos me parecen ocurridos ayer. Sin duda, quería Jesús darme a conocer y apreciar la madre incomparable que me había dado.

«¡Ay! su mano divina pronto me la arrebató para coronarla en el cielo!

«Un día, queriendo probar mi madre hasta donde llegaba mi orgullo, me dijo sonriendo: Teresita mía, si besas el suelo te daré un sueldo. Cinco céntimos eran para mí una fortuna. Para ganarlos en aquel caso no tenía que rebajar mucho mi grandeza pues mi exigua personita se elevaba muy poco sobre el suelo. Esto, no obstante, rebelóse mi soberbia, y poniéndome muy tiesa, contesté a mamá: no, mamaíta, prefiero quedarme sin los cinco céntimos.

«En otra ocasión, habíamos de ir a casa de unos amigos que vivían en el campo. Mamá dijo a María que me pusiera mi mejor vestidito pero que no me dejara los brazos desnudos. No repliqué ni una palabra y aún mostré la indiferencia que deben tener los niños en esa edad; pero decíame interior-

mente: ¡Quedaría mucho más linda con mis bracitos desnudos!»

Si la precocidad de los niños no se sabe donde comienza ¿habrá educador que se exima de su oficio y no vele sobre sus educandos por la sola razón de que ¡es tan chico!?

Precocidades de los niños ¡cuántos misterios encerráis!

PRECOCIDADES MÁS CORRIENTES Y MENOS EXTRAORDINARIAS

Un viaje de ida y vuelta a nuestra infancia

Invito a mis lectores a un viaje encantador al bello país de nuestros recuerdos infantiles.

Y ciertamente, puestos en ese país podréis internaros por rincones y vericuetos que ni planta humana pisó, ni ojo alguno penetró: son los rincones en donde aparecieron, o mejor, se escondieron vuestras precocidades.

¿Quién no las recuerda con alegría las unas, como la picardía disfrazada de inocencia con que os salíais CON LA VUESTRA de no ir a la escuela, de gozar de los juguetes de los hermanos, de lucir la personilla (especialmente las niñas) con los zapatitos nuevos, el collar llamativo, el trajecito chillón, etc., y con pena y hasta sonrojo otras, como las innumerables mentiras con que os excusábais, las vengancillas y tristezas por envidia con los hermanos y parientes, las seducciones invero-

símilmente ejercidas o padecidas de compañías aparentemente buenas y malas de verdad y, quizás, quizás hasta la afición a picar en el dinerillo, en los juguetes ajenos para no aprovecharlos vosotros tampoco, echando la culpa a los demás...? ¿Quién no se encuentra en ese viaje con la aventura del mareo del primer cigarrillo fumado y extraído furtivamente de la pitillera del papá o del hermano mayor, de la paliza de la primera RABONA, del primer arañazo causado y recibido en pelea por la supremacía en un juego, en la clase o en la guapeza o por la PELUSA de la envidia, y ¡qué pena! del remordimiento del primer pecado vergonzoso?

Los niños prodigios

Esos son los precoces, pero a cara descubierta, porque precocidades encubiertas y diría, casi inconscientes, creo que en una o en otra materia las tienen todos los niños, si se exceptuan los tontos o los retrasados.

Datos son éstos, los de la universalidad de la precocidad y del disimulo o encubrimiento de la misma por malicia, por carácter, por miedo, por lo que sea, de un interés pedagógico extraordinario. Lo que cantó el poeta:

«Aún es niña inocente—y gusta ya de cola de serpiente»—puede cantarse y contarse de los niños bajo miles de formas y manifestaciones. Del alma del niño, por lo que tiene de ángel, pueden esperarse todas las simpáticas precocidades de la virtud

y del ingenio; y por lo que tiene de diablillo, por la herencia del pecado original y el peligro de la *porosidad* del barro o contagio de lo que le rodea, pueden temerse todas las vergonzosas, funestas e inverosímiles precocidades de la malicia.

Cierro estas reflexiones con dos ejemplos de una y otra precocidad.

Una niña prodigio de veracidad

¡Vaya este caso en DESAGRAVIO de tanto niño y niña PRODIGIO en echar mentiras!

Viajaban en el tren unos buenos amigos míos con sus niños. A la de en medio, tan lista de ingenio como menuda de cuerpo, le encargan repetidamente que cuando le pregunte el revisor por su edad diga siempre: ¡dos años! ¡dos años!

Llega efectivamente el revisor y, a la temida pregunta de la edad de la chiquita, responde ésta ingenuamente distribuyendo sus inquietas miradas entre la mamá y el empleado:—Mire Vd. hombre, yo tengo dos años, dos años; pero antes tenía tres.....

¡Un colmo de precocidad de verdades!

De este tipo, ¡cuántos chiquitos y chiquitas conozco que por nada del mundo dirían una mentira y en cambio dicen verdades ¡hasta el pánico! de los interesados en que no se sepan! Por esa pícara precocidad de oir y preguntar sobre todo lo que oyen y de contar a las claras lo que cuentan los papás solos sobre los defectos de los criados, de las visitas

inoportunas, de los chismecillos de sus parientes y de un sin fin de secretos familiares de poca monta, es verdad, pero que su divulgación, por la precocidad de los inocentes, produce aprietos y apuros difíciles de componer.

—Mira, decía una chiquitina, tan larga de lengua como de vivacidad, al médico de la sociedad a que pertenecía su papá,—mira, médico, no te vayas a creer tú que te hacen caso cuando estamos malos; aunque mandes muchas medicinas, no tomamos más que las que nos manda el otro, que dice mi papá que sabe más que tú y que te llama por compromiso... ¿Cómo se compone eso?

Un niño prodigio de celos

En una de mis visitas pastorales me hospedo en una buena casa en la que se había entronizado UN BEBÉ de tres a cuatro años sobre la chochez de cariños y de mimos que para él tenían los papás, el tito y cuantos frecuentaban el trato de ellos.

La primera mirada con que me obsequió fué de interrogación entre curiosa e inquieta, la segunda, de desagrado y la tercera de cara avinagrada hasta la saturación; trato de hacerme su amigo y se desencadena una lluvia torrencial de lagrimas con truenos de gritos HALAGADORES como ¡feo! ¡gordo! ¡esto no es tuyo! ¡es mío! ¡vete!, etc. etc., que duró casi el día y medio de mi estancia!

¿Explicación?

Se buscaron y se dieron por los buenos papás y tito de todas clases; pero vinieron a parar en esta sola: ¡los celillos del ídolo o del gracioso tiranuelo ante el que creía un competidor....!

Vuelvo a decir: precocidades de los niños ¡cuántos misterios encierran!

CAPÍTULO X

La tristeza de los niños.—¿La hay?

No llenaría ni medianamente mi objeto, al escribir estos apuntes de pedagogía cristiana, si dejara de hablar de la tristeza y de modo singular de la tristeza en la gente menuda.

Y no me extrañaría que, el oirme hablar de tristeza de niños y jóvenes, produjera en algunos una sonrisa o un gesto que viniera a decir: ¡bah! ¿pero hay tristeza en esa edad? y, si la hay, ¿tanta importancia tiene, que merezca los honores de ocuparse de ella en un tratado de educación?

A los extrañados y a los por extrañar digo: que hay tristeza infantil y juvenil, como la hay senil y en todas las edades del hombre, y que, si la tristeza le persigue como la sombra al cuerpo, no es en los contratiempos de la edad viril, ni en los desastres y desencantos de la edad provecta, cuan-

do comienza a proyectar su fatídica sombra sobre nuestra existencia, sino en la bulliciosa, esperanzadora y, al parecer, alegre y risueña infancia y adolescencia.

Una aparición indiscutible de la tristeza juvenil

Los que habéis tratado mucho a los niños habréis podido observar que hay una época, a veces un día, una hora, en la vida de los niños en que a la sonrisa franca, ingenua, expansiva, limpia y sonora, como el surtidor de la fuente, con que condimentaban juegos, charlas, lecciones y hasta las oraciones y el sueño mismo, ha sucedido, sin causa exterior que lo explique, una cara pálida y ojerosa, un mirar receloso, una risa, más burlona y pícara que expansiva e inocente y, si seguís observando, iréis descubriendo otras transformaciones además de la de la cara; la docilidad tiende a convertirse en rebeldía, o por lo menos en obediencia tardía y a regañadientes, la disposición a jugar y a charlar con todos y en todas partes se trueca en tendencia a amistades particulares, con las que a veces se juega, pero más se habla a espaldas de los que mandan y, por el tono y el misterio, diríase se conspira, se murmura o se dice algo que la vergüenza no deja decir en público; si aún ahondáis en la observación de aquellos cambios, sorprenderéis no pocas veces al que va dejando de ser niño o niña, solo, con los ojos abiertos e inmóviles y la mirada

entre asombrada y curiosa, abstraído sin darse cuenta de lo que dice el libro que tiene por delante, ni el profesor que explica su lección o los padres que le aconsejan, ni de la algarabía que arman los que a su lado juegan y gritan y, si os fijáis en los surcos de sus ojeras, singularmente en las niñas, no os costará trabajo descubrir brillo o humedad de lágrimas recientes furtivamente derramadas...

Y, si por el ascendiente que tengáis sobre el sujeto de vuestras observaciones, penetráis más adentro, en su corazón, quizás os encontraríais con algo de crisis de cariño; parece que entre el cariño natural, expontáneo, no discutido hasta entonces, y el corazoncillo del exniño o de la exniña, se siente, o mejor, se presiente alzarse un cariño nuevo, pero vago, sin nombre ni forma, pero con tendencias a absorvente y a tirano...

Todo ese conjunto de síntomas acusa la llegada de la pubertad y de la tristeza, la fatídica sombra que, desde ese momento, acompañará o tratará de acompañar esa existencia, si no lo impide una acertada educación, que no puede ser otra que la *educación con gracia*, en los dos sentidos de esta.

No escribo un tratado de Psicología ni de Pedagogía y por eso con lo dicho basta para llamar la atención de los educadores sobre ese fenómeno de la tristeza, que me atrevería a llamar trascendental, por las consecuencias que en el orden moral, social, familiar, fisiológico y de carácter personal para toda la vida, tiene el que se deje crecer a los jóve-

nes y a las jóvenes roídos, enervados y debilitados por la tristeza o robustecidos y regocijados de cuerpo y alma con una sana alegría.

La tristeza de suyo no es un mal, pero puede ser causa, efecto y síntoma de muchas cosas malas.

Y vaya por delante la autoridad del Espíritu Santo: «Echa de ti la tristeza, porque la tristeza ha muerto a muchos, y no hay en ella provecho alguno.» (Eccli. XXX, 24). Todos los males vienen con la tristeza.» (Ib. XXV, 17).

Y si esto es verdad en todas las edades, en la edad tierna, en la que despiertan el corazón, la imaginación y las pasiones, es dos veces verdad.

Vamos a verlo.

El proceso de toda tristeza

Probada la existencia del misterio de la tristeza apenas aparece la pubertad, (después os hablaré de la tristeza de los niños) detengámonos unos instantes en ahondar sobre la naturaleza, causa y efectos de toda tristeza.

¿Qué es la tristeza?

¿Es un fenómeno puramente fisiológico? ¿solamente psicológico? ¿mixto?

No es una enfermedad y, sin embargo, la suele acompañar, unas veces produciéndola o sosteniéndola, y otras naciendo de ella.

No es dolor y duele; no es odio y pone en disposición de odiar; no es miedo y el miedo no puede vivir sin ella; no es pereza, pero enerva, afloja, y

atrofia; no es la aversión, pero la inspira; no es ira, pero la reconcentra y acumula; no es la envidia, pero los envidiosos están siempre tristes.

¿Qué es la tristeza?

Los psicólogos responden, o mejor diría, *salen del paso* respondiendo que, ya se le considere como afecto del alma o como pasión del apetito sensitivo concupiscible, es un movimiento o estado de desagrado por la presencia de un mal.

Pero ¿define esa palabra «movimiento o estado de desagrado» la naturaleza de la tristeza?

Si a esa palabra «desagrado» se le da una amplitud de significación que comprenda desde la displicencia más ligera, producida por mal también ligero, hasta la angustia de corazón más torturadora, producida por el mal sobre todos los males, el pecado, puede aceptarse.

«Desagrado por la presencia de un mal»; es lo propio de la tristeza: el mal que se ve venir produce la *audacia* para impedirlo, si hay arrestos para ello, o el *miedo*, si éstos faltan; el *mal presente* real o ilusorio, propio o ajeno, fisiológico, moral o espiritual ese es el productor de la tristeza, pero productor fulminante y diría automático. A la manera que la inmersión de un ácido en un vaso de leche la pone agria, el roce del mal pone triste al corazón con más o menos intensidad, según su sensibilidad y valor.

Tres clases de tristeza

Como en el hombre se pueden distinguir estas tres cosas: un cuerpo, un alma y un alma viviendo en un cuerpo, tres son las clases de males que pueden afligirle: males puramente del cuerpo, como la enfermedad, el frío, el hambre, etc.; males de sola el alma, como el error, el odio, la ingratitud, el pecado, etc., no sólo propios, sino ajenos, por la compasión que sufre como propios los ajenos, y no solo reales, sino ilusorios, por la imaginación o desequilibrios mentales del apetito sensitivo, y males mixtos de cuerpo y alma, como los desórdenes y rebeldías de las pasiones del apetito sensitivo que tan fácilmente afectan al alma.

Correspondientes a estas tres clases de males y por razón de su origen se pudiera establecer una triple clase de tristeza, a saber: la patológica, la espiritual y la pasional.

Como se verá, reflexionando en cada una de ellas, la tristeza aparece y obra naturalmente como *protesta* o como *expiación* forzosa del mal presente; como protesta, si el mal es involuntario; como expiación, cuando es voluntario.

Tristeza patológica

Por la unión tan íntima del alma con el cuerpo y por el comercio tan misterioso como real entre una y otro, causas puramente fisiológicas pueden producir estados morales de bienestar y alegría, como

de tristeza y desolación y viceversa, una fuerte alegría y una honda tristeza pueden producir efectos patológicos. Desde luego, la experiencia enseña que la debilidad corporal, así como algunas afecciones, algunos temperamentos y singularmente los trastornos nerviosos facilísimamente se convierten en tristeza del alma y propenden a declararla crónica. A esta tristeza patológica reduzco yo las producidas y sostenidas por la neurastenia, psicastenia, el histerismo y las mismas locuras tristes. ¡Cuántas veces las caras pálidas y ojerosas, no ya de los niños, sino de los mayores, acusan la presencia de una gran debilidad física y, como consecuencia, de una gran melancolía moral! A esta tristeza sin causa moral, pero con efectos morales, llamo yo *tristeza patológica.*

Esta es tristeza de todas las edades, así como es común al hombre con el animal y en cierto sentido con el vegetal. El niño enfermito, singularmente de anemia, no ríe ni siente ganas de jugar, como el perro enfermo no salta ni hace fiestas a su amo, y las hojas de las ramas de la planta caen lacias y marchitas, cuando la raiz o el tallo enferman. En un mismo día todos tenemos un humor distinto al levantarnos, hartos de dormir, y al acostarnos, cansados de trabajar; somos más benévolos sin hambre que con hambre, nos sentimos más alegres, halagados por el fresco que acosados de frío o calor; con buena digestión, somos optimistas, y con mala o difícil pesimistas. En estos casos la tristeza no es una *expiación;* sino una *protesta* o

una *queja* de la naturaleza, como el dolor y la fiebre son la protesta contra la infección o intromisión de los elementos extraños.

En los niños

Puesto que en favor de ellos van escritas estas paginillas, detengámonos unos instantes ante el fenómeno de la tristeza patológica de los niños.

Como decía, esta clase de tristeza apunta en el hombre desde que nace ¡como si protestara desde ese primer momento de luz contra el cúmulo de males que le esperan en la vida!

Todos nacemos llorando y, durante los primeros años de nuestra vida en la tierra, el medio de expresión que más usamos son las lágrimas, que ciertamente no son señales de alegría, sino de tristeza.

Con las lágrimas el infante protesta contra el hambre, contra el dolor, contra los brazos que no lo acostumbran llevar y contra todo lo que le oprime, le molesta y le extraña. Su vida primera casi se reduce a llorar para mamar y para dormir, y a mamar y dormir para que no llore, es decir, toda su vida gira en torno de sus lágrimas.

—¡Mi niño ya se ríe, no llora! es la fórmula de la satisfacción máxima de una madre y del equilibrio de salud y bienestar de su hijo. Y es verdad que, a medida que crece el niño, llora menos y por consiguiente, tiene menos tristeza, pero no ciertamente porque aparezca sin eclipses ni sombras el sol de la alegría.

Aparte de las incursiones que hace en el alma de los niños, aun en la de los más diminutos, la tristeza de las pasiones, que luego estudiaremos, no faltarán dolorcillos y privaciones, enfermedades y molestias en sus cuerpecillos que humedezcan sus mejillas con lágrimas y hagan de sus ojos fuentes de aguas amargas.

Y cuenta que, siendo la primera infancia la más pródiga en lágrimas, no es la edad más triste. Diríase que en derramar esas lágrimas infantiles está toda la tristeza y toda la protesta de su naturaleza contra el mal, sin que el interior (pensamiento y voluntad) llegue a enterarse, por la sencilla razón de que aun duerme; algo así como ocurre en esas protestas, ahora tan de moda, en pro o en contra, en forma de un minuto de silencio o unas horas de puertas cerradas de establecimientos.....; se cierran las bocas y las casas y después protestantes y protestados siguen tranquilamente su marcha.

¡Son más amargas y desabridas las tristezas *secas*, las que no se disuelven en agua de ojos!

Remedios

Para *los mayores*, o sea para los tristes porque se sienten enfermos o sin sentirse enfermos lo están, el remedio, fácil de decirlo y no tan fácil de tomarlo, pero únicos y eficaz es:

1.° Poner en cura su enfermedad, y

2.° Tratar de sustituir la *tristeza*, que todo lo

e sombrío, lo siente contrario y lo juzga severo, con *la paciencia* cristiana que sufre con paz en unión con Jesús, espera con confianza en su Misericordia y ve en la enfermedad, no un verdugo, sino un misionero de Dios que de El le habla, a El le lleva y con El lo consuela y cura. Compárese esta receta con la que está llenando los hospitales de enfermos, los manicomios de locos y los hogares de amargos y desesperados, a saber: contra enfermedad, aturdimiento de placeres, y contra tristeza, desesperación; en suma, más enfermedad y más tristeza.

Si mi voz llegara a todos los tristes enfermos y a los enfermos tristes, les diría: Amigos, curad vuestro estómago, vuestro hígado, vuestros dientes y muelas, vuestros nervios, más que con medicinas y *potingues*, a ser posible, con buen régimen de comidas, de aires y de espíritu, y os aseguro que, a medida que os curéis, os iréis convenciendo de que ni las personas que os rodean son tan malas, ni las circunstancias tan adversas, ni vuestra suerte tan negra, ni vuestra cabeza tan próxima a la locura, ni vuestros días tan grises, como os estaba haciendo sentir o temer la tristeza de vuestras debilidades y achaques.

Para los pequeños tristes: Distingamos los casos para darles con acierto la solución. Si la tristeza infantil solamente proviene del mal de hambrecillas o de malecillos, con satisfacer aquellas a su tiempo y curar éstos, se ha hecho todo lo que se puede hacer.

Pero si además con la tristeza patológica se mezclan las rabietas de la tristeza pasional, que después descubriré y tiene también en los pequeñuelos, casi desde que nacen, sus manifestaciones, el remedio es la educación *graciosa* que deje al triste o enrabiado apasionadillo en paz, sin dejarle salir con la suya.

Para remedio de una y otra tristeza son infalibles e insustituíbles los besos y las industrias cariñosas de las madres con *gracia*.

La tristeza espiritual

Estudiada la tristeza nacida de los males del cuerpo, os presento hoy la tristeza que llamo espiritual por nacer principalmente de males y desórdenes del espíritu.

Como el cuerpo animal, así el alma racional reacciona y protesta contra el mal que le aflige poniéndose triste.

Persiguen al alma males propios como al cuerpo los suyos.

Brevísimamente enumeraré los principales.

Los males que pueden afligir y entristecer al alma son reales o ilusorios, propios o ajenos, actuales de hecho, o como actuales por recuerdo o presentimiento.

Males reales: Y digo real por oposición a ilusorio, no porque el mal propiamente sea una realidad, sino privación del bien. Esos males reales pueden afectar a las distintas facultades del alma:

1.° *Males del entendimiento:* el *error* y la *ignorancia.*

Advierto que estos dos males, con ser tan graves, producen poca o ninguna tristeza, por la sencilla razón de que los afectados por ellos no se dan cuenta; el errado se cree en la posesión de la verdad y el ignorante en posesión de todo saber. Más bien sufren la tristeza de estos males los vacilantes que no acaban de encontrar la verdad que buscan y los sabios que, mientras más cosas saben, más echan de menos las que no saben.

2.° *Males de la voluntad libre:* Si el acto propio de esta facultad es inclinar al alma al bien y adherirla al que le muestra el entendimiento, o sea, inclinarla a amar y a ser amada, los males que pueden afligirla y entristecerla son el desorden en el querer, es decir, amar como bueno lo que equivocadamente el entendimiento le presenta como tal, o preferir el bien inferior que le presenta o sugiere el apetito sensitivo al bien superior que le presenta el entendimiento, o el desorden en ser querida, por no recibir la correspondencia debida, que son el odio y la ingratitud, o recibirla en grado excesivo, que pudiera llegar hasta la idolatría. La voluntad, por tanto, puede entristecer al alma como agente, pecando con su querer desordenado y, como paciente, recibiendo odios e ingratitudes.

La tristeza del alma por este mal del odio y de la ingratitud recibida es sólo protesta natural contra el mal, pero la tristeza del pecado, que se llama

remordimiento, es mucho más. Es el más hondo, trascendental, amargo y adherido desagrado del alma, como *protesta* y *expiación* por toda transgresión de la voz de la conciencia, que es el dictamen práctico de la razón, y como el eco inconfundible e inextinguible de la Ley de Dios en el alma.

Ejemplos inequívocos y formidables de esa tristeza son Adán y Eva huyendo aterrorizados de la presencia de Dios en el punto y hora en que desobedecen su mandato de no comer del árbol prohibido; Caín, condenado a vagar errante y tembloroso huyendo del ojo de Dios airado contra él por la muerte de su hermano Abel; Judas apartándose de la vista de Jesús por su traición entregado a sus enemigos, y cada hombre, ignorante o sabio, joven o viejo, bajo o alto, sintiendo en lo más íntimo del alma el aguijón del remordimiento en el mismo instante de consentir libremente en deseos, palabras u obras contra Dios y contra su conciencia. San Agustín llama a la tristeza del pecado la *inmortal tristeza.*

3.° *Males de la memoria y de la imaginación:* La memoria y la imaginación que son unas excelentes y fieles servidoras del alma y de sus facultades superiores, el entendimiento y la voluntad, cuando sus jefes van por caminos de orden, ellas les suministran recuerdos o representaciones de ejemplos buenos que imitar, consejos rectos que seguir, fechas y datos con que ilustrarse y enriquecerse; pero, cuando sus maestros y jefes, la razón

y la voluntad, se sublevan contra Dios, que es el orden y el Ordenador supremo, las dos facultades inferiores se insolentan y se dedican a vengar a Dios y al orden despreciados, atormentando con el recuerdo fijo, torcedor, obsesionante y la representación alarmante y con fúnebre matiz del mal consentido. Tristeza de los pecadores, aún de los que ríen y alborotan por fuera, ¡qué amarga y pegajosa eres!

El Hijo pródigo del Evangelio, llevado por sus lujurias a trocar las honestas delicias y comodidades de la casa paterna por la vida miserable y dura de un porquero, ¡qué horrible ejemplo de esa roedora tristeza!

Los males ajenos: Pueden ser causa de tristeza al alma que, por compasión a los que sufren, los siente como propios.

Esa es precisamente la noción y el oficio del misericordioso, o *miserum cor,* del corazón que se siente miserable compadeciendo la miseria de su prójimo.

Y como este mal, aunque ajeno, se llega a sentir como propio, produce también su tristeza. El ejemplo soberano de esta tristeza nos lo da el Corazón de nuestro misericordiosísimo Jesús sintiendo aquella tristeza de muerte que le hace sudar sangre, más que por los tormentos que veía venir sobre El en su inminente Pasión y Muerte, por los pecados con que sus hermanos los hombres habían de inutilizar y pisotear la Sangre que por ellos iba a derramar.

Y, siguiendo el ejemplo del Maestro, ¡cuántos santos y cuántas almas generosas han sufrido tan al vivo los males de alma y cuerpo de sus prójimos y de sus pueblos que han llegado hasta a enfermar y morir de tristeza!

Los males ilusorios: ¡Cuánto abundan y cuánto entristecen, a pesar de su nada!

Tienen casi siempre su origen en las fantasías de una imaginación enfermiza y no educada y sus auxiliares que son una cabeza *dura,* una voluntad débil y una nerviosidad exagerada.

Los males con que afligen y entristecen al alma esas imaginaciones enfermizas son:

1.° Sentir síntomas de enfermedades que no tienen o agrandar irracionalmente las que ya se padecen.

2.° Tomar como pecados cometidos los que no se han cometido, o como confesiones mal hechas las que se hicieron bien.

3.° Sentirse víctimas de designios malévolos, de intenciones depravadas, de persecuciones injustas de parte de todos o casi todos con los que se convive. Y

4.° Vivir en miedo y sobresalto constantes por todo y de todos de lo presente, de lo pasado y de lo por pasar, sin más razón ni motivo que la *mala suerte,* el *sino,* la *fatalidad,* el *castigo de Dios,* de un dios que no es el de verdad, sino de *pesadilla,* puesto que no le señalan otra cosa que hacer, que castigar a los infelices.

Pero repito, no por ilusorios, estos males producen menos tristeza en el que los padece, y tal y tan honda que quizás sea la más difícil y no pocas veces imposible de curar.

¡Pobres escrupulosos, condenados día y noche a angustias mortales por pecados que no habéis cometido, cómo os compadezco y quisiera devolveros la alegría y la paz de las almas rectas y sanas!

CÓMO LLEGA Y LLAGA A LOS NIÑOS Y A LOS JÓVENES

LA TRISTEZA ESPIRITUAL

A los que no llega

Así como todos nacemos esclavos de la tristeza que, por venir con los males o privaciones corporales, llamé *patológica*, excluyo de los dominios de la tristeza que brota de los males del alma a los pequeñuelos de la primera infancia.

¿Qué penas ni tristezas pueden venir del error o ignorancia del entendimiento, ni de los desórdenes de la voluntad a quien apenas si conoce ni quiere más que el jugoso pecho de la madre, la blanca boquilla del biberón y el sonajero o la pipa con que se adormece o distrae?

Duermen las facultades espirituales del niño en

su primera infancia y por tanto no es sujeto capaz ni de alegrías, ni de tristezas espirituales.

¿Cuánto durará ese estado de *Limbo* anticipado, sin pena ni gloria?

Como empieza

Hay que esperar a que se vayan despertando las facultades espirituales y a que el mal pueda hacer llegar su primera gota de veneno sobre el alma del inocente, para que la fatídica sombra de la tristeza espiritual se proyecte sobre ella. Y hablo sólo de la tristeza por el pecado, porque de los demás males del alma, apenas ni noción se tiene en la primera y segunda infancia.

Advirtamos en qué situación encuentra el mal al alma del niño. Si no está bautizado, el mal de fuera entra como aliado con el mal de dentro, el pecado original, con que nacemos todos; si está bautizado, el mal de fuera chocará contra la Gracia elevadora y santificadora del alma y no contará con su aliado el pecado, pero sí con las inclinaciones al mal que, aún perdonado el pecado de origen, quedan en el alma y en los apetitos del cuerpo hasta la resurrección gloriosa de la carne en la que se completará la acción redentora de Jesús.

¿Cuándo?

¿Cuánto tardará en dar la cara el triunfo o la derrota de esa alma?

Esa pregunta equivale a esta otra: ¿cuándo dará

señales de vida en el alma del pequeñuelo la conciencia?

Se ha convenido en fijar como término medio de la edad del discernimiento, y por tanto de la conciencia, la de siete años; y está bien, pero hay que confesar que para quien conoce un poco el alma del niño, es un misterio la hora del despertar de la conciencia infantil y con la conciencia la hora de la responsabilidad de sus actos de virtud o de pecado.

No sólo las vidas de los santos, sino la misma experiencia, están llenas de ejemplos de graciosas precocidades ¡a los seis, a los cinco, a los cuatro años!

Escribo estas líneas el día de Santa Teresita del Niño Jesús que, precisamente, a los cinco años, como he dicho antes, ofreció hacer siempre en su vida todo lo que le pareciera que le pedía el Señor: ¡ofrecimiento en verdad valioso y de muy arduo cumplimiento!

¿De cuántos niños y niñas leemos en la vida de los Santos que en la más temprana infancia ofrecían votos de virginidad, mortificaban sus cuerpecillos y hasta se imponían ayuno de mamar el pecho de sus madres? Y si esas santas precocidades pudieran atribuirse a intervenciones especiales y extraordinarias de la Gracia de Dios, ¿cuántas veces se pueden contemplar y admirar singularmente en los hogares de verdad cristianos flores preciosas de obediencias, generosidades, manifes-

taciones de piedad para con Dios y con los padres en pequeñuelos de poco más de tres años?

Del mismo modo y haciendo contraste con esas victorias tempranas de la Gracia del Bautismo sobre las inclinaciones malas interiores y las perniciosas sugestiones del mal de fuera, aparecen en otros niños en esas mismas edades síntomas desconsoladores de derrotas espirituales y de pecadillos ocultos. Y uso el diminutivo, porque así lo pide de justicia la debilidad de razón y de voluntad de aquella almita, no acabada de despertar de su sueño de cuna.

Y con estos datos a la vista, puedo ya responder a la pregunta de si *llega* y *llaga* al alma de los niños la tristeza espiritual. Y respondo que así como en la primera infancia ni la más leve sombra de esta tristeza se proyecta sobre el niño, en la segunda, y yo comenzaría a contarla desde los tres años cumplidos, de la misma manera que al alma puede sonreir la alegría que incesantemente sigue a los actos de virtud, pueden comenzar a sombrear las oscuras alas del buho del remordimiento o de la tristeza espiritual, leve y pronto disipada, sobre todo en los principios, como leves son también los pecadillos que la atraen.

¿Pruebas?

Al que me pidiera una prueba de cómo en almas tan chicas caben pecados y remordimientos, yo no le daría otra que la observación.

Del mismo modo que Adán y Eva, al cometer su

pecado, se dieron cuenta y se avergonzaron de verse desnudos y por miedo trataron de ocultarse de los ojos de Dios, la gran señal de que un niño, por pequeño que sea, se da cuenta o conciencia de que hace una cosa mala es que se oculta para hacerla y se avergüenza al confesarla. Al tratar de la tristeza pasional hablo más por menudo de las tretas y habilidades con que pequeñuelos de edad inverosímil ocultan sus pecados y sus remordimientos y de los fenómenos tan extraños que se producen por falta de desarrollo armónico de los apetitos del cuerpo y las facultades del alma y con éstas de la conciencia.

El proceso

Llega el niño o la niña a los 11, 12 o 13 años ¡aparece la pubertad! ¡Qué diferencia de efectos en las almas, según las encuentre en estado de victoria o de derrota, en Gracia o en pecado!

Sin tocar aquí los efectos producidos en el apetito sensible y por medio de él en el alma, conténtome con asegurar que, si la pubertad con el séquito que arrastra de atractivos misteriosos y repulsas inexplicables y de vaguedad y exacerbamientos de deseos, gustos y sentimientos, coge al alma vencedora por Gracia de Dios de sus malas inclinaciones y educada en el orden y en la disciplina, no sólo no la dañará, sino que la adiestrará en la lucha consigo misma y hará que se aproveche de las ansias misteriosas de vida nueva, que aquella le trae, para estimularse en sus deseos de felicidad

por la práctica del bien, el conocimiento de la verdad y el trabajo.

Pero si desgraciadamente encuentra la pubertad al alma en derrota habitual de castidad, de obediencia, de laboriosidcd y de piedad, ¡pobres almas! ¡qué abismos de tristezas calladas y disimuladas, de debilidades afrentosas, de abyecciones morales ocultas, de hipocresías obstinadas e insospechadas y de males de alma y cuerpo se abren ante el pobre niño pecador al trocarse en joven vicioso!

Angeles de la guarda de esos pobres alucinados, enterad a los padres y a las madres del peligro de sus hijos y de sus hijas y poned al lado de ellos maestros y educadores *con gracia*, con la sobrenatural y la natural, que las dos les hacen falta para volver a la alegría del bien vivir.

REMEDIOS PARA LA TRISTEZA ESPIRITUAL

Para la de los mayores

A modo de recetas breves iré señalando algunos:

Contra la tristeza, por muy pocos sentida, de la *inquietud en el error*, la *humildad* en buscar la verdad, y contra la de la *ignorancia*, o mejor, de la ciencia echada de menos la *sobriedad* recomendada por San Pablo: «No saber más de lo que conviene saber».

Contra la *tristeza por males de la voluntad:* Contra el *pecado* propio, si grave, confesión sincera con arrepentimiento y propósito sincero, y, si leve,

arrepentimiento y, en los dos casos, confianza sin límites en la Misericordia del Corazón de Jesús y cautela para no recaer.

¿Que los pecados son muchos y muy repetidos?

Que también sean muchos y repetidos los actos de dolor y de confianza. No se olvide que ni el pecado más leve ni el más grave se perdona con tristeza y abatimiento, sino con la receta dada.

Contra la *tristeza de los malos recuerdos:* Si son recuerdos de ofensas hechas a Dios, se quita la tristeza con la confianza en su Misericordia y con las ganas de no repetirlas; si de ofensas a los prójimos o de ellos recibidas, se borra con favores y oraciones por ellos. Si a más ofensas hechas o recibidas oponemos más caridad, la tristeza está demás.

Contra la *tristeza de las malas imaginaciones:* Contra la tristeza por *escrúpulos:* un director espiritual prudente que enseñe a despreciar dudas y vacilaciones, una obediencia tenaz para hacerle caso, buena cara habitual y reirse de la tristeza.

Contra la tristeza por propensión a recelos, presentimientos, sospechas temerarias, amagos de manías persecutorias y afecciones de males ilusorios: una enérgica y saludable despreocupación de cuanto tienda a turbarnos con estas o parecidas fórmulas: «Lo que Dios no me pide ahora ¿qué me importa?» «Como el ayer no es mío, porque se me quitó, y el mañana tampoco, porque no se me ha dado, haga yo bien lo mío de hoy y he cumplido

todo mi deber». «Quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta».

Contra la *tristeza por los males ajenos:* Esta no necesita remedio, porque es buena como hija de la Caridad para con el prójimo, mientras sea ordenada, es decir, que sirva, no para sumergir al alma en un dolor inútil, sino para estimularla a librar al afligido de aquellos males. Es la tristeza que decía San Pablo que le devoraba su corazón: «Quién de vosotros está enfermo, y no enfermaré yo; quién se escandalizará, y yo no me abrasaré?»

Para las tristezas espirituales de los menores ::

Mis experiencias y observaciones de almas de niños y de jóvenes me han dado esta conclusión: Un muchacho o muchacha habitualmente o con frecuencia triste *está malo, es malo o muy pronto lo será.*

Esto es cierto, tanto como que son muchos los que padecen esa enfermedad.

La dificultad está en dar con ella, porque en el arte de disimular la tristeza son maestros y sobre todo maestras los roídos y las roídas por ella.

¿Remedios?

Si el mal que produce esa tristeza en los niños y en los jóvenes es el pecado, pues de los otros males puramente del alma, como errores, ignorancias, odios e ingratitudes, apenas es sazón ni tiempo para que se den entera cuenta, será remedio contra esa tristeza espiritual todo lo que les evite

ese mal, los aleje del peligro, los robuztezca en la tentación y los mueva a arrepentirse y enmendarse, para que se levanten, si desgraciadamente cayeron.

Y ahí, en ese oficio de custodio y fomentador de alegrías espirituales por medio de la preservación, del robustecimiento y de las curas rápidas de las almas tiernas, entra con toda su eficacia la educación que llamo *graciosa*, porque opera con la Gracia sobrenatural y la natural.

Y digo que sólo esas dos gracias, manejadas por el educador, llámese padre, madre, confesor, maestro, catequista, pueden contar con ese gran triunfo.

¿Cómo? ¿Por qué caminos llegará a este fin? ¡Contra la tristeza del pecado, la alegría de la limpieza de conciencia!

1.° Esa educación *graciosa*, partiendo de la idea de que el alma del niño tiene por la Gracia del Bautismo a Jesús viviendo en ella, pondrá todo su empeño en que su educando se dé cuenta del Huésped que lleva dentro y de las ganas tan ardientes que El tiene de entrar en diálogo afectuoso con el alma y recibir de ella obsequios y homenajes y en reciprocidad de cariño regalarla y defenderla.

Poner al niño bautizado, lo más pronto y por los medios de expresión que se pueda en relación consciente de veneración repetuosa y cariñosa amistad con el Jesús chiquito que llevan impreso y vivo en sus almas, esa es, a mi ver, la gran obra, el más sólido cimiento de la educación: esto es, meter en la

conciencia del niño la certeza, la persuasión, *¡el instinto!* de la *presencia amorosa de Jesús* en sus almas. De un Jesús a quien hay que querer porque es nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Hermano, nuestro Amigo, y a quien hay que temer también porque todo lo ve y todo lo sabe, por muy oculto y a obscuras que el niño esté, que se pone muy contento cuando el niño es bueno, y se pone triste y disgustado cuando el niño no es bueno o hace cosas malas; pero con temor de respeto y de cariño, no de miedo como al policía que mira para prender y castigar.

No conozco resorte pedagógico y educativo más poderoso y que llegue más adentro del alma para adherirla al bien y separarla del mal y contra él prevenirla, que esa presencia afectuosa de Jesús conocida y sentida como por instinto.

Para un niño y para un hombre educado a base de esa presencia afectuosa de Jesús que premia con su complacencia y castiga con su disgusto, están demás los halagos de todos los premios materiales o terrenos y la amenaza de todos los castigos o tormentos.

2.° La *vigilancia* y *asistencia cariñosa* que procura la misma educación con sus *gracias* y para aislar de contagios y escándalos.

3.° *Directores espirituales* discretos y caritativos, esto es, *graciosos*, que inspiren confianza y adivinen hasta la sombra de manchas o peligros que se ciernan sobre el alma de sus inexpertos dirigidos.

4.° La *Comunión diaria* limpiamente recibida y fervorosamente agradecida y a ser posible la visita diaria; es decir, el trato familiar y frecuente con Jesús vivo en el Sagrario.

5.° Despertar y avivar con *gracia* la *laboriosidad* y la *sinceridad*. De un muchacho sincero, ocupado y alegre se puede esperar todo lo bueno; de un muchacho reconcentrado, ocioso y triste se puede temer todo lo malo.

Y lo mismo y en mayor grado afirmo de las muchachas.

6.° He observado que no pocas veces las reservas y tristezas de un niño o un joven proceden, o por lo menos son muy fomentadas, de acostumbrarse a vivir *solos* o sintiéndose solos, aún en medio de una familia numerosa o de una comunidad bien nutrida; *solos*, esto es, sin encontrar jamás o muy pocas veces palabras de interés y miradas de cariño para *él solo*. ¡Cuántas veces me he explicado por esa falta de *interés particular* de parte de los padres o los Superiores la indiferencia, el despego y hasta las ganas de irse que se descubren con asombro en los hijos e hijas con respecto a sus hogares, y en los colegiales o colegialas con respecto a sus pensionados! Generalmente las predicaciones, los avisos, los beneficios que se hacen a *todos* no son agradecidos ni correspondidos por *cada uno*, como si *sólo* a él se hubieran hecho.

Y 7.° Con todos estos medios y modos ¡la oración y la observación! sobre el educando.

LA TRISTEZA PASIONAL

Las pasiones

Aparte de las influencias fisiológicas, que antes apunté, que provocan los estados de tristeza, que llamé *patológica* y de los males de espíritu que provocan la tristeza *espiritual*, tócame señalar las relaciones que hay tan estrechas entre la tristeza y las pasiones del apetito sensitivo, unas veces como causa y otras como efecto, que me atrevería a llamar a la tristeza la inseparable compañera de las pasiones.

Seis son las pasiones del apetito que se inclina al bien bajo la especie de *concupiscible*, según las clasifica la Psicología escolástica: amor y odio, deseo y temor, alegría y tristeza; y cinco las pasiones del apetito *irascible* que son las que tienden al bien bajo el aspecto de arduo, de difícil: esperanza y desesperación, audacia y aversión e ira. Como hijas o nietas de esas pasiones madres, pululan por el mundo humano otras como la envidia, el furor, los celos, etc. Aunque todas proceden del *apetito* sensitivo y pertenecen al hombre en cuanto animal, tienden a convertirse en *afectos* del alma y a obligarla a obrar según ellas.

Pues bien, a poco que se examinen esos movimientos, ya del apetito ya del alma, no hay más remedio que topar con la tristeza o como causa que la produce, o que la excita, fomenta, o conserva, o como efecto que queda.

¿Qué amor no tiene horas melancólicas, qué odio no se revuelve y repudre en tristes amarguras, qué deseo y qué temor no propenden a sumergir al alma en mares de tristeza, y qué alegría ¡la misma antitética de la tristeza! no se ve empañada por nubes de tristeza? Y las esperanzas y audacias terrenas, ¿no están a menudo regadas con lágrimas de triste desilusión y desfallecimiento, como la desesperación y la aversión se ahogan en lágrimas de rabia y la ira se resuelve en cansancios y languideces de tristeza?

La tristeza, fenómeno universal

Si el mal no es un ser o cualidad positiva, sino la privación o negación de bien, como el frío es la privación de calor, el pecado es negación de virtud y privación de Gracia de Dios, el corazón humano, tan cercado de males mezclados con pocos bienes y de bienes mezclados con tantos males, tan indigente y tan ambicioso, tan débil como inquieto, ¡cuántas ocasiones tiene de sentir la tristeza! ¡Pobre corazón condenado a tristeza perpetua y universal por los bienes que echa de menos, por los males que le afligen y por la mezcla de mal que encuentra en los mismos bienes de que goza!

Por esa misma limitación del bien de que puede gozar el hombre y esa mezcla de mal y bien de todos los bienes terrenos, puede llamarse la tristeza la pasión que late o acecha en el fondo de todas las pasiones, o sea, la pasión universal.

Dos ejemplos:

Veámoslo en dos ejemplos, no más, de pasiones al parecer las más opuestas a la tristeza, el amor y el deseo. Dulce y agradable es el *amor* como pasión del apetito y como afecto del alma; pero todo amor humano está lastimado, unas veces y otras, acechado por el mal de las dudas o los celos, de la inconstancia o la grosería, del egoísmo, de la sensualidad o de los intereses y siempre por la pena de su limitación en el tiempo, en la presencia, en su intensidad, en sus manifestaciones... ¿Mal he dicho? Pues ya he nombrado la tristeza que está amenazando detrás de cada uno de esos males y limitaciones.

Justo y bueno y agradable es vivir deseando lo que cada cual estima que le conviene y gusta. Pues veréis qué madriguera se abre la tristeza en esa pasión del deseo.

¡Es tan fácil desordenarse en desear lo que no se es, en desear tener más de lo que se tiene, y en desear gozar lo que no se puede o debe! ¡Esa es la casi única ocupación del corazón humano, cuando no se domina! ¡cuántas tristezas se están inoculando en él perennemente! ¡Como que le impiden, no sólo gozar del bien presente, sino que lo empujan a mirarlo como un mal!

Unid ahora al mal de los deseos desenfrenados el no menor de los *temores sin razón*, temor de perder lo que somos, lo que tenemos y lo que gozamos, que es el temor constante en que vive el

corazón, y veréis qué invitaciones tan irresistibles a la tristeza llueven sobre ese pobre corazón.

Causa de esta tristeza

Diríase que, como la naturaleza castiga automáticamente los excesos del comer, del beber, del dormir y de las demás funciones orgánicas con enfermedades y ataques, la tristeza es el castigo automático también que la razón impone a toda pasión de apetito o afecto del alma desobediente o rebelde. De donde se deduce que todo deseo desordenado del apetito o del corazón es una fuente de tristeza, lo mismo en el joven y en el maduro que en el viejo, igual en el hombre que en la mujer.

De ahí también se deduce que a más desorden en el amar y en el odiar, en el desear y en el temer, en el alegrarse y en el entristecerse, en el esperar y en el desesperar, en el atreverse y en el apartarse, así como en el airarse, corresponde menos felicidad y contento y a más desobediencia a la recta razón y desenfreno de todos esos movimientos del apetito y del alma, más tristeza.

Una dolorosa observación

La experiencia de los años y de los acontecimientos me va enseñando que muchos, muchos, casi diría la mayor parte de los hombres y de las mujeres, llevan la cabeza sobre sus hombros *por mero adorno*, no para dirigirse. ¿No manda la cabeza, que es para lo que Dios la ha puesto encima de los hombros? Mandan, mejor, tiranizan las pasiones.

A la desairada huésped de la cabeza, la razón, casi no le queda más ocupación que la de firmar para sí y para sus rebeldes súbditos una sentencia fatal:

¡La tristeza universal y perpetua!

Sentencia que fatalmente cumplen los individuos y los pueblos obstinados en vivir contra razón y ley de Dios.

El gran engaño de la tristeza

¡Qué engañados andan los hombres, aún los que pasan por sabios y discretos! ¡Empeñados en desear lo que no deben, o por los medios que no deben, o en temer lo que en realidad no es temible, son roídos por tristezas como de pobre miserable nadando en riquezas, como de enfermo incurable gozando de inmejorable salud, como de despreciados y desgraciados sin que nadie haya ni soñado meterse con ellos!

Si se estudiaran al través de estas sencillas verdades muchas de las tristezas llamadas estados neurasténicos, psicasténicos e histéricos, y muchas de las situaciones alarmantes y desesperadas de individuos y familias, se vería claramente que eran, debidas más que a envenenamientos o desbordamientos de nervios o humores y males de hacienda, enfermedades o contratiempos, a deseos y temores,

a amores, envidias y odios trocados en pasiones tiranas, a fuerza de no ser dominadas, y enloquecedoras del corazón y de la cabeza.

¡Cuántas veces en mi trabajo y empeño favorito de alegrar almas me siento con ganas de salir por el *buen nombre* de los nervios, de las enfermedades, de la pobreza, de la misma ruina económica y de las demás cosas a las que se suele achacar el sambenito de las tristezas crónicas, ocultas o descaradas, que sufre más de la mitad del género humano!

El Secreto de muchas tristezas

No, no, señor o señora, habría que decir muchas veces, V. está triste y con tristeza crónica, no por la neurastenia incurable, ni por la ruina irremediable de su casa, ni por la enfermedad pesada que le ha sobrevenido, sino de *indigestión de orgullo*, de *empacho* de gula, de *apolillamiento* de pereza y ociosidad, de *hastío* de lujuria, del *cólera morbo* de su ira, de la *hidropesía* de su avaricia o modestamente de la *inanición* de su cobardía... ¡V. está triste porque ha destronado a su razón y ha entronizado en su lugar a sus pasiones!

¿Remedios?

¿Quiere V. curarse de su tristeza?, podría continuar.

Arrincone potingues e inyecciones, cábalas y cálculos, cavilaciones y lágrimas por lo que pasó,

por lo que vendrá o no vendrá y dedíquese en serio y confiando en la Gracia de Dios, a quebrantar o debilitar el orgullo de su cara despectiva y palabra petulante, con el propósito de una *buena cara* con *boca cerrada tragando saliva*, su pereza, haciendo personalmente y con un poquito de trabajo algo útil para sus prójimos cada día, su lujuria, huyendo a todo correr de peligros y ocasiones o levantándose del cieno con el auxilio de una buena confesión, su ira, sonriendo cada vez que le vengan ganas de gritar o irrumpir, su avaricia, no dejando pasar día sin gozar del placer de contentar caras y corazones con sus monedas o sus obsequios, su cobardía, ensanchando su corazón con la confianza en la Misericordia del Corazón de Jesús y en la dulce Providencia del Padre celestial y al cabo de una temporada de *régimen* no lo conocerán ¡ni en su casa! ¡Tan en otro lo convertirá la alegría!

Dice el autor de la Imitación de Cristo: «Resistiendo las pasiones se encuentra la verdadera paz del corazón, mas no sirviéndolas».

¿Que toda esa *contrarevolución* cuesta trabajo? Cierto, ¡mucho trabajo!

Pero, con ser tan duro el trabajo del vencimiento de las pasiones desordenadas, es incomparablemente más duro el yugo de la tristeza de los derrotados por ellas.

El remedio de los remedios

o mejor, la fuerza para facilitar e intensificar el remedio. Lo ha dado el Espíritu Santo por boca

del Apóstol Santiago: «Tristatur aliquis vestrum? Oret». *¿Está triste alguno de vosotros? Ore.* Si, como se ha dicho, nunca es el hombre más grande que cuando está de rodillas, nunca es el hombre más racional y menos animal que cuando ora.

Una oración humilde, confiada y perseverante ¡qué lumbres da a la cabeza, qué fuerzas al corazón, qué triunfos tan excelsos al alma racional sobre la bestia humana!

¡Haced la prueba, hermanos tristes!

LA TRISTEZA PASIONAL DE LOS NIÑOS Y JÓVENES

El perro triste

Al igual que la *patológica*, esta tristeza *pasional*, no sólo es de todas las edades del hombre, sino que también da señales de vida y con frecuencia en los animales que tienen su apetito sensitivo, claro es, muy inferior al del hombre.

Como prueba apreciada por todos, pongo el perro, el más tratado y tratable de los animales. ¿Quién no ha tenido ocasión de ver los casos de tristeza de los perros caseros por la envidia de sentirse postergados a un niño que nace y hasta al gato mimado? ¿Quién no se ha emocionado al ver al perro leal sin probar bocado días y días al pie del lecho en donde yace enfermo o agonizante su amo? ¿Quién no ha oído contar historias de perros, muertos de tristeza e inanición sobre la sepultura de su dueño?

El pequeñín apasionado

En el niño, mucho antes que la razón y que los afectos del alma, se despiertan las pasiones del apetito sensitivo, tanto concupiscible como irascible.

Puede afirmarse, sin miedo a ser desmentido, que, a la par que el niño abre sus ojos a la luz y su boca para el alimento, se descubren las pasiones de su apetito.

¿Da risa hablar de pasiones de niños de pecho?

Reíos cuanto queráis, pero observad cómo con los miembros y sentidos y por los medios de que puede valerse y a medida que van éstos creciendo va el niño mostrando sus pasioncillas en agraz, pero pasiones reales y verdaderas. Como que el alma no actua más que como principio vital, mientras sus facultades duermen o se van despertando, el niño obra no por reflexión, sino por instinto de la vida animal, en la medida que el desarrollo de los órganos lo va permitiendo.

La primera pasión que se revela en el niño es de quererlo todo para él solo: un ensayo de egoísmo. Por eso los niños, aún los más pequeños, aman con un amor totalmente sensible, exclusivo e instintivo a la mujer que les da de mamar, que los acaricia, los pasea, los duerme, y se entristecen y lloran y patean cuando se la quitan y lo mismo digo del *sonajero*, biberón verdadero o fingido y de cualquier objeto que les entretenga; después del egoísmo, y, sirviéndole de escolta, no pasará mucho en que aparezca

la *envidia* en forma de celos del hermano chiquitín que ha nacido después de él, y la *audacia* pegando, mordiendo y arañando a quien no le deja salirse con la suya, y el *miedo* asustándose y huyendo, y la *pereza* y la *vivacidad* en no hacer nada o en hacer demasiado.....

Pero obsérvese que todo este movimiento de pasiones infantiles ni está mandado ni ordenado por la razón ni la voluntad, que duermen o no han acabado de despertar, sino sólo por la necesidad de la naturaleza que en esa edad es sumamente indigente y, a fuer de tal, egoísta, o por la excitación del apetito.

El niño en la primera infancia come, bebe, corre, duerme, acaricia, rabia, huye del peligro y lo busca, ríe y llora, quiere y odia porque sí, por pasión ciega, porque se lo pide el cuerpo, como vulgarmente se dice, en una palabra.

Crece el niño y se despierta lentamente el alma y con ella la razón y la voluntad racional. ¡En qué situación más lastimosa encuentran estas serenas facultades superiores a sus inferiores los apetitos! ¡en plena anarquía! ¡todos mandan y nadie obedece¡ La razón trata de imponer su superioridad de dirección y manda, y se le ríen en sus barbas las pasiones anarquistas del apetito.

Se dice al niño goloso: no comas tanto de ese dulce porque te hará daño y tendrás que pasar el mal rato de un purgante..... y la pasión de la gula responde con un encogimiento de hombros que equivale a decir: Muera Marta y muera harta.

Y por el estilo van respondiendo a la razón la pereza y la envidia y la ira y el egoísmo de los cinco, de los seis, de los nueve, de los once años. ¿Quién vencerá? ¿la razón humana? ¿la pasión animal?

Si vence aquella, es decir, si consigue que el niño quiera y odie, desee y tema, busque o repela sólo lo razonable y en una medida razonable, el niño, al hacer razonables sus pasiones sensitivas, se ha salvado moral y espiritualmente, ha dado su primer paso, el más decisivo de todos los de su vida, para llegar a ser hombre cabal.

Si, por lo contrario, vence la pasión y a fuerza de gritos, seducciones y amenazas irrumpe en el alcázar del alma y pone a sus pies a la razón y a la voluntad y se erige en tirana, el niño, ¡pobrecillo! saca su matrícula de esclavo y comienza la triste carrera de criminal, presidiario o loco.

El remedio

¿Quién o qué dará la mano y energía y acierto a esas vacilantes y recién despertadas razón y voluntad del niño para ayudarlas a vencer las pasiones y a convertirlas en afectos rectos y ordenados del alma?

¿Quién o qué tendrá influencia sobre las pasiones infantiles para prepararlas y llevarlas a la sumisión y al orden?

¿Quién o qué?

Respondo: la *educación graciosa;* esa es su obra, su gran obra.

¿Cuándo comenzará?

Desde que nace el niño.

¿Hasta cuándo?

Hasta conseguir que su educado busque y haga el bien natural y sobrenatural *por carácter* con la misma facilidad y espontaneidad con que buscaba su gusto y conveniencia cuando niño por instinto de pasión.

¿Con qué medios?

Con los que da al educador la Gracia sobrenatural y la natural.

¿Cómo?

Dos tiempos

señalemos antes y después del uso de la razón.

Antes. El educador, padre, madre, sacerdote, catequista, maestro, ponga en juego la *gracia* que produce la bondad al servicio del ingenio, en hacerse amable y atrayente al pequeñuelo. Con esa misma *gracia* observe sus pasioncillas y dese trazas con buen modo y tesón (tesón más que riñas, castigos y malas caras) para *hacer de razón y de voluntad* en aquel diminuto *estado libertario* de pasiones e instintos sin rey ni Roque.

En ese oficio de razón y voluntad *interinas* del niño fomente las buenas pasiones, dé objeto bueno a las malas e impida a todo trance que éstas se *salgan con la suya.* Un ejemplo: el infante de uno, dos, tres años pide como puede un objeto (un dulce, un juguete) que para él es peligroso; se le quita de la vista y en su lugar se le da, si se puede, otro parecido; *su*

señoría no se digna darse por complacido y llora y pernea y levanta la mano y el grito; al punto se le quita el objeto sustituto y, con gran tranquilidad de cara y de gestos, se le deja llorar y protestar hasta que se canse y convenza que por el camino de las *huelgas* de *hambre* y de rabietas no consigue lo que quería ni lo que se le concedía.

El procedimiento repetido hace al niño sin uso de razón razonable.

Antes también del uso de la razón el educador ha de poner toda su *gracia* en evitar contagios de malos ejemplos y de malos amigos a sus educandos, sin que valga la razón que tantas veces se da de que ¡es tan chico! ¡sin uso de razón no se da cuenta!

Precisamente esa es la razón por la que hay que evitar esos contagios, porque por la fuerza de adhesión de las primeras impresiones, por la libre entrada que les deja la falta de uso de razón y la inclinación a lo malo de las pasiones de nuestra naturaleza viciada por el pecado original, esos malos ejemplos y cosas malas aprendidas en la primera edad comienzan por dar dirección mala, aunque inconsciente, a las pasiones y acaban por habituar al niño a actos malos que después será imposible o muy difícil desarraigar.

En materia de sexto y séptimo mandamientos ¡cuántos inconscientes infractores al principio y viciosos empedernidos después han hecho esas funestas iniciaciones en el mal antes del uso de la

razón por malas artes de criados, amigos y parientes corruptores!

Después del uso de la razón: ¡Qué bien vendrá a esa debilísima razón, más dormida que despierta, la ayuda de la *gracia* del educador para darle posesión quieta, pacífica y durable del reinado sobre las pasiones e instintos!

Y esa *gracia* tiene el encargo de dar una medicina, la misión de *dorar* la *píldora* de una eficacia maravillosa para curar y prevenir todas las tristezas y todos los males que la producen.

Esa medicina prodigiosa se llama *La Austeridad.*

CAPÍTULO XI

La graciosa Austeridad

¡Que no, no están reñidas esas dos palabras, gracia y austeridad, queridos lectores y críticos pedagogos!

La alegre y ligera palomita de la *gracia,* tanto sobrenatural como natural, no sólo no está reñida con la, al parecer, adusta, fría, seca, medrosa esfinge de la austeridad, sino que, a la sombra y en los rinconcillos y repliegues de sus vestiduras, gusta poner su nido.

¡Qué buena tesis para un educador! ¡la gracia en

la educación por medio de la austeridad! o más claro; la austeridad es fuente de gracia educadora.

Estado de la cuestión

Ante la austeridad en la educación veo dos bandos extremos y uno intermedio, cuyas esencias pueden expresarse así: *nada de austeridad, todo con austeridad* y *austeridad para preservar* y *reparar.*

Primer bando, la antiausteridad

Seguramente estaréis hartos de oir y leer frases parecidas a éstas, procedentes de padres, madres y maestros: ¡pobrecitos niños! ¿para qué contrariarlos tan chicos? ¿qué saben ellos ahora de eso? Con tal de que no lloren y no se enrabien, hay que darles lo que pidan... ahora, que gocen, que disfruten de cuanto se les antoje, que tiempo vendrá en que tendrán que llorar... Es decir ¡nada de austeridad!

Y veo tan nutrido este bando que para estudiarlo y darlo a conocer bien, necesito subdividirlo en tres grupos: 1.°, el de los educadores bonachones; 2.°, el de los educadores medrosos, y 3.° el de los educadores pervertidos.

Los educadores bonachones

Y, lógicos con la doctrina que encierran esas exclamaciones, los educadores *bonachones,* ¡hay que llamarlos de alguna manera!, dejan a sus edu-

candos en plena libertad de selva. Estos niños y estas niñas con ese salvoconducto de que no hay que hacerles sufrir, crecen a sus anchas con amplios poderes para poner todas las malas caras a sus papás, nodrizas y maestros que se les antoje, para gruñir, levantar las manos, hincar la uña y dar codazos y pataditas a cuantos no estén rendidos a sus caprichos, y para poner a cuantos les rodean la cara agria, la sangre negra y las palmas de las manos con hormiguillas para descargar buenas bofetadas por el insolente egoismo con que se acostumbran a salirse con la suya, pese a quien pese, y caiga quien caiga.

Los pequeños tiranos

Este bando de los educadores bonachones suele estar correspondido por parte de sus educandos con otro bando de pequeños tiranos.

Lo mucho que he tratado con niños y lo no poco que he tenido que montar a caballo o en mulo en mis correrías apostólicas me ha enseñado, que unos y otros se parecen en lo pronto que se dan cuenta de la clase de persona que los guía. Caballos que, montados por jinetes expertos y enérgicos, los he visto hacer piruetas y primores de circo, manejados por mí, que harto hago con ir pegado a la silla sin molestarles en lo más mínimo, se me han parado a pie firme a comer la yerba de las laderas de los cerros que atravesábamos, o han tomado carreras vertiginosas, cuando les ha venido en gana, a pesar de mis dulces requerimientos al

buen paso. ¡Qué pronto se enteraban del jinete que los montaba!

Y esto exactamente, o más bien, aumentado con muchas creces, ocurre con los niños. ¡Qué pronto se dan cuenta, por pequeños que sean, del régimen en que viven!

Allá en mis años mozos solía ocupar mis vacaciones de Seminario repasando lecciones de niños que no habían *podido* o, mejor, *querido* aprobar sus asignaturas en Junio. Y, aunque no todos eran iguales, ni tenían los mismos motivos, el caso este de los hijos tiranos por lo bonachón de sus papás, ¡cuánto me hizo sufrir! Entre el calor de la canícula sevillana y de los sofocones que la *frescura* de algunos de aquellos estudiantes me propinaban, ¡qué veranos de fuego me venían!

Recuerdo siempre que la gran razón que en una u otra forma me aducían para no darme la lección ni atender a lo que yo pacientemente les explicaba era ésta: «Como papá es tan rico y tiene tantas influencias con los catedráticos, ¿para qué tengo yo que darme malos ratos estudiando? y como papá y mamá me quieren tanto y se disgustarían con V., si me riñe o me impone algún castigo, es inútil que V. tome en serio el hacerme estudiar.»

Y que no era una mentira o una falsa excusa de mi discípulo, sino perfecta persuasión del terreno que pisaba, me lo demostraban las abdicaciones de autoridad que veía en los papás imponiendo en un momento de enfado un leve castigo, como de no comer dulces o no montar a caballo aquel día, y la

dispensa inmediata del mismo, unida hasta con su poquito de censura al profesor que «realmente se empeñaba en que estudiara demasiado el *pobrecito niño*». ¡Así decían delante del mismo!

Ocasión hubo en que el *pobrecito niño* se permitía el placer refinado de *ofrecerme*, durante la lección del día siguiente, algunos dulces de los que le sobraron el día anterior, ¡el del castigo sin dulces!

Padres y maestros bonachones, ¡qué mal queréis! y ¡qué malos resultados podía contaros de vuestras blanduras!

Los educadores medrosos

Echo mi vista por el campo de la educación y me tropiezo con *cuatro miedos* acechando a los educadores para estropearles su trascendental labor.

1.º—El miedo a la ejemplaridad para con sus educados. 2.º—El miedo a la carga de velar sobre ellos. 3.º—El miedo al ridículo y 4.º el miedo a las bajas de caja.

Yo invito a los padres y educadores, enemigos sistemáticos de quitar gustos o contrariar a sus educandos, que se dignen pasar la vista por estos rengloncillos, y que se interroguen a sí mismos sobre la relación que puedan tener con los siguientes cuadros de miedo en la educación.

¡Veo a tantos padres, madres y educadores deficientes o detenidos en su misión educadora por esta sola razón, disfrazada las más de las veces

con nombres más sonoros que verdaderos: *el miedo!*

Primer miedo: ¡el *de la obligación de tener que confirmar con el ejemplo propio lo que se enseña!* Un maestro iracundo ¿qué interés razonable puede tener en educar en mansedumbre y paciencia a sus discípulos? Un padre disoluto y una madre divertida, o aficionada al mundo, ¿qué empeño puede mostrar en reprimir en sus hijos e hijas atisbos de vanidad y de aficiones mundanas y promiscuaciones con compañías sospechosas? Convengamos en esto: Se tienen recelos no pocas veces a la austeridad y se pasa la mano a rabietas y caprichos de párvulos y a imposiciones egoístas y a tiránicas exigencias de jóvenes porque falta valor para predicar con el ejemplo.

¡Cuántas veces, ante madres llorando amargas lágrimas por el abandono y el desprecio en que las dejan sus hijas enloquecidas por divertirse sin ellas con chicas y chicos, se viene el recuerdo de cuando esas mismas madres dejaban abandonadas en manos extrañas horas y días a sus hijitas para divertirse ellas!

Recuerdo esta respuesta de un hijo, que empezaba a trasnochar, a su padre que le reñía: ¿Cómo? ¡Si yo me creí que me iba V. a premiar por parecerme ya a V....!

Segundo miedo: a la carga pesada y ligera a la vez, si la lleva el verdadero amor, *de velar* perennemente sobre el hijo o el discípulo a quien se educa.

Dar un beso al infante en los brazos de la nodriza, dar *una audieneia* a los chiquitos cuando vuelven del colegio o los deja la institutriz, es cosa fácil y grata; pero educar es mucho más que eso, exige más unión, más convivencia, más estar encima, más vigilancia, y esto infunde miedo a veces. Si el labrador se lleva días y días con lluvias y vientos, con fríos y soles atendiendo al cultivo de sus campos, el cultivo de un alma, de un carácter, de una vida ¿no merecerá incomparablemente mayores cuidados y más penosas atenciones? No, no basta para ser padre dar al hijo el ser y el pan, hay que dar el cariño, el cuidado de cada día, de cada hora. Y esto en una época en la que hay que divertirse tanto como la nuestra ¡pesa tanto!

3.° *el miedo al ridículo:* La moda, que de por sí no sería nada, si el diablo no consiguiera aliarla con la vanidad y la sensualidad de los que la aceptan y con la ambición de los que la imponen, se ha metido en la educación y ¡de qué manera y con qué cantidad de estragos, la mayor parte de las veces irreparables, y en seres indefensos!

La moda tirana, pisoteando leyes de moral, dictámenes de conciencias, tradiciones venerandas, legítimos sentimientos naturales, manda cómo han de ir vestidos, o mejor, desnudos los niños y las niñas, los muchachos y las muchachas, pese al pudor y a la salud, cómo y con quiénes y en qué condiciones han de jugar, higienizarse, bañarse y ejercitarse en los juegos gimnásticos, qué espectáculos, qué revistas, qué novelas, qué cuentos han

de ser preferidos, sin preocuparse de contagios morales ni de peligros de sexo o de trato, y lleva al colmo su tiránica intromisión hasta imponer el color de la cara y de las uñas, el perfil y la silueta, la palabra chavacana, el mohín chulesco, el rufianismo despreocupado. ¡Pobres niños y pobres jóvenes *educados* por tan cruel nodriza!

Y todo esto y mucho más que omito, y las desastrosas consecuencias que de ello se derivan, lo ven, lo oyen, lo palpan, lo lamentan hasta con cierta indignación los papás bonachones y las mamás timoratas y..... ¡pobre autoridad y dignidad paternas! y, sin embargo, consienten en la tiranía de la moda y ponen bajo su hacha asesina la salud, la inocencia, el pudor y la alegría de sus hijos y la paz de sus conciencias y el porvenir risueño y cristiano de sus hogares..... Si preguntáis la explicación de esa locura colectiva, no os darán más que esta: ¡es tan ridículo ir contra la moda!

Poder trágico del *miedo al ridículo,* ¡qué estragos estás produciendo en las falanges de la inocencia y de las conciencias juveniles! ¡Se huye del sano rigor de la austeridad cristiana y se cae en las crueldades de la tiránica moda!

4.° *el miedo a perder clientela* es otra forma de la educación medrosa que vengo denunciando. ¡La caja peligra!

¡Cuántas veces se han lastimado mis oídos oyendo a directores y directoras de centros buenos de enseñanza cristiana estas excusas de libertades

permitidas o toleradas a sus discípulos o discípulas en el vestir, en el acatamiento y obediencia de los superiores, en las chanzas, en los juegos, en la asistencia y compostura de los actos religiosos, etc., etc.:—«si apretamos demasiado, se nos van... hay que transigir para que vengan...»

¡Que no se nos vayan! ¡que vengan....! ¡Está bien!, he dicho y me digo muchas veces; pero que eso no sea el fin, que el fin del maestro cristiano no sea ver su escuela llena, sino procurar que los que en ella están, asciendan, se eduquen, se hagan cada día un poco más buenos, más cristianos, más hombres cabales.....

Si no es para eso, ¿para qué se han de llenar esas escuelas? ¿para qué han de ser buscados esos educadores? ¿para que no les falten los ingresos tan sólo? ¿No os parece que sería más leal y valdría más quitar la escuela o quitarle el rótulo de religiosa....? ¡Cuántos *miedos* a las bajas de *caja* impiden el *alza* de la educación cristiana!

Los educadores pervertidos

¡Qué trabajo cuesta a la pluma escribir juntas esas dos palabras: *educador* y *pervertido!* ¡como si escribiera: fuente envenenada, blancura negra... madre asesina de sus hijos....!

Desgraciadamente, cueste lo que cueste a la pluma escribirlo y al alma dictarlo, hay, para ignominia de la pobre familia humana, padres envenenadores de las almas de sus hijos, madres explotadoras criminales del alma, del pudor y de la carne

de sus hijas y maestros y jefes y mentores de maestros entregados en alma y vida a pervertir, a corromper cabezas, corazones y costumbres de sus indefensos discípulos.

En qué coinciden

Todos estos guías pervertidos coinciden en la antipatía a la austeridad cristiana; ¡nada de contrariar inclinaciones de los niños! (las malas, se entiende, que contra las buenas ya luchan despiadadamente) ¡nada de sujeción a una ley moral que cueste trabajo, ni de una Fe que refrene mostrando los destinos eternos del hombre y las sanciones eternas de sus obras! ¡más que el uso ordenado de la libertad, el derecho al capricho y a la pasión sin freno! ¡en vez de la obediencia y sumisión, la despreocupada altanería! ¡en lugar del pudor y de la vergüenza que impone reservas, vencimientos, alejamientos de peligros y escándalos, las excitaciones, el hacinamiento de sexos, la chavacanería en el hablar, la osadía en descubrir con delectación morbosa lo que para el niño debía permanecer secreto!, en una palabra, ¡en vez de apartar del mal y de su más remoto riesgo, empujar hacia él!

Y empujar no por desvarío o impremeditación de un momento, sino por sistema que, a las veces, hasta se atreven a llamar científico, por cálculo frío, por degeneración habitual, y me atrevería a decir por odio enconado, más de diablos que de hombres, a Dios en el niño, por ser este el más terso espejo en donde El se mira y los hombres lo ven,

la más parecida semejanza que lo representa y por gozar de su más marcada predilección!

Y ¡todo a título de respeto, de no coacción a la libertad del niño!

En qué se diferencian

Este numeroso bando de *educadores pervertidos* presenta distintos matices, según el elemento que más haya influído en su perversión.

Los hombres se pervierten por el corazón los unos, los más, por la cabeza los otros, si bien es verdad que en la práctica viene, si no se ataja a tiempo, a confundirse y hacerse una sola la perversión del corazón con la de la cabeza.

Conforme con esas dos perversiones, pueden establecerse *tres clases* de *educadores pervertidos:* de *corazón*, de *cabeza* o de *uno* y *otra.* Os aseguro que para describir cada uno de esos tipos y los estragos que producen su palabra, su ejemplo y hasta el aire que levantan, hay que mojar la pluma, más que en tinta, en sangre de víctimas inocentes...

Ya lo ireis viendo.

Educadores pervertidos de corazón

¡El educador inmoral! ¡qué perversidad! ¡Cuántas veces ante cuadros y escenas de hijos, hijas y discípulos ingenuos como palomas, puros como ángeles, entre las garras de padres ebrios, lascivos, blasfemos, de madres depravadas o de maestros degenerados, cuántas veces, repito, me he quejado

cariñosamente al Padre que está en los cielos!: Tú, que te recreas tanto en la inocencia y en el candor de los pequeñuelos, ¿por qué permites tanto poder destructor en las garras de los milanos y tanta indefensión en la blandura de las víctimas?

Un recuerdo triste

De toda mi vida sacerdotal conservo, sin saber de quién ni de donde, una palabra que, por caer en mis oídos a los comienzos de mis ministerios, tanto los impresionó, que no se ha borrado aún.

—¡Vendí a mi hija en sesenta duros!

Era el término de una misión parroquial y, sin duda, como fruto de ella, la Gracia de Dios, despertando y espoleando conciencias, empujaba a una desventurada mujer a repetirme entre gritos y sollozos, con mirada extraviada y sin miedo a ser oída por los demás:—¡Vendí a mi hija... en sesenta duros....! Y ¡para siempre la perdí....!

Se me ha borrado de la memoria la cara de la mujer y la historia con que, entre alaridos más que sollozos, contaba su desventura; pero el ¡vendí a mi hija!, más que en mi memoria, se ha grabado imborrable en mi corazón.....

Negra revelación

Fué un mundo desconocido e insospechado de perversión el que se me abría con aquel grito.

Después, sin que me lo diga nadie, ¡cuántas ventas de pudor, de felicidad, de fe, de alma y de carne

de hijos y de hijas he presenciado o presentido! Con la sola diferencia de precio y de forma; en lugar de los sesenta duros, ¡con qué pagas tan variadas se avienen o se contentan la ambición, la lujuria, la depravada perversión de los esclavos de las pasiones....! Pero ¿qué digo? ¡a cambio de qué pagas se venden hijos e hijas! ¡Hasta sin paga! Es decir, hartas veces no se venden, se entregan de balde, *¡se tiran!*

¡Esa es la palabra!

¡Tan dura como exacta!

Cuando veo puertas y taquillas de cines, teatros y kioscos de todos colores, menos el blanco y el azul de la inocencia, con colas interminables de niños y gente joven y por las calles, paseos y carreteras parejas solitarias de muchachos y muchachas en actitudes y ademanes que levantan sonrojo y asco, no puedo menos de decir: ¡pobres huérfanos abandonados! o ¡pobres niños tirados al arroyo!

¿Por quién?

Educadores pervertidos de cabeza

Después de denunciar a los pervertidos de corazón, casi hago caso omiso de los pervertidos de sólo la cabeza, porque o no se dan en la práctica común, y, si se dan y como caso raro, más que pervertidos, son equivocados o ignorantes.

Un hombre de ideas malas y de obras naturalmente buenas, es decir, un hombre que obra mejor que piensa, lógicamente es un absurdo que, si de

verdad y sinceramente se da, debe terminar o en que el mal de la cabeza eche a perder la bondad de la acción, o en que el bien de la acción ponga buena la cabeza.

Si la lógica es invencible, eso debe terminar de uno de esos dos modos.

Y, por lo que atañe a nuestro tema de educación, mientras se soluciona uno u otro proceso y el maestro bueno de moral se convierte en maestro bueno también de ideas, o el maestro malo de ideas acaba de pervertir al maestro bueno de moral, la educación que de él irradie yo no me atrevería a llamarla mala, pero sí enferma, infeccionada, o en peligro de una u otra cosa.

Casos sin lógica

¡Cuántas veces hemos visto el caso tan falto de lógica como sobrado de buenos sentimientos, del padre masón, librepensador, racionalista, extremista, o por lo menos a esos bandos adscrito, empeñado en que sus hijos reciban enseñanza y educación en Colegios religiosos!

Conozco padres, que se llaman a sí mismos ateos, y cuidan con rigurosa insistencia de avisar a sus esposas e hijos los días y horas de Misa y de vigilias y ayunos.....

Es gracioso el encebezamiento que pone a sus cartas un conocido mío a un señor a quien trata con afecto y es tan bueno de sentimientos y procederes como malísimo de ideas: *«Mi querido medio amigo:»*.

Y lo dicho basta para la presentación de estos educadores a *medias*, y las más veces ni a *cuartillo*.....

Una última observación sobre ese tipo

El trato con los hombres me ha enseñado, entre otras cosas, éstas: que son legión los que gustan de vivir en *carnaval* perpetuo y que el oficio, a que con más frecuencia se dedican, es el de *máscaras*.

¡Hay más pensares y procederes malos disfrazados con caretas de buenos! y ¡hay más pensares y procederes buenos disfrazados de malos! ¡Vivimos entre tantas máscaras! ¡Casi, casi diría que, quién más, quién menos, tenemos, si no vida, por lo menos días y horas de mascarita!

¡Misterios de la psicología....!

Educadores pervertidos de :: cabeza y de corazón ::

Ese, ese es el tipo completo de pervertido y, a fuer de tal, de pervertidor por antonomasia. San Agustín ha descrito en dos palabras el proceso de esas perversiones integrales: «Nemo incredulus, nisi impurus». A la incredulidad no se llega sino por la inmoralidad. La incredulidad es la asfixia de la inteligencia producida por los gases deletéreos que se desprenden de los corazones lujuriosos. ¡Dios mío! ¡qué plaga de ellos ha caído sobre nuestros niños y jóvenes!

Las siete plagas de Egipto, segando vidas de

hombres, animales y plantas, no son ni una sombra del estrago que está produciendo en las almas tiernas esa plaga de maestros y pedagogos que les ha caído, cuya ciencia y cuyo progreso pedagógico parece que lo han puesto en la audacia de decir y hacer ante los niños e inducirlos a decir y a hacer lo más blasfemo, impío, inmoral, antipatriótico y antinatural que concebirse puede.

Las apariencias

Bajo un aparato de ciencia, progreso, respeto a la libertad y a las ideas e inclinaciones de los discípulos y sentando como principios errores mandados recoger hace siglos, como la prescindencia de Dios, por no poderse conocer científicamente, la bondad natural en que nace el niño, la moral universal sin dogmas en que se funde, ni sanciones que la hagan observar, la ficción de que el pudor es invento y artificio y otros postulados, más que de la razón, de las pasiones sin razón, vienen a caer y a hacer caer a sus discípulos en abismos tenebrosos.

Las realidades

¿No lo están viendo nuestros ojos y oyendo nuestros oídos y partiéndose de pena nuestros corazones? ¿No estamos viendo que la prescindencia de Dios en la escuela se está trocando en negación y odio de Dios hasta la monomanía?

Dos muestras

¡Y podría citar tantas! Me refiero al *saludo* y al *reto* de Dios enseñado por algunos maestros (a Dios gracias pocos) laicos. El *saludo* es obligar a los niños al entrar y al salir de la escuela a proferir la blasfemia de «No hay Dios ni lo ha habido nunca» y el *reto* es proponer a los niños que las cosas de la escuela que necesiten se las pidan a Dios con el plazo de un minuto.—«Dios, se le hace decir al niño o a la niña, necesito papel, tinta, un libro..., si no me lo das en el plazo de un minuto, no existes...» Y transcurrido éste, el pobre diablo del maestro estalla en una carcajada estúpida dando al niño lo que pedía y celebrando el *miedo* de Dios al reto: ¡el reto de las hormigas!

Y la tan cacareada bondad ingénita del niño, o sea la negación del desorden introducido por el pecado original y la falsa tesis de lo artificioso y perjudicial del pudor que impone respetos y distancias entre sexo y sexo, ¿no está dando por resultado un espectáculo más que bochornoso y degradante de hombres y mujeres, investidos del poder y la autoridad que da un título de maestro, dedicados al bajuno oficio, ridiculizado y escupido en todas las literaturas y por todas las conciencias, de *echar* los niños a las niñas, las muchachas a los muchachos y a unos y a otros al vicio prematuro, al rebajamiento de la raza, a la relajación de los sexos, a la descrepitud anticipada, que a eso equivale ese suicida empeño de la coeducación con todos sus

horribles efectos en lo fisiológico, en lo moral, en el carácter, en lo espiritual y, no digo nada, en lo cultural y educativo?

¡Nada de austeridad! ¡educación libre! ¡nada de frenos!

¡Libre! ¿para qué? ¿para convertir la escuela y centros docentes en blasfemaderos, en antros de odio, en criaderos de pretuberculosos y eriales de flores marchitas, en vestíbulos de cabarets, clubs y tugurios en los que todo desorden, toda rebeldía, toda inquietud tiene su asiento?

Un recuerdo

Pasaba yo por una calle, próxima a un centro de enseñanza secundaria, a la hora precisamente de salir de sus clases los alumnos y alumnas.

Delante, y casi a mi lado, marchaba un grupo de ellos, no más de 12 años, enfrascados en ruidosa conversación que, aún sin pretenderlo, teníamos que seguir los que íbamos cerca de ellos. Imposible trasladar a un papel decente el olor y el color de la infantil y bulliciosa conversación. Era el comentario rufianesco y desenfadado a la conferencia y a los dibujos en la pizarra que sobre la generación humana les había dado el profesor y a la repetición de la misma lección con sus correspondientes dibujos por *Fulanita*, de la misma edad y clase que ellos..... ¡qué cosas había preguntado y hecho decir a la pobre niña el profesor!

Y rebosándome a borbotones la compasión hacia

aquellas indefensas almas infantiles, más contagiadas que malas, y la indignación hacia sus corruptores, me alejaba exclamando: ¡Pero esos maestros son hombres....?

CAPÍTULO XII

Los enemigos de la propia austeridad por exceso ::

Ante tu vista lector amigo, han desfilado tres tipos de *educadores* (permíteme que subraye la palabra) enemigos más o menos declarados y sistemáticos de la austeridad graciosa, que es la que trato de presentarte como fuente inagotable de bienes en la educación: los educadores *bonachones*, los *medrosos* y los *pervertidos*.

Permíteme que, dando una vuelta a la medalla, te presente, después del anverso de la no austeridad, el reverso de la austeridad exagerada.

Extremo es éste, si no tan execrable como el anterior, digno al menos de ser remediado, a fuer de provocador de no pequeños entuertos en la educación.

Tres tipos de rígidos

Para proceder con la mayor claridad, reduciré

a tres grupos las manifestaciones de austeridad excesiva en la educación.

1.° El educador de corazón de hielo.

2.° El educador de mano de hierro, y

3.° El educador de cara de vinagre.

¡Yá hay qué decir de esta *sociedad anónima de productos antipedagógicos!*

El educador de corazón de hielo

Que para educar, que es bastante más que instruir, hace falta corazón y en tanta o mayor cantidad que cabeza, no necesita demostración.

Si para instruir, para enseñar a uno, basta con que dos inteligencias, la del que enseña y la del que aprende, se pongan de acuerdo, para educar hace falta además que se pongan de acuerdo dos corazones, y más que de acuerdo, en contacto, en transfusión mutua; es decir, que el que más ama está en la mejor disposición para educador, y el que más le corresponde con su cariño es el mejor dispuesto para ser educado.

Con este ciertísimo dato a la vista, pregunto: ¿hay educadores y maestros sin corazón, o con tan poquilla cantidad de él, que disimulan perfectamente su existencia?

¡Con qué pena tengo que poner al pie de esa pregunta un *sí* tan grande como cierto!

¿Quién no recuerda en su vida escolar o de estudiante algún maestro de figura larga, escuálida (sino fisiológica, moralmente), de ademanes a compás, de rostro sin músculos contráctiles, de pala-

bras con cuenta gotas para no gastarse la garganta y con cierta sonoridad para agradarse el oído, desdeñoso para todas las debilidades y para todos los triunfos de sus discípulos, imperturbable e inaccesible a todas las emociones...? ¿Quién no recuerda aquellos nombres de *D. Estoque* o *D.ª Berlinga* o aquel *Príncipe del Congo* o *Alcalde de Lisboa*, o *Don Pim, pam, pum*, con que la picaresca lengua estudiantil se vengaba de aquellos maestros todo fachada y nada centro? ¿Quién no recuerda y lamenta aquellos años perdidos en asistir a clases en las que al través de las frías, sosas y monótonas explicaciones del profesor y de los aburridos bostezos y posibles *rabonas* de los alumnos, no se oía en realidad más que este perpetuo diálogo: —Vengo porque me pagan, del maestro, y—vengo para que me aprueben, del discípulo?

¡Allí, en aquel desierto de corazones no había que conseguir más que eso!

Pero traslademos el escenario; pasemos de la clase o del colegio tieso, rígido y frío de *D. Estoque* al hogar paterno presidido por un padre o una madre de corazón de hielo, ¡los hay!, por un padre o una madre que jamás sonríen, que apenas besan, que casi no tratan a sus hijos, unas veces porque molestan llorando, otras porque alborotan jugando, otras por los negocios y atenciones sociales, otras por cualquier cosa que les incomode, siempre por esta única y verdadera razón: ¡el egoísmo..! ¡pobres niños criados en nieves perpetuas! ¡pobres huérfanos del corazón!

Si el maestro de corazón de hielo hace perder el tiempo a sus discípulos y éstos se vengan llegando hasta a convertir ese tiempo perdido en chacota y en caricatura, contra el maestro egoísta, el hogar helado ¡cuántos fuegos buenos de almas, de corazones, de sentimientos apaga, o mejor, no permite que se enciendan....!

Dos casos

Conocí a un Profesor, Conde por más señas, de este tipo *siberiano* que vengo presentando.

Era un señor para el que la Universidad, la ciudad en que vivía y el mundo entero era él solo, con sus lentes de oro, sus pañuelos blanquísimos de doblez irreprochable, su chistera brillante, sus fúlgidos puños, sus encharolados zapatos, etcétera, etc. ¿Lo demás, fuera de él? ¡Ps! ¡poca cosa! ¡nada!

Un buen día hizo su mala estrella que el ambiente cargado de aburrimiento de su clase se turbase por una carcajada general de bocas y pies. ¿Qué había ocurrido?

El señor Conde, así gustaba que le llamasen sus discípulos, en la hora y en el minuto en que cada día sacaba su blanco pañuelo para enjugar el *presunto* sudor de su rostro, sacó del bolsillo de su impecable *chaquet* y desdobló, como siempre, ante la curiosa mirada de sus alumnos un blanco..... ¡calcetín!—¡Descuidos de la señora Condesa! fué la exclamación con que en el mismo tono sonoro reanudó la lección, después de la celebración estrepitosa de la ocurrencia.....

***

A un chiquitín de ilustre familia hago la pregunta con que tan frecuentemente se abre y facilita la conversación con los niños:

—¿A quién quieres tú más? El interrogado me contesta abriendo sus grandes ojos negros y apretando sus labios, como si me dijera:—no entiendo lo que V. dice.

Atribuyendo su silencio a cortedad, insisto:—Sí, seguramente a tu papá... a tu mamá... a tus hermanitos... a...

La cara del chiquito se iba cambiando de asombrada en contrariada, como si me dijera: —Me está V. molestando.

Picadas, no sé si mi curiosidad, mi gana de alegrar al misterioso contrariado, o las dos cosas juntas, me acerco a él, tomándolo por el hombro, y en el más confidencial y amistoso de los tonos vuelvo a preguntarle muy quedito:—¿no es verdad que tú quieres mucho, mucho a quien más te quiere a ti? Movimiento afirmativo con la cabeza; ¡ya vamos entrando en diálogo!

—¿Y no es verdad que quien más te quiere es tu mamá? (negativa rápida con la cabeza) ¿tu papá? (otra negativa) ¿tu..... (antes de terminar otro ademán negativo). Perplejo ante aquellas negativas, guardo silencio mirándolo bondadosamente ¿qué misterio habrá en el alma de este niño? me decía a mí mismo.

Los niños tienen el olfato muy fino para darse cuenta de quién los quiere, y aquel niño olfateó mi cariñosa preocupación por él y rompió por fin, no

sin mirar a un lado y a otro con miedo:—¿Sabe V. a quién yo quiero más?, pues ¡a la señorita! (la Institutriz) ¡es la uniquita que se acuerda de mí y me mira a mí en esta casa...!

¡Terrible sentencia contra padres de corazones de hielo!

Y no se diga que los niños pequeñitos no sienten esas ausencias y esos hielos porque ¡no se dan cuenta!

Allá va una confirmación.

Un precioso sermón por un predicadorcete de cuatro años : :

SERMÓN EN DOS ESCENAS

Escena 1.ª

Luisito, tan guapo de cara como de alma, ha visto a su papá enfermo y, sin decir nada, ha salido a la calle; a los pocos minutos aparece con la cara radiante preguntando a gritos desde la escalera:

—Mamá ¿se ha *ponido* ya papá bueno? se lo he pedido a la Virgen del Rosario y me ha dicho que sí.

Escena 2.ª

A los pocos días se han vuelto las tornas; Luisito está malito en la cama y a pesar de todo el esmero con que sus papás lo cuidan, le sorprenden llorando, primero muy quedo y después con el corazón encogido y a sollozos.

—Pero ¿qué te pasa Luisito? ¿estás peor? ¿te

duele algo? ¿quieres alguna cosa? le preguntaban desasosegados los padres.

– No, no, respondió al fin Luisito; es que se puso malo papá y salí yo corriendo a pedirle a la Virgen del Rosario que lo pusiera bueno... y yo... (nueva lluvia de llanto desconsolado) yo... llevo ya diez días malito y ni papá ni mamá han ido a la Virgen del Rosario a pedirle que se ponga bueno su Luis. Y eso... (lluvia) eso no está bien ¡ea!

....

El remate de besos de arrepentimiento y de propósitos de la enmienda con que los papás terminaron el sermón de su chiquito huelga describirlo.

Los educadores de mano de hierro

No creo que haya quedado duda a ninguno de mis amables lectores de que la rigidez de hielo de algunos educadores no educa.

Ahora trato, no de demostrar, que no lo necesita, sino de hacer constar que la rigidez de la *mano de hierro* de todavía bastantes educadores y maestros tampoco educa.

La letra con sangre entra

Se ha dicho y dice hasta la saciedad para justificar todos los castigos que en forma de palmetazos, bofetadas, zapatazos, pellizcos, correazos, puntapiés y tirones de pelos, particularmente de los llamados *del coraje*, cayeron y caen sobre manos, caras, cabezas, brazos y espaldas de la infancia traviesa, o transgresora, tarda en aprender o rebelde en obedecer.

¿Se puede admitir?

¿Es justo, educativo, pedagógico, humano ese sumarísimo código penal infantil sintetizado en el conocido adagio?

Antes de responder quiero dejar sentados un principio y un hecho.

El principio: Que es lícito, necesario y útil para el individuo y la colectividad castigar, aun corporalmente, a los delincuentes voluntarios.

Dejémonos de las *blanducherías* hipócritas e irracionales de los pseudos-penalistas para los que los criminales son siempre o locos o amargados que no deben ser castigados en las cárceles, sino curados en sanatorios o en confiterías...

La justicia social, la ejemplaridad, el escarmiento y la expiación exigen pena aflictiva al voluntario delincuente.

El hecho: Me lo describía un buen maestro de escuela: hay días y horas en que por las excitaciones de nervios, por el espíritu de contradicción, fenómeno tan infantil, por los malos instintos tan insolentemente manifestados, por la misma falta de reflexión y hasta por la influencia del estado atmosférico, los niños ponen al maestro en peligro inminente de c*atástrofe...*

Reconocidos ese principio inconmovible y ese hecho desgraciadamente universal y constante, digo:

El educador o maestro *pegón* o de *mano de hierro* ordinariamente 1.° no es *justo:* a) porque castiga faltas cometidas las más de las veces sin voluntad

(aquí aquello de S. Juan Crisóstomo a los niños de su Catecismo: «Estáos quietos, si podéis!) b) porque no guarda la gradación debida en la aplicación de la pena, imponiendo súbitamente la última y más dura, c) porque suele castigar más lo que contraría o molesta a su oido, a su tranquilidad o amor propio que la falta al deber, d) porque no hay derecho a inflingir castigos tan duros a sujetos tan débiles, y e) porque, y ésta quizás sea la primera de las razones, hay inversión de orden: más veces merece el castigo la falta de pericia o de paciencia del maestro que la indocilidad del discípulo...

2.° El maestro *pegón* no educa, a) por el mal ejemplo que, con su ira y con las tonterías e inconveniencias que ésta hace decir, da el que pega y maltrata a los niños, b) porque amedrenta, encoge, irrita, exaspera, afectos contrarios a una buena educación, c) porque a la manera del alcohol que en un momento dado estimula y excita al que lo bebe y a lo largo embrutece, el mal trato podrá obtener en un momento dado una lección mejor sabida, un ademán de sumisión, una palabra de respeto, un rato de silencio, pero administrado con frecuencia acaba por embrutecer al niño, d) porque la irritabilidad, los deseos de venganza, el embrutecimiento que producen los golpes de la *mano de hierro* cierran la puerta y endurecen al alma para que no entren ni arraiguen en ella las semillas de los buenos pensamientos y sentimientos que han de alimentar la buena educación.

3.° El maestro o educador *pegón* no es pedagogo, entre otras razones, porque esos malos tratos y violencias, más que para *guiar niños*, que es lo propio de la Pedagogía, son para domar fieras...

Cierto que los niños, por las malas inclinaciones que dejó en ellos el pecado original y no pocas veces por la mala herencia y malos ejemplos de su casa y de la calle, tienen horas e instintos de fiera, ¡pero también es cierto que aún en esas horas tienen un alma educable, racional y libre con tendencias y destino de ángel!

Y 4.° La *mano de hierro*, además de injusta, antieducativa y antipedagógica, es *inhumana* ¡es cruel!

El espectáculo de un hombre o una mujer, llámese padre, madre o maestro, empleando las fuerzas de sus dedos, puños y de sus pies, redobladas por el furor de una ira que no se domina, que se desborda, en abofetear, pellizcar, arañar, golpear, patear a un niño o a una niña, este espectáculo, repito, no hay duda ninguna que tiene más de cruel que de humano.

Recuerdos de la infancia

No recuerdo que me hayan pegado, cuando niño, mis buenísimos padres que de Dios gocen. Un movimiento de cabeza o una simple mirada de disgusto, recuerdo que era la más eficaz corrección y el más sentido castigo. ¡Aún me escuecen! Como tampoco se me olvidan las medidas represivas que usaban algunos de mis maestros...

Con caracteres de tragedia todavía surgen en mi memoria aquellas duras *palmetas* de encina con agujeritos (para que picara más, decían los escolares) que dejaban las manos hinchadas y ardientes para un buen rato y aquellas *bichibotas* (trenzas de piel y cáñamo) que, después de pasarse el año *acariciando* manos, caras y espaldas de muchachos, se nos repartían a pedacitos las vísperas de Navidad, como aguinaldo, a cambio de los que le ofrecíamos al *amable* maestro...

Y flotando por encima de todos esos instrumentos *educativos* se me reproduce de cuando en cuando la figura sombría (bastante prieto de color era el señor) y peluda presentándose invariablemente en la clase con una sinuosa y trágica vara de fresno, colgada del botón superior de su abrigo y diciendo con voz como salida de sótano o de cántara vacía a todo ciudadano que no le daba la lección o alborotaba: - ¿En dónde quieres que te dé con ésta...? y sin esperar la respuesta, ¡vaya si daba! ¡y con qué ganas! ¡Con las mismas por lo menos con que por lo bajo echaban *jaculatorias* los compañeros del pobre apaleado al *tío de la vara....!*

¿Verdad que no es un título muy honroso para un educador ni *tío de la vara* ni *mano de hierro....?*

Los educadores de cara de vinagre

Aun andan por esos mundos de Dios bastantes señores y señoras para los que las palabras autoridad, dignidad, cargo oficial, magisterio y cualquiera otra que los coloque, siquiera sea unas

horas, un dedo por encima del resto de los mortales tienen que ir acompañadas de estas otras dos: *cara de vinagre.* Y estamos tan acostumbrados a la inseparabilidad del *vinagre* y del ejercicio del cargo, que más de una vez habréis oído exclamar a algunos, después de hablar con personajes o personajillos, en el más extrañado de los tonos: —¡Digo! ¡qué amable! ¡si no parece juez, o rector, o infante, o duque!

Una vez oí decir a la popular Infanta Isabel (Q. S. G. G.) lo que le caía en gracia oir exclamar a los que la trataban, sorprendidos de su afabilidad y llaneza:—¡si no parece una Infanta! —¿A qué bicho, replicaba ella riéndose de la sorpresa, deberán parecerse las Infantas para estar en carácter?

¿Queréis ejemplos?

¡Un simple monaguillo! por tener derecho a tocar las campanas y repartir las escurriduras de las vinajeras, ¿no habéis advertido la *posse* que echa ante el grupo de menudos aspirantes a esas delicias?

Al hombre más amable y llano ponedle una gorro con galones o un uniforme y tendréis al revisor de tren que por su cargo de picar el billete de vuestro viaje se siente con derecho a interrumpir vuestro sueño, a entrar en vuestro departamento, sin más saludo que el de una mirada seria que viene a decir: ¡aquí estoy yo! y un movimiento de abajo a arriba al instrumento picante, como diciendo: ¡déje-

se picar! y cuando no al revisor, encontraréis al guardia, o al modesto conserje o portero de casa grande, o a los empleados de centros oficiales y estad seguros que, mientras estén en funciones, más horas están y hablan y miran agrios que dulces y afables.

Y si de las escalas modestas subimos a las superiores, ¡qué fácil y frecuentemente los ostentosos símbolos de autoridad, aristocracia o poder sirven de marco o pie a *vinagreras....!*

Y de la frecuencia con que hemos visto en altos y bajos el avinagramiento de la cara y del gesto en el ejercicio de sus respectivos cargos ha surgido sin duda la extrañeza que nos causa ver buenas caras en personas revestidas de ellos.

Una confirmación sin duda de esta *inflación* de caras por el vinagre es el refrán tan conocido y tan probado de «si quieres conocer a Fulanillo, dale un carguillo». En los juegos de los niños ¡cuántas veces lo he advertido! Al más travieso, juguetón y vocinglero lo nombran capitán, maestro, abuelito, criado ¡cualquier cargo! y al punto se obra una transfiguración: la cara tiesa, la voz ahuecada, despótica o gruñona, la mano amenazadora... ¡el carguillo!

El vinagre en la educación

No son desgraciadamente excepciones los maestros y educadores de la ley del *vinagre ministerial,* algunas veces.

La esfinge del *Domine Cabra* se pasea con harta

frecuencia por las clases y las casas de educación.

Caras que, para no desmerecer de su alto pedestal, no se contraen por la sonrisa, ni por la compasión, ni por la benevolencia, que miran más que olímpicamente, como los de corazón de hielo, que no hablan sino para definir *ex cathedra* o para fulminar rayos y centellas en forma de rapapolvos, malas notas o reprobación... ¡qué caras tan a propósito para repeler, en vez de atraer, para deformar en vez de formar, para deseducar y relajar en lugar de educar!

Visitaba una alta autoridad un Pensionado, algún tanto alarmado por noticias de tratos duros de los dirigentes con los pensionistas. Cuando veía alguna puerta cerrada o entornada preguntaba, sin entrar, el destino de la pieza, y obtenía estas respuestas:—¡Psch....! ahí tenemos un poco de vinagre..., ahí, un resto de vino agriado..., aquí, el vinagre para el año. Al oir por tercera vez sonar el vinagre, la alta autoridad, entre risueño y amostazado, replica:—Bien, bien, ya me lo explico... y, mirando al director con toda seriedad le dice: —Borre V. el letrero que tiene en la fachada y ponga en su lugar: *Bodega de Vinagre* (y recalcando) *¡al por mayor y menor!*

Padres, maestros, educadores todos, dejad para los porteros y guardianes las caras de vinagre de que quizás han menester para sacudirse moscas y moscardones, y acordáos de lo que atrae el dedalito de miel y repele el barril de vinagre.

Si al niño hay que educarlo contando con él y no

a pesar de él, os aseguro que con la cara perpetua de vinagre no tendréis derecho a esperar a contar con él, si no es con sus miedos primero y sus mofas y desprecios después.

Dad a vuestra alta investidura la gravedad y seriedad que pide, pero con miel y alguna que otra gota de *vinagre*, que también sirve de condimento...

CAPÍTULO XIII

La graciosa austeridad, ¿qué es?

Presentados a juicio y sentenciados los enemigos de la austeridad en la educación, unos por defecto y otros por exceso, ya es hora de presentar a la propia dama sin los tristes adjetivos, con que la suelen vestir, como antipática, seca, férrea, fría, heladora, huesosa y qué se yo cuantos más, y tocada sólo del *graciosa*, que es como sostengo y defiendo que llena a las mil maravillas su oficio de educadora.

¡La graciosa austeridad!

¡Mezcla extraña de palabras! ¿verdad?, pero no por extraña menos realmente bienhechora.

Es cierto que quien dice austeridad, dice mortificación de sentidos, pasiones, inclinaciones y gustos

y esto de suyo no hace ni pizca de gracia a nuestra naturaleza tan comodona, sensual y tan propensa a saltarse la ley por buscar su gusto; pero también es cierto que la austeridad es fuente de placeres y gustos más finos y superiores a los obtenidos por la transgresión de la ley.

En esta austeridad hay que educar al niño: sin ella no sabrá sacrificarse cuando sea hombre, ni mantenerse dentro del deber, ni formar su carácter, ni dominar sus pasiones, ni apreciar los legítimos goces de la vida.

Dulce de lo amargo

Y ¿sabéis quién es el mago misterioso que saca dulzuras de lo amargo?

La Gracia, la sobrenatural y la natural.

Lo iremos viendo.

Que todo hombre nace desordenado y mal inclinado es un hecho que, no sólo lo proclama el dogma de la transmisión del pecado y desorden original, de nuestra Fe católica, sino que lo confirma la experiencia de los siglos.

No nacemos *espiga* gentil y derecha de trigo, sino *grama* retorcida y pegada a la tierra.

La ley del espíritu y la ley de la carne

Antes y después del uso de la razón, el bien y el gusto sensibles nos atraen más que los intelectuales y espirituales.

La gentilidad por boca de su más eximio poeta,

Horacio, y la Fe por la de su gran Apóstol, San Pablo, están de acuerdo en predicar esa contradicción y rebeldía constantes del placer contra el deber, de la pasión sensible contra la razón recta, del cuerpo contra el alma, de la ley de la carne contra la ley del espíritu.

Decía San Pablo: «No hago el bien que quiero, antes bien hago el mal que no quiero... echo de ver otra ley en mis miembros la cual resiste a la ley de mi espíritu.» (Rom. VII, 19-23). «Veo lo mejor y lo apruebo; mas sigo lo peor»—decía el Poeta gentil.

San Agustín, aquel gran corazón y aquella gran cabeza conocedora de los secretos del corazón humano, decía sobre aquellas palabras de San Pablo: *El espíritu desea contra la carne.* «No penséis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene odio a la carne. Pues ¿qué es lo que allí aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, aquella exención y contrariedad que la carne tiene contra la razón, eso es lo que aborrece; que a la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra ella pelea, que al enfermo antes le ama. Y pruébalo muy bien; porque amar a uno, dice el filósofo, es quererle y desearle bien, y aborrecerle es querer que le venga algún mal. Pues el que trata de mortificar su cuerpo e irle a la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para su cuerpo el mayor y sumo bien, que

es el descanso y gloria eterna, así como la tranquilidad del orden en esta vida y así, ese es el que le ama verdaderamente. Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno en la otra vida y el desorden y la desesperación en esta; y así es el que verdaderamente aborrece su cuerpo.»

¿Contradicción, desorden, rebeldía, he dicho?

He llamado a la mortificación, que es expiación y medicina de esos desórdenes.

Expiación sobrenatural ante Dios, supremo Ordenador y supremo Ofendido por nuestras transgresiones del orden.

Medicina sobrenatural y natural que cura y evita debilidades, torceduras, heridas de las facultades superiores.

¿Cómo?

Violentando, como pueda, al inferior para que obedezca al superior, es decir, reforzando la inteligencia del rebelde, sea éste la propia pasión o la del hijo o discípulo, para que vea más claro su deber y las consecuencias que se siguen a la rebeldía y a la sumisión, fortaleciendo la voluntad para que no se deje vencer por el apetito ni la pasión desordenada, imponiendo actos contrarios a los desordenados y repitiéndolos hasta formar hábitos buenos o rectas inclinaciones.

El campo de acción de la
:: austeridad educadora ::

Aunque toda mortificación es austeridad, pues represión es una y otra, y formas las dos de la virtud cardinal de la Templanza, tiene un campo de acción más extensa que ésta.

La mortificación se dedica en general a la represión de todo lo prohibido y de algo de lo permitido expiando, curando o evitando las transgresiones, y la austeridad se especializa en la represión de lo *permitido*, para poner lejos de lo prohibido al que la ejercita.

Y precisamente en esa especialidad está el valor educativo de la austeridad, sobre todo, cuando a fuerza de actos de represión, llega a formar hábito.

Austeridad es, por ejemplo, tener abundancia de poder y autoridad y, fuera de casos precisos, no mandar a los demás lo que uno puede hacer por sí mismo; preferir rogar por favor a mandar por imperio y esto para evitar el peligro de llegar al despotismo o tiranía.

Austeridad es ser rico y poder usar ricas telas para vestir y exquisitos manjares y bebidas para la mesa y diversiones y espectáculos a todo pasto, e imponerse moderación en el vestir, comer y divertirse para no caer en las zonas prohibidas del lujo, de la gula, de la embriaguez, de la disipación, ociosidad, pereza y sensualidad.

Austeridad es el hábito de contentarse libremente con *lo menos* para no caer en el vicio de la esclavitud de *lo más*.

Diríase que el *deber* es la barrera que nos separa de la transgresión, del desorden, del pecado, y la austeridad es la *contrabarrera* que nos pone más adentro del deber y más lejos del mal.

Y así como los que ven los toros desde la barrera están más expuestos a ser cogidos por ellos que los de la contrabarrera, los que se parapetan en hábitos constantes de austeridad en el uso de sus sentidos, recursos y facultades, gozan, sino de la inmunidad, que no cabe en este mundo, del equilibrio, el acierto, la alegría y la paz de los rectos y justos, vencedores de sí mismos y verdaderos reyes de la tierra.

Esa ha sido precisamente la gran labor, la labor sin precio a fuerza de sabido, de la iglesia Católica en la moralización de los pueblos: primero, conservar, dar relieve, señalar indeleble la línea del deber impuesto por la Ley de Dios, y después, ir formando con paciencia de madre, con sabiduría de maestra excelsa y con experiencia de siglos en torno y en defensa de la línea del deber esa amplia, luminosa, perfumada zona de nuestras costumbres cristianas.

¡Y qué rica ha sido y es, a pesar de las osadías innovadoras y disolventes de hijos extranjerizados, nuestra España en esos tesoros! Y ¡qué tristeza me producen esos cristianos y cristianas de *moral* que podría llamarse *métrica*, puesto que la hacen con-

sistir en medir los centímetros de carne que pueden enseñar y los milímetros que han de distanciarse del peligro....!

¡Bendita y fecunda austeridad cristiana que no pregunta jamás: ¿hasta qué peligro puedo llegar sin pecar?, sino ¿en dónde estaré más lejos del peligro de pecar? [illegible], ésta es la austeridad que ha de hacer de *nuestros niños y niñas hombres y mujeres cabales*, caracteres enteros y felices en la tierra y en el cielo.

Frutos de la austeridad

La austeridad, singularmente en la educación, que es como aquí la presento, tiene ocupación en el niño desde que nace, puesto que desde ese momento comienza a rebelarse el rebelde...

Pese a las lágrimas (única arma de que dispone) del *anarquistilla*, se le da el alimento, el baño y el paseo a sus horas y en la calidad y medidas razonables; pese a las lágrimas y a las nuevas armas que va adquiriendo del pataleo y arañazos del ya parvulillo, se le suministra lo que la razón de los padres o educadores dicta, aunque no sea de su gusto.

Y lo mismo en el reciennacido y en el parvulillo como en los niños mayores, mientras haya un educador que mande y se imponga a las lágrimas, rabietas, malas caras y duras maneras de las pasioncillas derrotadas y fomente en el niño o en la niña hábitos de *laboriosidad*, aunque no necesi-

ten después vivir de su trabajo, de *modestia* en el vestir, de *moderación* y *parquedad* en los manjares exquisitos, aunque les sobren éstos y las ganas de comerlos, de *respetuoso afecto*, no sólo a los superiores, sino a los iguales e inferiores, de *puntualidad y diligencia en hacer cada cosa a su* [illegible] y amplio ds agravios y resentimientos, de *urbanas maneras, aún jugando con los hermanos;* si pacientemente fomenta, repito, el educador estos hábitos, ásperos de imponer, ciertamente, recogerá, ¿quién lo duda? frutos sorprendentes: niños morigerados, sobrios, ordenados en sus ideas y en sus afectos, equilibrados de temperamento y, a fuer de todo esto, alegres y ¡con carácter!

Si el carácter es el modo uniforme y constante de manifestarse una persona que ha llegado a poseerse a sí misma, yo no conozco instrumento que lo labre mejor que la austeridad educativa.

Un muchacho formado sin ella tendrá horas y rasgos de buen carácter o de mal carácter, pero no tendrá carácter.

¡Sin carácter! ¿Hay ser humano más inútil y desgraciado qne un hombre o una mujer sin carácter?

Si por el contrario, se deja crecer al niño o a la niña como se le antoja y según las malas inclinaciones de las pasiones que lleva dentro desde que nace, y se le deja a su capricho comer, beber, vestir, holgar, jugar, reñir, gruñir, pegar a los más pequeños, insolentarse con los mayores y *vivir* su

vida, como se estila, sin freno ni medida, no esperéis que salga de ese torbellino de pasiones y egoismos sin domar, de esos niños, que *no son niños*, y de esas niñas, que *no son niñas*, sino viejecillos embrujados, o ¡hastiados de vivir!, un hombre o una mujer, sino fierecillas de mujer o de hombre, enfermos del alma, de la libertad y muy probablemente del cuerpo, condenados a padecer y causar desequilibrio y malestar perpetuos en donde quiera que se hallen.

Un retrato de mano maestra

Infinitamente mejor que todos los pinceles de la tierra, la pluma del Espíritu Santo describe el fruto de la austeridad en la mujer fuerte.

»¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo.

»En ella pone su confianza el corazón de su marido; el cual no tendrá necesidad de botín o *despojos para vivir*.

»Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal.

»Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos.

»Viene a ser como la nave de un comerciante, que *con la industria* trae de lejos el sustento.

»Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones a sus domésticos, y el alimento a sus criadas.

»Puso la mira en unas tierras, y las compró: de lo que ganó con sus manos plantó una viña.

»Revistióse de *varonil* fortaleza y esforzó su brazo.

»Probó y echó de ver que su trabajo le fructifica: por tanto, tendrá encendida la luz toda la noche.

»Aplica sus manos a los quehaceres *domésticos*, *aunque* fatigosos, y sus dedos manejan el huso.

»Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado.

»No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves: porque todos sus domésticos traen vestidos aforrados.

»Se labró ella misma para sí un vestido acolchado: de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste.

»Su esposo hará un papel brillante en las puertas *o asambleas públicas*, sentado entre los senadores del país.

»Ella teje *finísimas* telas y las vende, y entrega también *ricos* ceñidores *o fajas*, a los *negociantes* cananeos.

»La fortaleza y el decoro en sus atavíos; y estará alegre *y risueña* en los últimos días.

»Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad *o amor* gobierna su lengua.

»Vela sobre los procederes de su familia; y no come ociosa el pan.

»Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima: su marido *también*, y la alabó, *diciendo:*

»Muchas son las hijas *o esposas* que han allegado riquezas; mas a todas has tú aventajado.

»Engañoso es el donaire, y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, ésa será celebrada.

»Dadle *alabanza, para que goce* del fruto de sus manos, y celébrense sus obras en la pública asamblea *de los jueces.*»

Prov. XXI, 10-31.

¡Cómo agradecería esa mujer fuerte a sus padres la austeridad con que la educaron!

Si los esbeltos cipreses fueran capaces de recrearse en su esbeltez y de sentir la gratitud, ¡cómo se la guardarían al rígido rodrigón que en sus años tiernos los aprisionó y enderezó!

Esa es la austeridad y ese su oficio. ¿Cómo administrarla para que produzca el máximo rendimiento con la menor aspereza posible?

Hacedla graciosa.

Cómo se hace graciosa la austeridad

Quizás me diréis: conformes con toda conformidad con la necesidad de la austeridad en la educación; pero, como es amarga ¿cómo se administran esas amarguras a paladares tan sensibles como los de los niños?

Si para moderar y hacer agradable la amargura del café se ha encontrado el azúcar, para suavizar y hacer agradable la austeridad hay que echar mano de una azúcar soberana, la Gracia, la de Dios y la de los hombres.

Padres, madres, maestros, si contárais con la gracia más de lo que contáis, ¡cómo no lloraríais tantos fracasos!

CAPÍTULO XIV

Cómo la Gracia de Dios hace agradable la austeridad de la educación

Esta Gracia puede tomarse en un doble sentido: extricto y amplio. La Gracia, extrictamente considerada, es un gran refuerzo y una gran elevación del alma y de sus facultades superiores, el entendimiento y la voluntad. Se adquiere, como todos saben, por el Sacramento del Bautismo y se aumenta por la oración y la práctica de las virtudes, por la Confirmación y la Comunión y, perdida, se recupera por la Confesión.

He aquí un gran medio, el más eficaz y fecundo de todos, de hacer agradable la austeridad educativa, a saber, ungirla con Gracia de Dios, o hacerla sobrenaturalmente graciosa.

Un niño recién nacido bautizado tiene, por la Gracia del Bautismo, a más de otros dones preciosos sobrenaturales, un germen misterioso de vida superior, un principio excelso de fuerza dominadora

de sus malas inclinaciones que no tiene el hombre más sabio y más valiente no bautizado.

Si educar es no solo llevar conocimientos al educando sino desarrollar sus energías internas dormidas o adormiladas, el oficio del educador de niños cristianos, antes que improvisar ideas o fuerzas coercitivas y enderezadoras, es contar con ese germen divino de la Gracia sembrado en el alma del niño y desarrollarlo enseñándole cuanto antes *¡hay prisa!* a orar y a hacer pequeñísimos actos de virtudes y, a su tiempo, a recibir los otros Sacramentos. Ah, ¡si este oficio se cumpliera bien, *de verdad bien*, sin apresuramientos, ni rutinas, sin pretexto de que son tan chicos, son tan distraídos, son tan....! Si los padres, maestros, catequistas se dedicaran *en serio* a enseñar a sus niños a orar, esto es, a hablar con Dios nuestro Padre y con Jesús nuestro Hermano y con María nuestra Madre, a hacer y a repetir actos de humildad, de caridad, de paciencia, de las demás virtudes, a que se confiesen con sinceridad y con dolor, a que comulguen y traten a Jesús Sacramentado vivo en el Sagrario, a que oigan su Misa *dándose cuenta* de ella, (¡ah, si los niños se enteraran de las delicias y riquezas del Sagrario!) solamente con esta forma suave y paciente de colaboración del educador a la acción interior de la Gracia del niño se ha quitado a la austeridad buena cantidad de violencias y amarguras y las más de las veces casi no se nota su intervención.

Si a esta acción interna, silenciosa y eficaz de la

propiamente Gracia, se le añade la de la Gracia exterior, o en sentido amplio, la obra educadora de vencer, enderezar y desarraigar desórdenes de pasiones y egoismos, y fomentar hábitos buenos, adquiere una extensión e intensidad maravillosas. ¿En qué consiste esa Gracia exterior?

En el influjo que producen en el alma los ejemplos y las palabras de Jesús, de María, de los Angeles y de los Santos, ¡el Evangelio sobre todo! explicado, desmenuzado, hecho leche hasta para los más pequeñuelos.

El gran secreto de la Catequesis y de la educación cristiana

En estas horas de angustias ante la persecución del alma de los niños y de ansias porque conozcan y amen a Jesús, yo quisiera que por los Catequistas, Maestros y educadores cristianos y de modo singular por los padres y madres de familia se leyeran muy despacio y se meditaran estas líneas en las que he tratado de condensar lo que sobre este tema me ha enseñado mi experiencia de Catequista y de director de almas.

Jesús, que en el Evangelio es el *Autor* y el *Maestro* Soberano de palabra y obra del Catecismo, en la Eucaristía además es el *Modelo* perfecto y la *Fuerza* para cumplirlo.

La misión educadora de los padres y maestros cristianos se reduce en realidad a poner a sus niños *tan cerca de Jesús*, que aprendan *de El*, en el Evan-

gelio y en el Sagrario, todo el Catecismo, no ya de memoria, sino de entendimiento, voluntad e imitación.

¡Ah! y que se hable en todas las formas a los niños de Jesús, que, con que sólo lo vean en una estampa o imagen, o en el Sagrario, ya sepan lo que les dice. Que *los niños se sepan a Jesús vivo:* eso es todo.

El educador que consiga que sus niños desde que casi nacen, no sólo conozcan, sino que traten y quieran (según su modo) y se sepan a Jesús, serán los de verdad educadores y formadores de cristianos, de vida, carácter y conciencia cristianos.

Quizás tenga tan poco arraigo la instrucción que se da del Catecismo, aún por los buenos maestros, porque se da más letra que espíritu, más lecciones de memoria que ejemplos vivos, más libro de Jesús que Jesús de libro.

Jesús debe tener tal atractivo y tan gran influencia sobre los niños, y deben éstos sentir tal inclinación hacia El que en su Evangelio no *manda* jamás que vayan los niños a El, ni que se los llevemos, sino que *los dejemos ir*, no los impidamos ir a El.

Forma esto contraste con su conducta con la gente mayor, los cargados, los pecadores, los candidatos para apóstoles, etc., a los que manda: «Venite..... veni..... sequere me.»

Sin duda el niño por su pureza e inocencia y, si está bautizado, por la Gracia que tiene, pone tan pocos obstáculos a unirse con Jesús, que no

hace falta mandato, sino que basta que no los impidan ir a ver, oir y tratar a Jesús, es decir, que, con que se vean, se ponen en inteligencia y en relación de cariño el Jesús del Evangelio y de la Eucaristía y el Jesús chiquito de la Gracia habitual del alma del niño. Este, mejor que nadie, que aun el sabio y el teólogo, ve y gusta a Jesús *plenum gratiae et veritatis*, lleno de gracia y de verdad.

Madres, madres,

antes de nacer vuestros hijos; de bautizarlos; de tener uso de razón; balbuceando ¡como sea y como estén!: haced con ellos lo que la Virgen hacía o pudo hacer con el suyo..., habladles como Ella le hablaría. Orad *con* ellos y *por* ellos; ofrecedlos muchas veces a Jesús y a la Madre Inmaculada; dadles el más perfecto ejemplo y, a ser posible, no regateadles el néctar que Dios puso en vuestros pechos para ellos; contadles muchas cosas del Niño Jesús y de su Madre María; ingeniaos en buscar modos de rozar a vuestros hijitos con Jesús... Que su nombre sea la primera palabra que balbuceen, el beso para El el primer beso, darle gusto la gran razón del bien que hagan, no disgustarlo el gran motivo para que no hagan mal, sufrir porque El sufrió, perdonar porque El perdonó, amar como El amó y ama...

Madres, que vuestros niños conozcan y quieran la cara y el Corazón de *Jesús* antes que ninguna otra cara ni ningún otro corazón; ¡que *se sepan a*

Jesús!, porque vosotras, vosotras antes y mejor que nadie, se lo hayáis enseñado...

Educadores,

seguid vosotros la labor de esa madre de verdad cristiana. *Vivid en Gracia* de Dios y procurad que en ella vivan vuestros educandos... Vivid en Gracia, y la castidad pondrá aromas y atractivos en vuestra palabra y en vuestra mirada para atraerlos, y la paciencia, que no se cansa, sustituirá a la compasión natural que se gasta pronto, y la caridad paciente, benigna, no ambiciosa, que no obra mal, que no se busca a sí propia, os hará fácil lo que para la simpatía y el cariño natural es difícil o imposible: *quered siempre* y a pesar de ingratitudes y de fracasos y de días grises y de malas índoles a vuestros niños, y la luz de la lámpara del Sagrario reverberando cada mañana en la hora de vuestra Comunión y cada tarde en vuestra visita, sobre vuestra cabeza, reforzará vuestra inteligencia con lumbres de Dios, incomparablemente más intensas que las de los libros de los hombres...

Procurad que *vivan en Gracia* de Dios vuestros niños y jóvenes: solamente con ella y por ella *vivirán su verdadera* y *completa vida*, vida de *pureza* que de los niños hace ángeles y de los ancianos hace niños, vida de *humildad* que es la base más sólida para la virtud y la ciencia, vida de *Fe*, de *Esperanza* y de *Caridad* que afinan, agigantan y espiritualizan lo que tocan y mueven, y que hacen un Jesús de cada niño.

Sin Gracia de Dios ¿qué aguas regarán el lirio de la pureza en el alma de los niños y de las niñas? y ¿quién conservará la frescura y los encantos del pudor en sus caras? ¿La ciencia? ¿la urbanidad? ¿la despreocupación? ¿el miedo de perder la salud o la buena estima? ¿la contemplación de la fealdad del vicio?

¡Qué pocas horas de pureza y continencia da todo eso, si nó va reforzado con la gran fuerza, la insustituible fuerza de la Gracia de Dios!

CAPÍTULO XV

La gran defensa de la Gracia

¿Que es muy frágil, como de barro, el vaso en que llevamos ese rico tesoro de la Gracia?

Cierto. Desde San Pablo a nosotros bien se han oído lamentaciones sobre las tristes consecuencias de la flaqueza de nuestro barro agravada en los niños por su misma inexperiencia y escasa comprensión de los peligros.

¿Un preservativo contra la flaqueza del barro?

Lo hay y se llama

La Piedad,

que es un dulce y devoto afecto con que tratamos a Dios como a Padre que es, a María como a Madre

nuestra en el cielo y a la Iglesia como a Madre nuestra en la tierra.

Piedad es inculcar en los niños desde los albores del conocimiento y del cariño con machacona insistencia que Dios, que está en los cielos y en todas partes, es su Padre, que los ve en donde quiera que estén, no con ojos de policía, sino de bondad y protección, que se pone contento cuando los niños hacen, piensan o quieren cosas buenas, y disgustado cuando son cosas malas y que, junto a ese Padre tan bueno y tan poderoso, tienen a una Madre, hermosísima, riquísima, santísima, que se llama María, que los conoce por sus nombres, los acompaña a todas partes, los defiende de todos sus enemigos, los pone buenos cuando están malos y se pone triste cuando son malos y radiante de gozo cuando son puros, humildes, obedientes, generosos y estudian y dan sus lecciones bien, etc., que para que tengan noticias de ese Padre y de esa Madre del cielo y puedan comunicarse con ellos y aprender a darles gusto, les ha ha dado Padre Dios otra Madre en la tierra que se llama la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, tan rica que es la depositaria de todas las cosas buenas que necesitamos saber, hacer, recibir y rezar para dar gusto a nuestros Padres del cielo y ser felices en el tiempo y en la eternidad... Si en frase de San Pablo, «la Piedad es útil para todo», yo no conozco resorte más poderoso ni elemento más útil para conservar la Gracia de los niños y formarlos en una austera y fecunda educación como la Piedad.

Hacer a los niños piadosos es enterarlos de su familia espiritual y *encariñarlos* con ella hasta el punto de que, por *instinto*, los móviles, la regla y el fin de sus acciones, aún las más ocultas, sean estos: Mi Padre Dios me ve, mi Padre Dios quiere... No quiero que mi Madre llore...

¿Cómo se inculca?

Primero por medio del ejemplo propio del educador, después por el aviso o consejo oportuno e incesante, por la descripción de imágenes, historias o escenas a ella referentes, entresacadas principalmente de la Historia Sagrada, del Evangelio, de la misma vida de familias piadosas y, por último, muy singularmente por el *roce consciente* con la Liturgia de la Iglesia, dándoles a conocer y a saborear los significados de sus ceremonias, a tomar parte activa en los actos litúrgicos, según la edad y el sexo, y llevando al hogar y a la escuela el espíritu y los sentimientos de cada fiesta y tiempo del ciclo litúrgico, como de alegría pastoril en Navidad con su Belén, Noche Buena y Reyes Magos; de mayor austeridad y abstención de diversiones, espectáculos y fiestas ruidosos y mundanos, durante la Cuaresma; de desbordante alegría, en el Tiempo pascual; de exuberancia de fervor mariano, en el mes de Mayo; de obsequios y cultos populares eucarísticos, en la Octava del Corpus; de regocijo tradicional, depurado de las corruptelas paganas

introducidas, en las fiestas votivas de los Santos Patronos; etc., etc.

Hacer, repito, a los niños piadosos con su Padre Dios, su Madre María y su Madre Iglesia y formarles el hábito de pensar, querer, sentir y obrar *a estilo de la familia* y *por tenerlos contentos* y de horror al mal *por no disgustarlos*, es educación de la más buena ley y la única duradera. No conozco resorte pedagógico, ni régimen moral, que llegue más adentro del niño, de su entender, de su querer y de su sentir.

Un gráfico de la Piedad educativa

Yo me permito proponer a los educadores, Padres, Madres, Sacerdotes, Maestros y Catequistas un gráfico, no escrito ni pintado, sino real y vivo, para que primero lo copien ellos y después lo hagan copiar a sus educandos.

Este gráfico de la Piedad es

La Hostia consagrada

O sea, el Hijo de Dios hecho hombre perennemente sacrificado para honrar y desagraviar a su Padre.

La Hostia, es el modelo y la fuerza de la Piedad.

¿Qué es una Hostia consagrada?

Por dentro: Si Piedad es, en frase de Santo Tomás, el «dulce y devoto afecto a Dios como Padre», la Hostia *por dentro* es el amor filial llevado hasta el sacrificio perpetuo en honor de un

Padre: es el Hijo de Dios que lleva el amor a su Padre, ofendido por los pecados de los hombres, hasta hacerse hombre y Sacerdote para ofrecerse a sí mismo en Sacrificio de reparación y alabanza.

Con el fruto de ese sacrificio, que es la Gracia de los Sacramentos, el Hijo sacrificado desea hacer de los hombres de todos los siglos, hijos adoptivos de su mismo Padre, de los cuales El sea el Primogénito, un solo cuerpo del que El sea la Cabeza y, con el Corazón suyo y con los corazones de todos, formar un solo corazón en explosión perenne e inmensa de amor al Padre.

Por fuera: Accidentes de un blanco pan sin levadura que se labró con muchos granos de trigo molido, se amasó con agua y se coció con fuego.

Esta es la Piedad que debe aprenderse y vivirse en la familia cristiana.

Por *dentro*, amor hasta el sacrificio al Padre que está en los cielos y al Jesús de nuestras Misas y Sagrarios.

Por *fuera*, blancura de *pureza*, ácimos de *sinceridad* en el hablar y de *verdad* en el pensar, *trato suave* de hermanos como granos de una misma torba, *buena cara* para dejarse moler por el molino de la disciplina y vencimientos propios y hacerse harina, sin nada de levadura de *malicias ocultas*, jugo de *lágrimas* de *contrición* y *calor* de *intimidad* en el trato afectuoso con el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario.

Esa es la Piedad.

Piedad completa

Y como en el orden natural somos hijos de padre y madre, en el sobrenatural nuestro Hermano Mayor Jesús, no sólo nos ha dado Padre en su Padre Dios, sino que también nos ha dado Madre en su Madre, la Virgen María y en su Esposa la Santa Iglesia... ¡Qué dos madres! La una desde el cielo con su intercesión y sus ejemplos, y la otra en la tierra con su Sacerdocio jerárquico, su Misa, su Credo, sus Mandamientos, su Oración y sus Sacramentos, ¡cómo invitan y ayudan a los cristianos a ser ellos muy hijos del Padre Dios, de la Madre Inmaculada y de la Madre Iglesia, y a sacrificarse con su Hermano Jesús para multiplicarlos entre los hombres.

Si San Pablo ha dicho que la «piedad es útil para todo», nosotros podemos añadir: ¡cómo embellece y fecunda la Piedad la vida y la acción del cristiano! ¡No vivir para sí, sino para sacrificarse cada día a fin de poblar la tierra que va pisando de buenos hijos de Dios, de la Virgen y de la Iglesia!

Espíritu Santo, Dador del espíritu de adopción de hijos y del don de Piedad, derrama sobre los niños y sus padres y educadores y sobre mí torrentes de la *Piedad completa que enseña y produce la Hostia consagrada.....*

¿Es posible esto?

Antes de pasar adelante quiero dejar bien sentado que, si inculcar esta piedad en los niños es difícil,

sobre todo en la más tierna edad, no es imposible ni obra *de romanos*, y como los hechos convencen más que las razones, allá van unos cuantos que os harán reir, pensar y decidiros.

Dar a saborear a Jesús

¡Cuántas veces, madres, os he dicho que vuestra misión, vuestra más dulce y urgente misión, es la de hacer que vuestros hijos se sepan a Jesús en el doble sentido de la palabra, conocerlo y saborearlo!

Os voy a contar una escena que me refieren unos comulgantes, y que ellos presencian conmovidos, de una madre que cumple a las mil maravillas esa misión en la Parroquia de uno de los barrios de Madrid.

No saben su nombre; deducen que debe ser de muy modesta posición, por el pobre, aunque limpio, atavío con que la ven en el templo. Cada mañana la ven acercarse a comulgar, llevando en brazos a una pequeñina de año y medio a dos años. Mientras comulga, los ojos de la niña siguen con singular devoción a la Sagrada Hostia desde la mano del Sacerdote hasta la boca de su madre. A la par que ésta, cuando recibe a Jesús, cierra los ojos como si fuera ella la comulgante, hasta que al tratar de levantarse la madre del comulgatorio, se yergue graciosa de entre los brazos y le estampa un beso muy calladito en la boca, y con las manos juntas delante del pecho vuelve con Jesús y con su madre a su asiento.

¡Preciosa, finísima Comunión espiritual a los dos años!

¡Ingeniosísimo modo de dar a conocer y a saborear a Jesús aun antes del uso de la razón!

Los ahogos de una contemplativa de seis años

—Merceditas, ¿porqué durante el recreo te pasas tanto rato en la capilla? ¿No tienes bastante con el ratito de la bendición? pregunta, un tantico intrigada, a su sobrinita, colegiala de un Convento de Religiosas, una buena María, tía suya.

—¿Sabes porqué, tita? dice respirando muy fuerte la sobrinilla; pues te lo voy a decir: mira, me voy a la capilla porque tengo tántas cosas que pedirle al Señor que, durante la bendición me ahogo, de lo pronto que se acaba, y no me da tiempo para eso, eso es, para desahogarme a mi gusto... y lo que yo le digo: bueno, como Tu estás ahí siempre, espérame que ya vuelvo para echar un ratillo más largo.....

....

La tía, como es natural, me lo cuenta embobada con su sobrinita y yo me creo que no es solo a la tía la que le pasa eso, sino que también al lado allá de la puertecita dorada hay un Señor más embobadito con la fe tan viva y tan ingenua de su contertulia.

Jesús comentado por los niños

¡Cuánto me hace disfrutar oir a los niños hablar de Jesús, de cómo se lo representan ellos! Hablo de los que ya conocen, por la cristiana educación de sus padres y maestros, un poco la vida de Jesús. ¡Qué comentarios tan deliciosos y pintorescos sobre los hechos y dichos de Jesús son las ingeniosas, inocentes y acertadas espontaneidades de los niños! Y añado acertadas, porque lo que en ellos falta de ciencia y de estudio lo suple a veces con aumentos la penetración que en las almas pone la pureza.

«El corazón puro, dice el autor de la Imitación, penetra el cielo y el infierno».

Varios casos

Teresita del Niño Jesús, y no la que está en los altares sino una Teresita sevillana, de casi cuatro años, de carne y hueso, aspirante *rabiosa* a comulgante, está encantada con una vida ilustrada de Jesús que le han regalado sus papás. Repasando sus páginas y contemplando sus vistosas estampas ¡qué bien distingue a Jesús niño, adolescente, hombre ya y qué bien sabe poner en su boca y en sus ademanes la palabra que debe estar diciendo o la lección que debe estar enseñando!

—Aquí, comenta Teresita, está diciendo el Señor a estos feos que le quieren pillar en un embuste: ¡hipócritas! *¿se creéis ustedes* que me la vais a pegar a mí?..... Aquí ha visto a ese niño que estaba llorando porque le había dado sin querer un pisotón

éste apóstol y le dice: ven acá, hombre, y le dá un beso y un abrazo muy apretado... Aquí se mete en el río Jordán para que lo *bautise* San Juan Bautista... —¿Y qué diría al meterse en el agua, Teresita? preguntó una hermana mayor que le sirve de maestra a ratos.—Yo no lo sé, responde tranquilamente, pero te aseguro que si a mí me meten en un río lo primerito que digo es, *¡Jesú* qué fría está! y el Señor como tenía tanta paciencia, se calló y no dijo ni *¡Jesú!*.... Aquí está lavando los pies a los apóstoles.....

—Oye, ¿y por qué se los lavaría?

—Pues, hija, ¿por qué se los iba a lavar? pues porque los tendrían sucios y al Señor le gusta todo muy limpio.....

¿Véis

qué bien conocido y sentido y dado a conocer y sentir está Jesús en los labios y en el corazón de Teresita?

Cuando oigo a los niños comentadores de Jesús, paréceme verlo al lado de ellos sonriente y gozoso.....

Padres, maestros, catequistas, daos prisa para que vuestros niños empiecen a saber, desde que puedan balbucear, no sólo el nombre de Jesús, sino lo que dice y lo que hace Jesús. ¡Le hace gozar a El tanto y les hará a ellos tanto bien!

Un Catecismo entre moros y cristianos

En una de mis Parroquias de terreno africano tienen establecido un catecismo diario para niños de todas las religiones que por allí abundan, singularmente cristianos, hebreos y moros. Quiero presentaros un caso que a mí me ha hecho reir y casi llorar.

Explicaba en uno de los grupos, en que casi todos son moritos, una Catequista *especialista en moros* la Pasión del Señor.

He de advertir que la Pasión en tierras de cristianos y hebreos, como la que nos ocupa, tiene una actualidad mayor y un interés, si vale así decirlo, más personal que en tierras de solos cristianos.

La idea de que este es hijo o nieto del que escupió, pegó o mató al Señor, se ocurre fácilmente a las inquietas cabezas de los niños cristianos y les pone en ocasión de solidarizar a los descendientes con los ascendientes y de echar sobre aquellos la indignación que aquellas injusticias suscitan en sus almas. De ahí la suma cautela con que maestros y catequistas traten de estas cuestiones y eviten luchas y represalias.

¡Qué fecundidad, me digo yo cuando contemplo estos casos, qué fecundidad la de los actos de Nuestro Señor Jesucristo! ¡A los XX siglos el relato de sus penas levanta oleadas de dolor y de indignación aun entre niños juguetones y volubles!

Voy a mi caso: explicaba mi *especialista en moritos* a un grupo de ellos la Pasión y observa que a uno de ellos le iba subiendo el rojo sobre su tez morena, le iban asomando dos lágrimas por los ojos y se notaba que hacía esfuerzo por tragar

en seco o echar afuera algo que le costaba trabajo salir.....

—Zeñorita, exclama al fin en tono compungido y con acento andaluz neto, ¿bamo a cambiá la conversación? Porque no pueo má..... Y un resoplido y un puñado de sollozos salieron al fin de sus cárdenos labios como explosión de aquel corazoncillo moro ahito de dolor por los dolores de Jesús.....

Pasión de mi Señor Jesucristo compadecida y llorada a los veinte siglos por los niños moros de Africa, ¡qué grande y qué divinamente fecunda eres!

¡Vaya si se dan cuenta los niños!

Son dos casos de dos personajillos que ni se conocen entre sí pero que van conociendo ya casi por instinto al Amigo de los niños, gracias a la acción del celo catequístico.

Uno es un Miguelito de unos tres años, amigo y muy amigo de una María que vive en un piso de su casa. Le encanta ver las estampas que ella le enseña y sobre todo se le ha quedado grabada, más en el corazón que en la memoria, una de Jesús crucificado a quien él ha dado en llamar compasivamente «¡el Señor de las espinas!» Uno de estos días nuestro Miguelito se cayó, haciéndose una herida debajo de la barba: echaba mucha sangre y el pobre niño lloraba sin consuelo; en medio del llanto decía: «¡Que me traigan al Señor de las espinas!» y lo repetía hasta conseguir le llevaran una estampa, pero viendo no era la que él pedía prosiguió llorando y pidiendo *la de las espinas*. Se la llevaron por fin, y, aunque más consolado, no se quedó conforme: su fe era algo parecida a la de aquel Régulo del Evangelio que pensaba no podía Jesús curar a su hijo sin ir a su casa y tocarle. Nuestro Miguelito instaba a la María diciéndole: «¡Que me la vea! ¡que me la vea!» En vano le respondían que el Señor de las espinas veía su herida sin quitarle la venda; él no se conformó hasta que descubriéndole la herida le pusieron muy cerca la estampa *¡para que Jesús la viera!* Entonces, ya convencido de que el Señor de las espinas había visto compadecido su herida, se quedó tranquilo y callado, exclaclamando después muy contento: «¡Ya se me quitó!»

¿No da mucho que pensar el caso de Miguelito?.... ¿No pensaría él, a su modo: el Señor que sabe lo que esto duele, porque El tenía muchas heridas de las espinas, se compadecerá de verme y me curará? Y, en efecto, lo consoló y le calmó el dolor.

¡He ahí la influencia de una buena catequista!

El segundo caso es de un niño de un pueblo cuyos habitantes suspiraban por la lluvia para sus campos agostados. El chiquillo harto de oír lamentaciones y súplicas por la lluvia, se asoma a su balcón y, con todas las fuerzas de sus pulmones grita mirando al cielo: «¡¡Niño Jesús, que llueva, que te voy a mandá una *cañadú* al Cielo!!»

La influencia del ambiente de un pueblo que, aún

cree y espera en que de Dios ha de venirle el remedio.

¡Familias cristianas, pueblos cristianos, Marías, Catequistas, Apóstoles cristianos, luchad cuanto sea preciso para que vuestros niños no se queden sin ese Jesús que los hace puros, candorosos, creyentes, fuertes, valientes y... hasta graciosos!

Un error frecuente de los educadores

¡Como el niño no se entera!

He oído hartas veces esta razón a padres, maestros y educadores para no cuidarse de vigilar a sus educandos y observar sus inclinaciones, enderezando las torcidas al punto de aparecer, robusteciendo las rectas y saludables y sembrando piedad.

—¡Es todavía tan inocente mi niño o mi niña! ¿de qué cosa mala van a ser capaces? ¿para qué preocuparlos antes de tiempo? ¡al fin y al cabo, cosas de niños! ¿Cuántas veces no habéis oído esas frases o parecidas a los educadores, para justificar la libertad y el desamparo moral y de tutela en que dejan a las tiernas plantas a sus cuidados confiadas?

He dicho y no me cansaré de repetirlo: hay que empezar a educar a los niños desde que nacen y hay que dar más tiempo y cuidado a la vigilancia y observación de los niños, y mientras más inocentes más, que de los mayores.

Es más fácil, prudente y económico arrancar la

mata que apunta y enderezar el tallito que comienza a crecer, que arrancar o enderezar el árbol viejo.

Vaya un caso

entre mil de cómo entre niños muy pequeños y muy inocentes, apuntan defectillos de fácil curación en sus principios y dificilísima después.

Dos hermanitos, el mayor de seis años y el menor de cinco, vienen a visitarme vestiditos de blanco los cuerpos y transfiguradas las caras con la luz y la alegría de la Primera Comunión.

¡Qué felices venían de recibirla y con qué alegría me saludaban poniéndose de rodillas para que los bendijera!

Después de la bendición y de las enhorabuenas de rigor, entramos en el comentario de acto tan hermoso realizado en tan corta edad.

—Quería yo saber, les preguntaba, cual de los dos ha hecho mejor su primera Comunión.

Y anticipándose el mayorcito y hablándome con la viveza de sus ojillos negros y el meneo de sus manecillas enguantadas de blanco me responde:

—Mire usted, Señor Obispo, de mí no sé que decirle a usted, porque uno ¿qué va a decir?; pero de este, de este niño si le puedo decir que casi todito el tiempo se lo ha pasado mirando para un lado y para otro, para acá y para allá y un servidor me lo quería comer con los ojos pero ¡como estaba delantito de mí!.... al uniquito que no miró nunca fué a un servidor..... ¡pero yo no hacia más que decir: ¡valiente niño! ¡valiente niño!

Como el chico oía al mayor con cara complacida y sumisa y no se defendía, salí yo a su defensa.

—Pero mira, digo al blanco acusador, tu hermanito habrá estado en su Comunión muy distraído, mirando, como tu dices, a todos lados y no al altar o a su librito o rezando con los ojitos cerrados; pero me parece a mí que tú has estado más distraído que él.....

—¿Yo? ¡cá! no señor, si no he mirado para ningún lado y hasta me duelen los ojos de tenerlos tan cerrados.....

—Pues yo creo que por lo menos..... has estado tan distraído como tu hermanito con tanto mirarlo tú.....

Momento de silencio y de perplejidad cortado súbitamente con una sonrisa de triunfo.

—¡Cá! no, Señor Obispo, es que usted no sabe en donde estaba yo..... mire usted, mi niño estaba aquí (y lo coloca un poco más allá) y un servidor estaba detrás, pegandito a las monjas, así que el altar estaba allí al frente, mi hermanillo en medio y yo detrás; así que para mirar yo al altar, tenía que mirar sin querer a este niño.....

—Bien, bien, así es que según tú, la mejor primera Comunión ha sido la tuya.

Y dándose rápidamente cuenta de su no airoso papel de acusador del hermano y de alabador propio, cambia de tono y en el más compungido de ellos cierra el diálogo.

- Mire usted; mejor o peor Dios lo sabe..... porque, como dice mi tita, ¡es uno tan pecador....!

¿Véis en esa graciosa salida de humildad el golpe oportunamente dado por una educación vigilante al brote que apunta en esa almita inocente de orgullillo acusador?

Educadores ¡con qué ganas repito: hay que educar a los niños desde una hora después de su nacimiento!

Las sinceridades infantiles

¡Qué encantadoras son! Y ¡cómo me complazco en provocar esas deliciosas ingenuidades!

Un caso

EN MADRID

—¿Y rezas todos los días, por la mañana y por la noche, tus oraciones?

—Sí, señor.

—¿Y con formalidad, sin distraerte ni dormirte?

—Sí, señor.

—Y ¿todos, todos los días?

—Sí, señor, y mire usted, algunas noches rezo los cinco Padre nuestros de la noche y los cinco Padre nuestros de la mañana.

—Y ¿para qué tanto?

—¿Para qué? pues para que no se me vaya a olvidar rezarlos por la mañana, y digo: ¡ya está eso arreglao!

Otro caso

EN SAN SEBASTIÁN

Un Plebiscito

—¿Quién es más buena?, pregunto a cinco chiquitas de seis a ocho años.

Todas sonríen y callan.

—¿Cuál te parece a tí más buena de las cinco?

—Esta.

—Y ¿a tí?, ¿y a tí? pregunto a todas, y con rara unanimidad todas proclaman por más buena a la misma.

En efecto, yo, sin conocerla, sólo por su cara, también le doy mi voto.

—Ahora vamos a la pregunta al revés: ¿Quién es la más mala?

Una mirada hacia abajo, como de rubor, y otra de reojo y como a hurtadillas hacia un mismo punto es la respuesta callada que me dan, porque con la boca ninguna responde.

—¿Os cuesta trabajo decir quién es la más mala? ¿verdad? Pero no os costará tanto decir cual es de las cinco la que tira los pellizcos más fuertes a sus compañeras.....

Otra mirada más acentuada y menos recatada a una misma.

Me dirijo a la aludida, una chiquita vestida de celeste, con cara de ángel picaruelo y le pregunto:

—¿Tú tiras pellizcos muy fuertes a tus hermanitas y a tus primitas, cuando te enfadas con ellas?

Y, con sonrisa entre candorosa y picaresca y

con cara de no querer decir mentiras, me responde enseñándome sus dedillos enfundados en blanco guante:

—Cuando tengo esto puesto, tiro unos pellizquillos muy flojos.....

Hambre de Jesús de una

:: primera comulgante ::

ESCENA 1.ª

EN EL COLEGIO DE UNA BUENA MAESTRA

Una chiquita de ojos vivos y centelleantes y de cara afilada decía uno de estos días a su maestra que preparaba a sus alumnas para la primera Comunión.

—Señora Directora, dice mi mamá que no quiere que haga la primera Comunión.

—¿Tu mamá? ¿Pero tu mamá no es cristiana?

—Sí, señora, pero dice que como no tengo traje blanco que no puedo.

—¿El traje blanco? pero ¿qué importa? lo que hace falta es llevar blanquita el alma; el traje, con tal de que esté limpito, como sea.

—Pues eso le he dicho yo muchas, muchas veces..... y ella ¡que no y que no! La niña rompe a llorar.....

—Pobrecita mía ¿por qué lloras?

La niña entre sollozos:

—Lloro... porque... yo tengo muchas... ganas... muchas... de recibir al Niño Jesús...

—¿Tanto lo quieres?

—¡La mar!

La niña corta de pronto el llanto y cambiándolo con una sonrisa, aún mojada por las lágrimas, exclama en tono de la más decidida convicción:

—Bueno, pues yo le digo a V. que tengo que comulgar pronto... ¡muy prontito!

—Y ¿por qué dices tú eso?

—¿Por qué? y besándole las manos con efusión y alborozo se despide diciéndole: ya lo verá V. y ¡qué prontito!

ESCENA 2.ª

SALA DE NIÑAS DEL HOSPITAL PROVINCIAL

A los pocos días de la anterior conversación se encuentran en el Hospital rodeando la camita de una niña recién operada los padres y la Maestra. ¡Era la niña sin traje blanco! Demacrada aún por los sufrimientos de la enfermedad y por la operación en extremo delicada, pero rebosándole la alegría por sus ojillos vivos, coje con su manita derecha la de su madre y con la izquierda la de su maestra como para incorporarlas más hacia ella y con cara inocentemente picaresca dice a las dos:

—Bueno tengo que darles una noticia muy buena, muy buena... y es que el Niño Jesús y yo nos salimos con la nuestra...,. con lo que queríamos.... V. (dirigiéndose graciosamente a su madre) se empeñó en que si trajecito *pacá*, si trajecito *payá* y yo fui y me empeñé con el Niño Jesús en que tenía que comulgar, fuera como fuera..... y mire V. como

me ha hecho caso..... me puso malita para que me trajeran aquí y antes de la operación le dije a la Hermana si podía llamar al Padre Capellán y vino y me confesé y por la tarde me acordé de otra cosilla y se lo dije a la Hermana y vino otra vez el Padre y al otro día ¡mi primera Comunión....! ¡Más rica....! ¡estuve tan a gusto! ¡casi no me enteré después de la operación y de todos los pinchazos que me han dado por ahí, por el cuerpo....!

Más que palabras, fueron besos, mojados con lágrimas de arrepentimiento de la madre y de la familia y de satisfacción de la buena maestra el comentario y la respuesta.

....

Padres, maestros, gobernantes, ¡no prohibáis a los niños acercarse a Jesús! Dice tanto esa primera Comunión teñida en rojo de sangre inocente en sustitución del traje blanco!

:: Los escrúpulos de una comulgante de siete años

«Una chiquita de siete años preguntaba si el Niño Jesús no quería venir a su pecho porque habiéndosele roto las mangas, su madre, que no podía comprarle otro traje, se las había recortado....»

El amor hasta el sacrificio de la piedad infantil

Ved lo que me escribe una educadora *rebosante* de Jesús:

«El día de la Inmaculada hicieron diez, entre

niños y niñas, la primera Comunión; entre ellos una con cinco años y su hermanito con seis, contándome su padre que, durante la noche, se despertaron muchas veces para preguntarle si era ya hora de levantarse, y al decirle a la niña que por qué no dormía, le contestó que iba a recibir al Niño Jesús y, si se dormía, no iba a estar temprano en casa de la señorita. Viven en el campo y, aunque estuvo lloviendo toda la noche, fueron los primeros en llegar. Esta misma niña ofreció por la tarde una azucena a la Santísima Virgen con las mortificaciones que había hecho durante la preparación, siendo algunas heroicas.

Y ¡qué mortificaciones han ofrecido algunos primeros comulgantes!

Uno muy charlatán ha estado hablando por señas muchos días; otro muy embustero ha dicho la verdad aún en contra suya, edificando mucho a los demás.

Dos de cuatro años pedían hacer su primera Comunión y, al decirles yo que no sabían lo que eso era, me contesta una de ellas que sí lo sabía; que no le faltaba más que poner la lengua y luego el Niño Jesús se entra en mi corazón y yo lo aprieto como Tarsicio y me matan y no lo suelto, y cuando yo *me acoste, se acosta El* y cuando yo juegue, *juga* conmigo.

Uno muy travieso y muy pobre, pero buenísimo y que lo tengo en el Catecismo desde mucho tiempo, me lo encuentro el otro día y me para, para decirme que está deseando que su padre trabaje

para poder ir al Colegio Católico, que lo estaba deseando y por último, llego una mañana y me lo encuentro allí. Le pregunto que cómo era aquello y me dice que su madre estaba colocada y que las primeras pesetitas eran para su Colegio.»

De cómo niñas obreras rodeadas de odios comunistas se hacen piadosas

El día de retiro que tenemos para las niñas mejores de los Catecismos de Málaga, es de unos resultados consoladores en extremo. ¡Cuántas niñas ya mayorcitas se van iniciando en la piedad, en la oración y se van dando cuenta de la vida interior gracias a esos días de retiro en Villa Nazaret tan adecuados a ellas!

Véase cómo una de las pequeñas ha cogido en su libreta de apuntes lo que más le ha llamado la atención de algunas pláticas. Respetamos la *ortografía original*, que junto con modismos populares andaluces agradará a nuestros lectores:

«De las práctica que dijo el padre el día 8 de enero de lo que estubo hablando fué de todo lo que hacía el Niño Jesus y lo que hablaba que como dormía el Niño Jesus en cuanto se dormía empezaba a ensoñar y no es como otros niño que cuanto se acuestan ensueñan que le han comprado uno zapatos y que va a ser muy rico al contrario el Niño Jesus ensoñaba que el era muy pobre. Cuando juguaba hay otro niños que juguando y nadamas

que estan pegandose y diciendo palabra fea y el el Niño Jesus cuando beía juguar a su primo y de mas amiguitos no podía esta estaba deseando que le dijera su madre que se fuera a juguar y en cuanto se lo dijo se puso muy contento como todos los niños cuando les dice sus madre que jueguen y el Niño Jesus no juguaba como otros niños que esta juguando y peleandose y el Niño Jesus cuando juguaba su juego era hablarle de Dios y cuan beía un pajarito decia el Niño Jesus tu no ve ese pajarito ese lo ha hecho Dios y van por un campo beía flores que no estaban en jardines y le decia veis esa flores que ni la cuidan ni nada y miras que bonitas esta todo esto lo ha hecho Dios y aquellos niños que lo estaban escuchando su primo diria no ves que primo tan bueno tengo y los otros se que darian con la boca habierta y dirian que Niño tan bueno y no sabian que el Niño era el mismo Dios el que a derramado su sangre en una cruz clavado por nosotros y tambien no nos dejó como otros niños cuando se mueren que dejan un vestido y unas cuantas cosas asín y esa madre a cordándose de su hijo guarda muy bien aquel vestido y Jesus antes de morir ni nos dejo un poco de sus vestidura si no que nos dejo su mismo cuerpo y nosotras que poquita le damos a el nos pide que nos ponguamos el vestido más largo y nosotras decimos como que yo me boy a poner el vestido y todo se lo recateamos y el no nos recatea nada.

Los propositos que he sacado de la práctica de

esta mañana han sido lo que a dicho el padre de las tres o de la ovejita obediente ofrecida. Un ejemplo de la ovejita mi madre a comprado de postre naranjas y hay unas mas goldas y otras mas menudas y me dan una de las mas menudas y aniguar de decir que esa no la quiero porque es muy menuda estarme callada y comermela mejor que si fuera una mas golda otro ejemplo de la obediencia. Mi madre me manda que valla a la compra y me dijo mi madre que biniera pronto y llendo a comprá me encontre con unas cuanta amigas y me dijeron bienes colmigo que nos bamos arei mucho y yo aniguar de decir de sí pues mira yo no puedo ir porque mi madre me a dicho que no talde y tu comprenderas que tengo que obedecer a mi madre.

De este retiro he sacado la obediencia.

A. S.»

De este pulimento de almas, aparte de otros bienes, ¡cuántos se pueden sacar para el apostolado *entre semejantes*, el de las niñas por las niñas!

Las niñas apóstoles

Y con el cultivo de la piedad, ¡cómo se fomenta el celo del apostolado entre sus semejantes!

Si el espíritu de sacrificio reparador va siendo característico en estas niñas escogidas de los Catecismos malagueños, que, por medio de los días de retiro y del trato frecuente con las Marías se van formando en la verdadera piedad, no es menos

característico en ellas el espíritu de apostolado. ¡Cuán interesante es formarles la conciencia de sus deberes apostólicos!

Véase cómo practican estas niñas *el apostolado entre semejantes* que tanto recomiendo. Ellas mismas han escrito lo que cada una ha hecho durante el mes.

Dice una:

«¡Viva Jesús mi amor! ¡muera el pecado traidor!

En el mes corriente he hecho que tres o cuatro niñas que no conocían a Jesús lo conocieran llevándolas al Catecismo, a Misa. Estas niñas iban mucho al cine y ya no van porque el Señor me ha dado fuerzas para que yo haga que le conozcan; las he traído al Retiro. Les he dicho que cuando vayan a la Iglesia estén con respeto, porque es la casa de nuestro Señor Jesucristo. Les he dicho que hagan sacrificios, también les digo que cuando sus madres las manden a un mandado que ellas no tengan ganas de ir que vayan, así hacen un sacrificio y a la vez obedecen. Rezo el rosario diariamente por todos los pecadores del mundo. También he hecho sacrificios de no darle gusto a la vista y dárselo a Jesús.

Todo esto lo hago por amor a mi *Jesucito* y a la Santísima Virgen y para quitarle las espinas al Corazón de Jesús que tanto le duelen y clavárselas al mío, aunque me duelan mucho sufrirlo por Jesús.»

Otra escribe en su papelito:

«Medios con que he sido apóstol:

1.° Llevando niñas a mi casa a enseñarles juegos que me enseñan en Nazaret.

2.° Yendo a su casa a por ellas y llevarlas al catecismo.

3.° Llevarlas a que oigan la Santa Misa.

4.° Me llevaba una niña a mi casa y la preparé para que *isiera* la primera comunión porque su padre no la dejaba *hir* al catecismo.

5.° Llevármelas a comulgar y prepararlas antes.

6.° Llevándome las niñas a Nazaret.

7.° Cuando he ido por una para llevarla a misa y no *a* querido *enves* de no ir yo pues *boy* y le pido al Señor por ella entonces he sido apóstol por el ejemplo.

8.° Cuando faltan al catecismo voy *aver* por que no van.

9.° Llevar niñas al retiro.»

Otra que sabe el «arte de ser apóstol» menudo y gracioso:

«Medio en que he sido apóstol ha sido *llendo* en busca de una niña para que *baya* al catecismo y al retiro.—Otro medio de ser apóstol: he cojido a unas cuantas niñas y me *la* he *llevado* a mi casa y le estoy dando catecismo y muchas tardes *boy* a la Iglesia de la Victoria con todas las niñas y *resamos* rogativas de los niños ante el Sagrario para hacerle una visita a Jesús que está noche y día *enserradito* en el Sagrario esperando que *ballan* a consolarlo.—Otro medio: yo tengo unas cuantas amigas que le gusta mucho el cine y un dia iba yo para el catecismo y le digo ¿a donde *bay?* y me dicen:—al

cine.—¿Queréis venir a otro cine que no os cuesta nada? pues *mirá* en la Victoria lo echan.—Es que no tenemos aquí el velo.—Y yo le dije, pues vamos *ír* a tu casa *mientra* que empieza y despues nos fuimos todas y estando *hayí* las niñas decian *berso* y despues me dijeron que ya iban a venir siempre al catecismo y que ya no irían tanto al cine.

Yo conozco a un matrimonio y tienen a una niña sin bautizar porque el padre no quiere y yo le dije un día: *¿usté* porqué no quiere que se bautice la niña? y el me contestó:—eso son tonterías.—Después le pregunto a la madre y me dijo que si, entonces yo le dije al padre que cómo se *llamaba* sus padres y el me lo *hiba* diciendo y despues lo puse en un papelito para que no *me se olbidara, entose* fui yo y se lo dije a una catequista y ella me dijo que sí que se lo diria a un Padre. Y el Padre le dijo que sí que la podia llevar cuando quisiera.—2.º Vivia por allí una niña que yo no la conozco y le dige un día adios y ella me contestó adios y al otro dia le dige: ¿te vienes conmigo a mi casa que *bamos* a *juguar* mucho? y ella me dice:—bueno—y ya que estuvo un buen rato se fué y al otro día se *biene* también y le digo, mira ¿a ti no te gusta de ir a misa ni al catecismo? y me dice:—yo como no he *hido* nunca.....—pues mira mañana hay catecismo ¿tu vas a venir?—bueno—*entoce* la llevé y cuando ya se terminó el catecismo me fui yo con ella y me dijo que ya siempre va a venir y le gusta mucho y que está *deceando* de que lleguen los días de catecismo.

A. S. R.»

¿No es verdad que esas niñas que tan bien van aprendiendo los menudos apostolados de la amistad, del saludo, del juego, del ejemplo, de la palabra persuasiva y cariñosa, de la oración y del sacrificio no tardarán en merecer «sobresaliente» con diploma de honor en el *Arte de ser apóstol como Dios manda?*

Una maestra de las graciosas me escribe:

«Estos niños se electrizan con el Jesús del Sagrario que tan bien conocen y tanto amor le tienen. ¡Si los oyera comentar los párrafos del Evangelio a su estilo....! Una de primera Comunión me contaba ayer con toda la ingenuidad de sus seis años, pero sin omitir detalle, la parábola del Buen Pastor.

Hoy sólo le referiré el caso edificantísimo de una niña que se fué al campo y, cuando vino, me trajo a otra niña preparada por ella para la primera Comunión. Vino con su catecúmena tres días antes para que yo viera si estaba bien, y al mismo tiempo que me decía que le habia contado todo lo que les decían en el Catecismo y lo que a ella le enseñó la señorita para comulgar, me dijo que como no tenía recortes de hostias, no se comió los barquillos que le llevó su padre y le sirvieron para el ensayo.

Una vez aquí y examinada, pudo muy bien comulgar la niña, como así lo hizo, pues el señor Cura la encontró muy bien dispuesta.

Diez años tiene la niña y su pequeño apóstol, nueve. A última hora surgió una grave dificutad: el padre de la niña se oponia a que su hija fuese al

pueblo con el pretexto de que en otra ocasión iría y haría la primera Comunión. Eran inútiles todas las razones alegadas por las dos pequeñas; ni siquiera accedió a las súplicas que, de rodillas, le hacía la inocente Catequista..., pero al fin se rindió.

El secreto de esta conquista, según me dijo la angelical Catequista con toda reserva, se debió a que ella «le dijo a Santa Teresita que le rezaría un Rosario en cruz...»

Esta misma niña daba Catecismo diariamente a todos los niños y niñas que vivían en aquellos campos, en donde carecen de toda instrucción religiosa.»

Menudos Apóstoles y confesores de la Fe

Una catequista de 4 años: «María Cristina, así se llama, se dispone para ir al Catecismo (a enseñar la Doctrina, dice ella) diciendo a su tía: —*Tita, quítame el rizo de la frente, que voy a la Iglesia a enseñar la Doctrina...* (Traslado el aviso oportunísimo a las Catequistas *maquilladas* y aligeradas de ropa y gravedad cristiana).

»Se ha dado cuenta de que van al Catecismo niños, ya *grandes,* que no saben nada, y dice que ella quiere enseñarles a todos quien es la Madre del Niño Jesús, que es la Virgen María».

¡Qué rica misionera mariana!

Un niño aspirante a mártir

Me escriben de Málaga:

«Como sé cuanto le gustan las cosas de sus

chaveitas, le voy a contar una cosa que le ocurrió a un niño, al venir del Colegio esta Semana Santa.

»Venían él y su hermanito muy formales por la calle, del Colegio a su casa, y en éstas un hombrote que los para y, dirigiéndose a uno de ellos le pregunta: Oye, niño, ¿tú crees en Dios? y el chaveita, muy serio le responde: ¡Sí, señor!, y entonces el hombre descargó sobre el niño toda su furia y empezó a golpearle y a decirle palabrotas, sin que el maltratado replicara ni hiciera por defenderse y, cuando ya se hartó aquél, se fué y los niños también se fueron hacia su casa, el uno llorando porque hubieran pegado a su hermanito y el otro nerviosillo, colorado y medio llorando. A las preguntas de la madre, alarmada al verlos llegar así, se lo cuentan todo, y el pequeño confesor de la fe le dice después: Mamaita, esto que me ha pasado será que el Señor me quería probar para ver si lo negaba».

Que el Amo bendito guarde en su Corazón a ese simpático aspirante a mártir.

:-: Delicadezas de sentimientos de unos niños para con los Sacerdotes

Me escriben de Granada:

«Con ocasión de la detención y prisión de un Canónigo, un P. Jesuita y dos Párrocos, todos dignísimos, que, junto con varios caballeros honorables fueron encarcelados en julio pasado, sin que hasta ahora se sepa los motivos de la deten-

ción, cuatro niños de la Catequesis espontáneamente fueron a la cárcel a visitarlos y, llenos de pena al verlos allí encerrados, pensaron cómo distraerlos y cada uno compró un periódico católico y se lo llevaron *pa que* no se aburrieran en la cárcel.....

»Como son pobrecitos, uno no tenía los 10 céntimos y *engañó* a su hermanillo para que le diera una perra gorda que tenía. Tan delicado obsequio mereció ser festejado por todos».

Catecismo, educación cristiana, ¡qué semilla tan fecunda eres de delicadezas, heroísmos y graciosas precidades!

Reparación finísima

Privado por mi forzosa separación de mi Diócesis de darme el gran gusto de asistir a los catecismos y platicar con mis queridos chavetitas, recibo consuelo grande al leer y saber noticias que mis buenos Curas y Catequistas me dan.

Ved un ejemplo.

Entre las niñas más constantes al Catecismo y que siguieron fieles después de aquellos dos años en que tantos escándalos recibieron los pequeñuelos, había algunas de comunión diaria, que hacían su día de retiro mensual y ofrecían muchos sacrificios al Señor.

Es muy gracioso ver el ingenio que tienen: Hicieron un pesito o balanza de cartón. En un platillo colocaban unos saquitos llenos de serrín con sus respectivos letreros; en unos dice «blasfemias», en

otros «profanaciones», en otros «quemas de Conventos» y así sucesivamente en cada saquito una clase de pecados. En el otro platillo, ponen los sacrificios que han hecho para reparar esas ofensas y son cosas que admiran y edifican.....

En aquellos papelitos que van depositando las niñas en el platillo de la reparación se lee: «Misas de rodillas», «privarme de la merienda», «muchos ratos de silencio», «comer una cosa que no me gusta», «tomar el café sin azúcar», «meterme unos chinos en los zapatos», y otros muchos de ese repertorio de cosas al parecer quizás pequeñas, pero de un mérito incalculable no solo en niñas sino aún en personas mayores. Y es que los niños, cuando dicen a tomar una cosa en serio no lo hacen a medias: propuestos a no dejar pasar ocasión de ofrecer un sacrificio por una idea que les llegue al alma, como en este caso es la de consolar al Corazón de Jesús por las amarguras que otros le dan, aguzan su ingenio y saben aprovechar tan bien cuanto se les ofrece, que es para avergonzar a los mayores.

Quizás esa balanza de *original manufactura* no podrá dar *exacta* la diferencia entre los saquitos de serrín y los papelitos de sacrificios, pero en la balanza del Corazón de Jesús ¿no es muy probable que el platillo de los sacrificios infantiles baje hasta lo muy hondo de ese Corazón divino derramando en él purísimo y refrigerante bálsamo de consuelo que, compensando el peso abrumador de los sacrilegios, logre dejarlos tan en alto que salgan por

completo del Corazón del Amo no pesando ya más sobre El?

CAPÍTULO XVI

Cómo la gracia natural ayuda a hacer agradable y fácil la austeridad educativa

Lo sobrenatural está sobre lo natural y no solo no lo excluye sino que cuenta con ello y sobre ello se asienta.

La Gracia sobrenatural eleva, robustece y purifica la obra de la gracia natural.

Si la gracia natural, o *buen ángel*, es hija, como dije en capítulos anteriores del casamiento del ingenio con la bondad, bien puede pedirse al ingenio y a la bondad de los educadores que los empleen en suavizar la aspereza de la austeridad necesaria para la educación.

¡Y cuánto pueden!

Sin pretender hacer un reglamento sobre el uso de una cosa tan sutil, fluida y múltiple como esa buena gracia, me permito poner ante la vista de los educadores, más que una lista indigesta de reglas, un ejemplo, y nada menos que de Dios que está por encima de educadores y educandos y tiene la suprema autoridad.

Propongo a los que han de velar sobre el desarrollo armónico de las facultades, sentidos y actividades de los niños y jóvenes

La imitación de la acción educadora y conservadora de Dios en la naturaleza

¿De quién mejor que de El, supremo Educador y Conservador del orden y armonía en que se mueven, crecen, se desarrollan, se perfeccionan y se multiplican los seres todos del mundo, pueden y deben aprender los educadores a imponer y conservar orden y armonía entre los distintos elementos intelectivos, sensitivos y vegetativos del *microcosmo* o pequeño mundo de los niños?

Estudiemos, pues, esa acción de Dios en lo que atañe a nuestro tema. El educador debe imitar en su labor educativa, poniendo a contribución todos los recursos de su bondad e ingenio, los siguientes rasgos o contrastes que se observan en la acción educadora y conservadora (respecto a los seres libres) de Dios en la naturaleza.

La acción de Dios es:

1.° Gradual e irretractable, 2.° eficaz por sí sola, pero admite y exige nuestra cooperación, y 3.° vigilante y amplia.

1.° La acción de Dios es gradual e irretractable

Gradual: Graduación en los reinos, el reino mineral inferior al vegetal, éste al animal, éste al espiri-

tual; graduación dentro de cada ser en su formación, crecimiento, alimentación y multiplicación; graduación en la acción de los elementos, físicos, químicos, orgánicos, espirituales, ni siempre calor ni siempre frío, ni siempre día, ni siempre noche; primavera y otoño como estaciones intermedias entre las extremas; los crepúsculos intermedios entre el día y la noche, el dolor graduado por la enfermedad, el placer por la función a la que sirve de estímulo, las fuerzas por el ejercicio, la virtud por la repetición de actos, etc. etc.

Irretractable: la semillita de trigo, paso a paso llegará a ser espiga de trigo, pero no vara de nardos, ni otra cosa más que trigo: el oxígeno y el hidrógeno en la proporción debida será agua y siempre agua; la naturaleza no se retracta a sí misma.

Educación gradual

Esto es, un paso después de otro paso, lento pero incesante, que no pase un día y a ser posible una hora en que por medio de una palabra de luz, de calor o de un buen gesto caiga uua *gota* de educación en el alma del niño, de menos a más, de lo fácil a lo difícil, de lo más sabido a lo menos sabido; no todo de una vez; ni una sola cosa siempre ni a un mismo tiempo: no todo ha de ser estudiar, o comer, o jugar, o divertirse; graduación en el estudio, en el juego, en las amistades, en las sanciones o castigos, como por ejemplo, por la negación de una buena cara, de

sonrisas, de caricias, de cosas que gusten al pequeño delincuente, de libertad, de comodidades, etc.

Las transgresiones de esta gradación se pagan caras; tan dignos de lástima son los *niños-prodigios* que, a costa de su cuerpo enfermizo, lo saben todo y lo sienten todo, como los *niños-topos* que entierran sus almas entre las pellas de manteca de sus gulas y perezas.

Educación irretractable

Educación gradual, pero irretractable: es decir; que el paso que se dió ayer no se desande hoy; que el buen consejo que se dió de palabra no se retracte por el ejemplo del mismo educador o de otro; que la voz y el ejemplo del maestro sean eco y confirmación de las palabras y de las obras de los padres, y que maestros y padres sean eco del Maestro Jesús; que la lección señalada se dé, que el castigo impuesto por el maestro se sostenga por el padre y por la madre, que el plan propuesto se cumpla con puntualidad.

Este tesón o irretractabilidad, desde luego en las buenas normas y medidas de educación, es de una eficacia superior a la de los castigos más dolorosos y a la de los premios más seductores.

Un desastre entre mil por falta de tesón

¡Podría contar tantos casos, verdaderas tragedias!

Me contento con presentaros la siguiente en dos actos.

Acto 1.° con dos escenas; Personajes: Un niño

bueno de salud, con unos padres buenos, una posición buena, una inteligencia buena y una cantidad de voluntad virgen más buena que todo lo demás.

Me tocó, allá en mis años mozos, durante unas vacaciones, ser profesor del voluntarioso y ¡buen verano me dió! No había podido aprobar las asignaturas en Junio y mi misión era que aprobara en Septiembre, como quiera que fuera.

Escena 1.ª: Una mesa que *debía* ser de estudio, y que era en realidad un *potro* sobre el que el discípulo atormentaba al profesor y éste a aquel.

Diálogo diario o motivos sobre los que versaba el diálogo de cada día:—¿Has estudiado?—¡Psch! ¡hace tánto calor!—Yo explicaré.—Psch ¿para qué se va V. a cansar? ¡estoy tan cansado....! - ¿Cansado? ¿de qué?—¡Nos acostamos tan tarde anoche! —¿Estudiando?—¡Ca, no señor, en el teatro, y esta noche ¡no es nada lo que van a echar!—Bueno a mí eso no me importa; ¿vamos a la Geografía? —¡Tengo un sueño....!

En gracia a la brevedad, corto el diálogo y le ruego al lector que rellene mentalmente ¡dos horas! con preguntas y respuestas parecidas, en las que los ruegos, encarecimientos, mañas, caras buenas y caras serias del profesor no conseguían del discípulo cinco minutos seguidos de atención, con la particularidad graciosa de que la antífona más repetida por el discípulo era ésta: - V. lleva mucha razón en lo que dice y me explica; pero yo también la llevo en no estudiar y en importarme un rábano el que me aprueben o me cateen..., y proseguía

razonando su sin razón:—Verá V., primero, a mí no me catean, porque papá es... Papá, y no hay un catedrático que me catee a mí, y segundo, que con el dinero que tienen papá y mamá ¿a mí qué falta me hace estudiar?

Perplejo, cansado, con ganas de enfadarme y decirme unas veces ante la obstinación del rapaz ¡de unos trece años!, y de reir otras, ante su frescura, acababa casi siempre por reunir en consejo a los buenos papás y de entre la indignación por la conducta del niño salía la determinación de ¡nada de teatro! ¡nada de dejarlo salir con amigos! ¡nada de postres! y otras penas parecidas...

¿Se cumplían?

Escena 2.ª: Por el mismo *castigado* sabía el resultado de todas aquellas sentencias tan enérgicamente dictadas: que la mamá lloró de verlo contrariado por no tener paseo ni dulces, ni teatro; que el papá se enterneció y, después de convenir delante del mismo niño en que el profesor era *muy exigente* en hacerle estudiar y aprender *tanto*, y en que el niño ¡pobrecito! era muy pequeño todavía, se acordaba levantarle el castigo...

—¿V. lo ve?, terminaba el muchacho en el más regocijado de los tonos, el relato de su triunfo. —¿V. ve cómo llevaba yo razón?

Y efectivamente, en este primer acto la tuvo: ¡no lo catearon en el Instituto!

En donde desgraciadamente no llevó razón fué en el

Acto 2.º: Transcurrieron muchos años: el rapaz

ya hombre casado; los padres murieron; en la única carrera que aprendió a gusto de sus malos amigos, la de tahur, llegó un día, después de perderlo todo, a jugar ¡a su propia mujer! y después ¡al crimen!

¡Faltas de austeridad y de tesón de los educadores, a dónde lleváis!

La acción de Dios es eficaz por sí sola, pero admite y exige nuestra cooperación

Dios es autor y gobernador sumo del aire, del calor, del agua, de la luz, de la vida, de todo. «El dijo y las cosas fueron hechas». «Todo está sometido a tu poder» y, sin embargo, sin las alzas y bajas del calor no hay vientos, sin la acción preservadora de la sal, las aguas de los mares se pudrirían y con su putrefación infectarían y darían muerte al mundo de los vivientes; las semillas, si no se siembran en la tierra o no se cultivan adecuadamente, no producirían sus semejantes; la luz, el calor y el sonido necesitan sus hilos o sus ondas como vehículos, y en la vida de los hombres, tanto en la natural como en la sobrenatural, la palabra, la acción, la intención de los unos son necesarias, por disposición de Dios, para la vida, la salud, la ilustración, la perfección de los otros. Y tanto se ha dignado Dios elevar el valor de la cooperación humana a su acción, que ha dejado esta condicionada a aquella.

Los padres, los maestros, los médicos, los sacerdotes, si cooperan bien a la acción de Dios, salvan; si tibiamente, malogran; si mal, pierden y matan.

¡Qué dignación la de Dios para con sus criaturas al admitirlas a su colaboración!

Apliquemos este contraste a la

Educación cooperada

Primero por el educando y después por todos los obligados a educarlo.

Dios ha dado al niño un alma espiritual, inmortal, con inteligencia y con voluntad, y un cuerpo admirablemente organizado; pero un alma y unas facultades como dormidas y un cuerpo tan menudo, tan indefenso que no se puede valer; hay que esperar a que se despierte y se desarrolle hasta que aquello tan chico llegue a ser un hombre cabal. Esa es la educación.

No se puede educar al niño, he dicho antes, sin contar con él y mucho menos a pesar de él. El primer paso que tiene que dar el educador para comenzar su oficio es *ganarse* al niño. Y aquí ¡sí que necesita bien que ponga en juego todos los resortes de su ingenio y bondad para hacerse *gracioso* y hacer *graciosa* su acción cerca de su educando!

No tenga prisa en pasar de aquí, mientras no tenga indicios al menos de que se le *da parlamento* y se pone el *placet* a su persona y cargo en los adentros de la pequeña fortaleza infantil.

Ya el gran San Jerónimo, a pesar de la aspereza

en que pasó la mayor parte de su vida, daba este consejo a Leta, hija de Santa Paula, para una nieta: «Evita por encima de todo que la niña tome con disgusto el estudio». ¡Ahí viene la gracia abriendo paso! ¡de ahí el enseñar jugando!

No conozco otro resorte para quitar ése y los demás disgustos de la gente menuda, tan poco contentadiza por la tremenda.

Pero no basta la cooperación del niño a la acción educadora; necesítase imperiosamente la de todos los llamados a educarlo, padres, sacerdotes, maestros y los que sobre él ejerzan influencia.

Si no hay de verdad en el universo obras aisladas, si un cabo de hilo, una gota de licor, una tachuelilla insignificante son efecto de una múltiple acción conjunta de agentes físicos, biológicos y voluntarios, no hay obra que exija y presuponga más cooperación que la de formar un hombre cabal.

Mons. Dupanloup nos enseñó esta preciosa observación: «¡Cómo se nota falta de suavidad y corazón en la educación en que la madre no ha tenido bastante parte, y cuánta debilidad y vacilación en la que ha faltado el padre!»

¡Qué desastres de educación y qué pena de almas ineducadas y destrozadas por el escándalo de los educadores, o que deberían serlo, en pugna, el padre enseñando lo contrario que la madre, éstos en contra de los maestros buenos, los maestros malos contra los padres buenos..! ¡pobres almas infantiles trocadas en campos de guerra desoladora!

¿Qué flores de virtudes van a lucir y a perfumar esos eriales? ¿Qué pajarillos de alegrías infantiles van a revolotear en torno de ellos? No hay nada que exija tanto la unidad y el acuerdo en la colaboración como educar. ¡Son tan impresionables y tan lógicas las almas de los niños!

Para ganarse la cooperación del niño hay que ganarse su cariño, y para ganárselo hay que darle antes cariño; pero en esta forma: la mitad o tres cuartos, *de balde*, el resto, o sea, el cariño total hay que darle a entender que tiene él que *ganárselo*.

Una advertencia muy interesante

Y es acerca de esa conquista del cariño de los pequeños y jóvenes educandos, llámense hijos o discípulos.

La conquista del cariño es fácil mientras se conservan puros. Una sonrisa, una caricia, una simple mirada de interés los gana.

Pero cuando esa maldita sanguijuela que chupa todos los jugos buenos del alma y del cuerpo, que se llama la impureza, comienza a introducirse en el alma infantil o juvenil, en la misma proporción que se pegue se va despegando el cariño bueno del corazón, como se despega de las mejillas el sonrosado de la salud, y de los labios la sonrisa de alegría del alma limpia, y de los ojos la ingenuidad del candor y de la mirada el brillo del pudor.

¡Ah! ¡cuántas veces de los labios de padres, de madres, de maestros salen lamentos envueltos en

un acento de tristeza y de amargura de los despegos que van advirtiendo en los que hasta entonces habían sido cariñosos y confiados! Desapegos de hijos con sus padres, malestar de las hijas con la compañía de sus madres, durezas de corazón de hijos y discípulos para con los que por ellos se sacrificaron; fríos, asperezas y hasta crueldades de trato en los hogares ¡cuántas y cuántas veces sois la sucia huella y el aliento infecto de la maldita sanguijuela, roedora, disecadora y marchitadora de corazones, de caras, de labios y hasta de pulmones y cerebros de niños y de jóvenes!

Un caso típico

¿No recordáis el caso típico de este, al parecer, extraño, pero real y frecuente maridaje entre la lujuria y la crueldad? ¿No recordáis la fatídica escena en la que Herodías, diabólica seductora del adúltero Herodes, pide y consigue de éste que le presente al punto en rica bandeja y en pleno festín la cabeza de San Juan Bautista?

¡Cuántas veces confirmo esta observación, cuando veo a madres tan complacientes o tan débiles con sus hijos y singularmente con sus hijas en permitirles cines, bailes y toda clase de compañías y *planes* de diversión, sin más limitación ni condición que la de que sea con *gente bien*, y después las oigo llorar y quejarse de la sequedad, reserva y hasta dureza de sus hijas para con ellas y de lo que les pesa y espanta el hogar propio!

Padres, madres, maestros, autoridades, en torno

de vuestros hijos o discípulos tended el *cordón sanitario* contra la impureza y todos sus agentes y fomentadores y los ganaréis para Dios y para vosotros!

¡Todos a una en favor del niño indefenso!

3.° Acción de Dios vigilante y amplia

¡Qué aspecto tan interesante y orientador presenta este contraste de la acción conservadora de Dios en la naturaleza!

¡Vigilante hasta del más menudo pormenor de sus criaturas, como si no tuviesen éstas nada que hacer, y a la par dejándolas en una amplitud y libertad, como si El no interviniera para nada en ellas!

Vigilancia, no de policía o juez que observa y espía para amenazar, sentenciar o castigar, sino solícita, cariñosa, protectora, alentadora, regaladora, previsora y sólo, cuando no quede otro remedio, castigadora y vengadora.....

¡Qué bella y dulcemente cantan los Sagrados Libros ese avizoramiento cuidadoso de Dios sobre las obras de sus manos! En el libro de los Salmos se canta la mirada de Dios que «ahonda en los abismos» de la tierra y del mar, y «escudriña los riñones y los corazones» que son los abismos de la vida humana, que «se posa sobre la redondez de la tierra y la hace extremecerse, sobre los montes y humean» y sobre las llanuras y se cubren de verdor y «abre su mano y todos se hartarán de

bienes; mas si aparta su rostro, túrbanse; les quita el espíritu y vuelven a parar en el polvo de que salieron» y esa mirada que lo abarca todo y todo lo vivifica, vela, según el Evangelio, «sobre el pan que ha de comer cada día el hombre, y la casa que ha de habitar y hasta sobre el débil cabello de su cabeza, y sobre el granito que ha de alimentar al pajarillo de la selva y el vestido que ha de cubrir y adornar al lirio del campo».

Y ¡qué contraste! bajo esa vigilancia tan minuciosa y tan íntima, con qué amplitud y soltura se mueven, y a veces chocan unos con otros, los seres todos de la creación.

¡Qué ímpetus de vientos, qué ruidos y qué fuerzas de aguas, qué fragor y rapidez del rayo destructor, qué erupciones de gases y fuego y lavas de las entrañas de la tierra, qué movilidad y agilidad de las aves del cielo, de los peces del mar y de los animales de la tierra, qué actividad y qué fecundidad tan silenciosa y tan sin cuenta la del mundo infinitamente pequeño y de la química orgánica y de las almas humanas!

Número, peso y medida de todo ese vértigo de movimientos tan dispares y tantas veces encontrados entre sí, ¿quién lo lleva?

Dios y solo El, como supremo Moderador y Conservador del mundo, ha podido armonizar su imperio absoluto, su vigilancia y providencia sobre cada ser y cada uno de sus movimientos con esa casi infinita amplitud y libertad en que se mueven y en la que, sin darse cuenta los unos, como los

irracionales, y aún sin pensar o con voluntad contraria otros, como tantos racionales, de un modo o de otro cumplen la voluntad de Dios y están sometidos a su ordenación soberana.

Educación vigilante y amplia

Tarea es ésta quizás la más difícil de la austeridad educadora: unir la vigilancia, que no debe faltar, con la amplitud conveniente para que aquella eduque y *no ahogue*.

Que el educando, esté en la edad en que esté, necesita vigilancia, ¿quién en sana razón puede dudarlo?

En el alma del niño o de la niña y del joven o de la joven hay algo como llama que se levanta, y en torno y fuera de ella hay mucho que puede arder como estopa, y viceversa, en el niño y el joven hay mucho que puede arder como estopa y alrededor de ellos hay muchas llamas... Sin una exquisita vigilancia, ¿quién impedirá que el fuego de dentro prenda en la estopa de fuera y, a su vez, que el fuego de fuera prenda dentro y achicharre...?

«El niño es una flor, ha dicho Michelet, y la flor humana es la que tiene más necesidad de sol».

El niño es una flor y, tanto como del sol, necesita de la humedad del riego y de la defensa contra los vientos asoladores y los insectos que la puedan corroer.

¿Quién dará al niño a su tiempo esa ración de calor y de humedad y esas defensas saludables?

Sin el sol se marchitarán; pero siempre bajo el sol se achicharrarán.

Es la *vigilancia* del padre y de la madre y del maestro, cariñosa y solícita y a la par amplia, que estimule el interés, los instintos de conservación y las facultades del niño a buscar por sí mismo su sol y su agua, y a defenderse de sus enemigos; vigilancia adaptada a la edad, al sexo, a las individualidades y a las ocasiones, pero administrada con tal delicadeza y amplitud que haga nacer y crecer en el vigilado el sentimiento de sus propios riesgos y de su propia responsabilidad y la confianza de que la libertad con que lo vigilan se la tiene que ir ganando con su rectitud y fidelidad, esto es, ¡libertad vigilada!

Entiendan los educadores que nunca cesan en el deber de prestar ese servicio a los que de ellos dependan. Yo no les digo que han de estar perennemente cosidos a sus vestidos, pero sí física o moralmente presentes a ellos.

La mejor defensa de un hijo o de una hija es estar en donde los vean sus padres o en donde o con quien sepan sus padres que están.

Ha dicho La Fontaine que «la desconfianza es madre de la seguridad»; y a nadie más que a los padres y educadores urge tener en cuenta ese dicho.

Educadores, os digo que tenéis derecho y deber de ser desconfiados.

De ese derecho y deber a la par, no os exime nada de eso que decís o que os dicen: ¡es tan pequeño! ¡tan mayor! ¡no se reune más que con primitos o primitas o niños educados! ¡es tan inocente! ¡para qué hacerlo trabajar tanto si el día de mañana no le hará falta? ¡se aburre tanto en casa! ¡se enfada tanto con mi compañía! ¡es tan natural que se divierta!, etc., etc.

Padres, madres, educadores, mientras lo seáis, nada ni nadie os puede eximir de vuestro derecho y deber de vigilar. Si no podéis, como Dios que está en todas partes, seguir a vuestros hijos con vuestros ojos, con vuestro cuerpo, a todas partes, seguidlos con vuestras oraciones por ellos, con vuestra legítima curiosidad y con las industrias de vuestro cariño. Que ellos estén ciertos de que los véis o podéis verlos...

Pero para que vuestra desconfianza no abrume, ni encoja, ni ahogue a los que queréis, poned todos los recursos de vuestro ingenio y de vuestra bondad en desconfiar *con gracia*.

Esa mezcla de vigilancia y de desconfianza *graciosa* tendrá su meta y su más sazonado fruto en que os *ganéis la confianza* de vuestros cariñosamente vigilados.

Felices vosotros, padres, madres, maestros y educadores todos, cuando vuestros hijos o discípulos os den la prueba suprema de la seguridad con que cuentan con vuestro cariño, discreción y defensa, contándoos espontáneamente sus secretos ¡todos! ¡los que los enaltecen y los que los humillan!

¡Qué gran triunfo de la educación!

CAPÍTULO XVII

El arte de ganarse a los niños

Si, como he dicho, los niños se ganan con Gracia de Dios y con gracia humana; con aquella como conquistadora y con ésta como facilitadora o allanadora, y la Gracia, si es sobrenatural, *es gratuita* y por eso se llama Gracia y, si es natural, es también casi regalada o como congénita, no es cosa llana hablar de arte y de reglas para ganar niños y penetrar sus secretos, puesto que equivaldría a sujetar a reglas y a arte el tener Gracia y el ser gracioso. ¡Qué poca gracia tendría un *estudiante de gracioso!*

Pero si no a dar reglas; si se puede tender a presentar modelos o casos de procedimientos graciosos con el fin dicho, y de eso trato ahora.

Dejando aparte los procedimientos para adquirir para sí y obrar en los demás la Gracia sobrenatural, señalo o apunto, no más, procederes que atraen a la gente menuda, porque les *hacen gracia*.

Teniendo en cuenta que la gracia natural es hija de la bondad y del ingenio, lo primero que hay que pedir al que quiera ganarse a sus educandos es la *bondad* para con ellos, bondad *sincera*, (los niños la huelen y la descubren al punto) *incansablemente paciente* y más propensa a excusar que a acusar y que con esa bondad mire, escuche, pregunte, responda, aguante impertinencias, sin descomponer la cara ni desatar la lengua, en una palabra, que la

bondad interior irradie en los ojos, oídos, boca, gestos y modales del educador.

Y sobre ese fondo de bondad venga el ingenio poniendo una sonrisa, un gesto de atención, de compasión, una palabra de donaire, un relato que despierte interés, una pregunta o una afirmación de algo que afecte a lo íntimo del niño, un cambio de tema y de tono en la conversación, de ocupación, de ambiente que rompa monotonías y rutinas y que ponga estrellitas y luceros brillantes en las noches y luz y calor de sol y flores de primavera en los días de invierno del alma del niño, que aún para los niños hay oscuridades y ruidos de noche y fríos de invierno.

Pero os he dicho que no se pueden dar *reglas* de *gracia* y lo que os llevo dicho tiene mucho parecido a ellas.

Prefiero que paréis vuestra atención y vuestros ojos en escenas de

Educadores graciosos

Y el primero de los primeros es el Maestro Jesús. ¡Cómo atraía a las muchedumbres de niños, que en tal cantidad y alboroto debían cercarlo y oprimirlo, que llegaban a provocar las protestas y hasta la ira de los Apóstoles!

Para mí, más que la sabiduría de sus sermones y el brillo de sus milagros, lo que traía y arrastraba a los niños en torno de Jesús era su mirada.

Es cierto que presentarse Jesús en un pueblo y verse seguido y aclamado por todos los niños era

una misma cosa. ¡Cómo miraría Jesús a los niños!

Muchos triunfos de Jesús, cuenta o deja entrever el Evangelio, por su sola mirada. ¡Lo que sentirían los corazones sencillos al verse envueltos o bañados por una mirada de Jesús....! Así me explico por qué curaba a muchos mandándoles que lo miraran: «¡Mírame»!

Padres, maestros, antes de que se turbe o extravíe vuestra mirada por los arrebatos de la ira contra los niños, acordáos de cómo los miraba Jesús..... Os aseguro que muchas veces ellos se contentarían y se os entregarían con que sólo los miráráis con cariñoso interés.

He hecho mis ensayos y comprobaciones acerca del poder de una mirada intensamente bondadosa sobre el alma de un niño.

He sido algunas veces apedreado o molestado por golfillos de la calle; en lugar de amenazarlos o correr tras ellos, o reconvenirles, me he parado y me he puesto a mirarlos uno a uno sonriéndome, no como diciéndoles: ¡Si os cojo!, si no como si me cayera en gracia la faena... La mirada ha vencido a los apedreadores que, o se han ido retirando avergonzados, o se han entregado a discreción.

A este propósito traslado aquí unas notas de mi destierro en Gibraltar el año 1931, expulsado por los revolucionarios de Málaga.

Apostolado de ojos

Raro el título y extraño el apostolado ¿es verdad? Es, sin embargo, el apostolado que me he visto

obligado a ejercer durante mi largo destierro de Gibraltar con los niños ingleses.

Mi viejo oficio de Catequista empedernido me empuja, casi sin darme cuenta, a *meterme* con toda la gente menuda que me encuentro al paso en calles, campos, trenes, visitas, Iglesias, etc. Ya sea por lo machacado que tengo el oficio, sea porque, como he dicho muchas veces, los niños y los perros se dan cuenta al vuelo de quien los quiere, es lo cierto que ninguno de mis abordados se me extraña ni descompone, antes bien entra en el diálogo como antiguos conocidos y camaradas.

Pero allá en Gibraltar tropecé con una dificultad, la de la lengua; aunque casi todos los naturales del país hablan inglés y castellano, y por cierto andaluz y del más pintoresco y sonoro, pero hay muchos niños hijos de militares y funcionarios ingleses y por añadidura protestantes ¡nueva dificultad para la camaradería con ellos!

¿Qué hacer? ¿Resignarme con verlos y dejarlos pasar sin meterme con ellos? Eso hice en mis paseos de los primeros días al monte, sobre todo cuando los veía jugar alrededor de los enormes cañones, casi todos ellos trofeos de antiguas victorias, con que los ingleses adornan plazas, jardines y encrucijadas.

Veíalos yo, repito, jugar en torno de aquellos cañones.

¡Qué contraste tan fuerte el formado por aquellos inmóviles monstruos de bronce sirviendo de lomo de cabalgadura, de rincón para esconderse, de

trampolín para saltar y otros humildes y pacíficos menesteres y aquellos racimos de cabecillas rubias, de ojos azules, caritas sonrosadas y lenguas de ¡jilgueros!

En lo que no había contraste sino uniformidad humillante era en la actitud del cañón y la mía con respecto a los chiquillos... El cañón y yo éramos dos testigos mudos de aquella explosión de alegría infantil inglesa... Pero, gracias a Dios, no por mucho tiempo, porque entre las miradas de rabillo de ojo de los inglesillos al *Bishop* y las miradas llenas de benevolencia del compañero mudo del cañón, se rompió el cerco y las miradas recelosas del principio se trocaron en miradas francas y en sonrisas plácidas unidas a alguna que otra caricia que les hacía y así hemos venido entendiéndonos largas temporadas sin decirnos ni una palabra.

¿Serían protestantes? ¿Hebreos? No lo sé, pero sí sé que en el depósito de sus recuerdos cuando vuelvan a Inglaterra y sean hombres, dejarán un rinconcito de luz y alegría para recordar a aquel *Bishop* que ahuyentaba las lágrimas de su destierro riendo con ellos en torno del cañón serio...

¿No os parece que en todo eso hay algo de apostolado, aunque sea de ojos y ganancias de almas?

Y después del Maestro de los maestros, ¡qué estela de gracia han dejado sus discípulos predilectos, Apóstoles, Obispos, Santos Fundadores de Familias religiosas de Maestros y Maestras!

Por todos citaré a uno que es perfecto dechado de *Educador con gracia*, ¡con las dos!

Se llama

San Juan Bosco

Su nombre solo hace asomar una sonrisa de veneración y de cariño.

Es el gran conquistador de muchachos con su gracia. Les gana la atención, la simpatía, el cariño, la lealtad acrisolada y los secretos de sus pensamientos.

¿Cómo?

Don Bosco es sabio escritor y polemista, fundador y organizador eximio de obras inmortales, pero no fué ése su secreto de conquista. Abrid su biografía y leeréis: Don Bosco saltimbanquis, prestidigitador, violinista, narrador maravilloso de historias y ejemplos, hacedor de milagros jugando, sembrador de Evangelio lo mismo desde el púlpito que sentado en el suelo rodeado de sus chiquitos, acogedor de golfos, raterillos y abandonados del arroyo; él solo, sin guardias ni defensas de ninguna clase, saca de la cárcel centenares de presos a darles un día de campo, sin que se evada ni uno, siempre sonriente, nunca descompuesto, sereno y ocurrente, tenaz y flexible, olvidado de sí, de su comer, de su dormir y de sus muchos achaques y pendiente del menor apuro del último de sus niños.....

Adivinador de las conciencias

Permitidme que os transcriba unos párrafos de su vida en los que culminan las conquistas de la Gracia y de las gracias de D. Bosco.

«Leía también, nos atreveremos a decirlo, habitualmente en lo íntimo de las conciencias. Desde 1848, corría la voz en el Oratorio que confesando descubría a los penitentes los pecados que habían olvidado, o no se habían atrevido a confesar. En estos casos solía decir: «¿Y de este pecado, no te acusas? ¿Y de este otro, no te acuerdas?»—Pero lo más maravilloso era que, al descubrir a un joven su pecado, añadía todas sus circunstancias. «Tú en aquel año, en tal ocasión, en aquel lugar hiciste esto o aquello»...—Y precisaba con exactitud la calidad y el número de las culpas.

»Un día, después de las funciones de la Iglesia—escribe D. Berto—encontré en el patio a un jovencito que había venido al Oratorio poco tiempo antes, el cual, viendo pasar al Siervo de Dios, lo siguió con la mirada un buen rato; se volvió hacia mí, un poco turbado, y me dijo: ¿«Quién es aquel Sacerdote?»—«¿Por qué me lo preguntas?» añadí yo.—«¿No lo conoces todavía?»—«¡Lo pregunto porque esta mañana me he confesado con él y me ha dicho todos los pecados que he cometido en mi casa!»

»Era tan notorio este dón del Siervo de Dios que algunos jóvenes, temerosos de que les leyese en

la frente su interior, permanecían alejados de él; y si por cualquiera razón, o por que los llamara, debían presentársele, descubriéndose la cabeza por respeto, solían tener la gorra delante de la frente, o se cubrían ésta con los cabellos, como si esto bastase a esconderles la conciencia. Don Bosco les tendía bien sus redes para atraérselos; y cuando conseguía decirles una palabra al oído, la victoria era segura. Con frases un poco veladas, los corregía de las faltas ocultas. Por ejemplo: «Tú tienes cuentas que ajustar con Dios».—Otras veces, al ver a alguno melancólico, le decía: «Querido mío, es necesario quitar el demonio del corazón para estar tranquilo.» — Refería D. Rua que ciertos jóvenes encontraron bajo la almohada un billetito del Santo con estas palabras: «¿Y si murieses esta noche?» o bien:—«Si mueres esta noche, ¿qué será de tu alma? ¿Estás seguro de ir al Paraiso?»; o también: —Si tuvieses que morir, ¿estarías tranquilo?»—Eso bastaba para que corriesen al punto a los pies del Siervo de Dios a confesarse.»

Ante este brillante cuadro de triunfos de la *Gracia en la Educación*, me siento autorizado para decir a todos los que tienen deber u oficio de educar: ¿Queréis ganar a vuestros niños?

No os digo que os hagáis *saltimbanquis* y adivinadores de conciencias; pero *graciosos*, sí.

¡Como se pueda!

CAPÍTULO XVIII

El desideratum en la educación

Cuanto llevo dicho sobre Gracia de Dios y sobre gracia de la tierra y de sus decisivas influencias en la educación de niños y jóvenes me autoriza para sentar las siguientes conclusiones:

1.ª Que en igualdad de ciencia instruye y educa mejor quien tiene más Gracia.

2.ª Que los sin gracia o malas sombras no pasarán de medianos enseñadores y jamás llegarán a educadores.

3.ª Que sólo debe tenerse por bien y completamente educado el que de verdad pueda llamarse *hombre cabal.*

4.ª Que en tanto un hombre será más cabal en cuanto más se parezca a Ntro. Señor Jesucristo que es el prototipo del hombre.

5.ª Que sólo la Gracia sobrenatural, que hace hijos de Dios y hermanos de Jesús, es la que puede dar esa semejanza a los que la reciben y a ella cooperan libremente.

6.ª Que son, por tanto, más hombres, o más cabales los que tienen más Gracia de Dios.

7.ª Que la gracia natural o de la tierra es un fiel mensajero, leal servidor y aposentador y aptísimo instrumento de la Gracia sobrenatural.

8.ª Que en igualdad de Gracia sobrenatural

educará mejor y sacará más fruto el de más gracia natural.

9.ª Que por consiguiente el mejor educador será el más lleno de gracia de arriba y de abajo, o sea, el *más gracioso* y por consiguiente el *educador santo,* que de ordinario suele ser también de *buena sombra.*

Y 10.ª Que el mejor discípulo será el *más agraciado* o más beneficiado por ambas gracias.

Conclusión final

Que el supremo *desideratum* de la *educación* activa (en los que la dan) y pasiva (en los que la reciben) es que sea GRACIOSA o sea dada por

PADRES GRACIOSOS

ayudada y secundada por

MAESTROS GRACIOSOS

y entre unos y otros formen para gloria de Dios, recreo del cielo y delicia de la tierra,

EL HOGAR GRACIOSO

y

LA ESCUELA GRACIOSA.

¿Y si nó?

¿Y si los padres y los maestros se obstinan en ser unos *desgraciados* o *malas sombras?*

¡Pobres niños! ¡pobres familias! ¡pobres pueblos! ¡Todos desgraciados! ¡Hogares sin fuego! ¡escuelas sin luz!

Escribo estas líneas al son de los tiros de niños y ¡niñas! de doce y catorce años, *educados* en el odio de infierno de escuelas sin Dios y sin moral, por estas regiones del norte en que me hallo hoy 6 de Octubre de 1934.

¿Y si los educandos se empeñan en no ser educados o en deseducarse después?

¡Está tan adentro y tan inabordable el fortín de la libertad, aun del niño más menudo!

Y sin contar con la libertad ¿quién y cómo educa?

Escribiendo estas líneas surgen ante mis ojos del alma legiones de madres llorosas, de padres avergonzados y tristes, de maestros comiendo el pan duro amargo del fracaso... y en frente de esa legión de contrariados y doloridos oigo carcajadas y palabrotas de orgía y huelo el vaho hediondo, a pesar de los perfumes con que se mezclan, de corruptores de almas jóvenes y aun de cuerpos tiernos..., ¡son las caravanas de los pródigos, de los Agustines que se van lejos, muy lejos a gastar dinero, salud del alma y del cuerpo, sudores y lágrimas de padres y maestros buenos viviendo lujuriosamente....!

¿Qué hacer?

Para consuelo de los que sembraron y cultivaron y no recogieron diré:

1.° Que las siembras hechas con Gracia de Dios tarde o temprano *siempre* dan sus cosechas de

virtudes, y cuando, no de virtudes, de remordimientos.

2.° Que, por tanto, si no os dejan sembrar virtudes, sembrad remordimientos.

3.° Que, por muy depravado que llegue a ser vuestro hijo que fué bueno, o sobre el que trabajásteis para que lo fuera, sabed que siempre será menos depravado que el que nunca tuvo Fe ni buena crianza.

4.° Que la oración y las lágrimas de una madre y las oraciones y los brazos siempre abiertos de un padre obran aun a distancia un misterio de atracción entre los Agustines y los pródigos.

5.° Que Padre Dios no paga nuestras cosechas por la cantidad del grano recogido, sino por las horas de trabajo y gotas de sudor y de lágrimas o de sangre con buena intención que nos ha costado.....

6.° Que por misterios de herencia, libertad, predisposición fisiológica, ambiente, temperamento e inescrutables designios de Dios y operaciones de su Gracia, salen niños buenos y aun santos a pesar de padres y maestros malos y viceversa: a pesar de padres y maestros buenos, salen niños malos.

De unos mismos padres, Adan y Eva, salen un Abel justo y un Cain fratricida.

Del Patriarca Isaac salen Jacob el fiel y Esau el enemigo a muerte de su hermano gemelo.

De los doce hijos del Patriarca Jacob, que fueron los jefes de las doce tribus del pueblo escogido, diez fueron acusados a su Padre de un *crimen*

pésimo y vendieron por envidia en unas monedas al hermano bueno José.

Del mejor Colegio que ha existido y existirá en el mundo, que fué sin duda el Colegio apostólico como fundado y dirigido por el mismo Jesús, salieron once discípulos santos y uno ladrón y traidor.

CAPITULO XIX

COMO EPÍLOGO

Permitidme presentar como Epílogo y resumen *vivido* de cuanto aquí llevo dicho de la influencia de la Gracia en la Educación

Un caso precioso de educada y educanda graciosa

No creo que razones de espíritu o de sangre me impidan hablar con serenidad de una sobrina y a la vez hija espiritual que el Corazón de Jesús tuvo a bien, y yo lo bendigo, trasladarla a vida mejor el 30 de Julio del año 1933 en Sevilla.

En esta crisis de pudor, de alegría juvenil, de cariño filial, de *juventud sana*, en una palabra, que padecemos, y en este diluvio que nos invade de frivolidades y promiscuaciones de lo más grande del espíritu, como es la Comunión, con lo más

turbio y bajo de la carne, como bailes, playas, desnudismos, cines, novelas, creo que puede servir de reactivo y desinfectante el ejemplo de unos veinte años femeninos verdaderamente vividos.

Anita María González Ruiz, (no os voy a contar una cosa extraordinaria) *ha vivido* en cada uno de esos veinte años *su vida*, como ahora se dice.

Obediencia, estudio, laboriosidad, cariño a sus padres y hermanos, asco y prescindencia absoluta de mundo y de sus diversiones y sobre todo eso y condimentándolo y avalorándolo, *piedad* de Comunión diaria, casi desde la primera Comunión, y *alegría* de mucho reir, saltar y jugar con sus hermanitos, eso fué, en la proporción que a cada año correspondía, con las mezclas consiguientes de flaqueza y limitación de nuestro barro, eso fué, repito, la vida que vivió nuestra Anita María.

Graciosa con la sal de la buena salina de su tierra, Sevilla, era para hacer reir verla tan sencilla de vestir, como limpia e inteligente de cara y radiante de mirada, sortear, poner en solfa y hasta cambiar en bien situaciones difíciles y conversaciones entre visitantes de su misma edad, pintadas hasta los dientes y empeñadas en cantarle las excelencias de la frivolidad mundana del día, o en convencerla de la necesidad de que se decidiera a *vivir su vida*, como ellas, ¡de *payasos* fingiendo despreocupación y alegría por fuera a costa de perpetuo desasosiego y roedora tristeza por dentro!

Piadosa de buena cepa, con la piedad que se mama desde que se nace, ¡con qué seriedad lleva-

ba, desde muy pequeña, su rato de meditación, de lectura y muy singularmente en el Catecismo, su Rosario en familia, sus Ejercicios internos cada año y su medalla de María de los Sagrarios-Calvarios!

¡Qué bien entendía lo que debía ser una María y cómo ansiaba con verdaderas ansias ir al pueblo de su Sagrario! Y cómo en esas visitas, singularmente al abandonadísimo de Palomares, precisamente en el mismo en que hace ya largos años presentí la Obra de las Marías, se descubrieron y desarrollaron sus aficiones, y más que aficiones, su vocación catequista que en su Parroquia de Santa María la Blanca de Sevilla hicieron de ella la Catequista idolatrada, la que yo sueño para todas mis catequesis, la que atrae y subyuga, no con premios materiales sino con la *gracia* de su buena cara y de sus buenas lecciones y la confianza en la *Gracia* del Corazón de Jesús.

Pero no he tomado la pluma para contaros una vida, sino para daros cuenta de un examen y precisamente el último examen de una vida de María y de Catequista, que encierra muy consoladoras enseñanzas.

El último examen de una Catequista graciosa

La examinada: Ana María (hacía pocos días que acababa de examinarse de su último año de carrera de solfeo y piano con las mejores notas). *La mesa del tribunal:* el lecho de su última enfermedad. *Los*

Jueces: presididos por el supremo Juez y, a la vez, buenísimo Padre nuestro, los Angeles de la enferma, de los niños por ella adoctrinados y los de su Sagrario.

Impedido de asistirla (¡Tú sabes, Jesús, con qué pena y paz te ofrecimos ella y yo este sacrificio!) por las circunstancias que me tienen, hace más de cuatro años, errante y alejado de los míos, os daré, como *acta* del examen, la relación que a petición mía sus padres y sus hermanos me transmiten.

Creo que, sin pasión de cariño, puedo afirmar que eso es una *lección práctica* extraordinariamente bella de bien morir, como corresponde a una María de verdad y a una Catequista completa. ¡Qué buen examen de Doctrina cristiana sabida, practicada y enseñada!

¡Quién iba a decirle a ella y a mí, hace dos meses, no más, que en lugar de las *ocurrencias graciosas* de sus *chavales* que me mandaba, y que yo publicaba muchas veces en la sección «De mi Catecismo» de El Granito de Arena, la ocuparía con la respuesta, de verdad graciosa, que de palabra, alma y acción ha dado al Padre celestial al recibir la muerte ¡cantando!

Ved el examen.

Me escriben desde Sevilla:

«Diecisiete días solamente ha durado la enfermedad de Anita. De estos diecisiete días sólo los cuatro últimos han revestido bastante gravedad.

El 27 de Julio por la mañana, después de haber pasado una noche de terribles dolores, el médico

de cabecera declaró que el estado de la enferma era grave y que quizás habría que proceder a una intervención quirúrgica. A la enferma no se le dijo nada, pero no obstante, no se le pudo ocultar la gravedad de su estado. Descubriólo ella misma, pues al ver la cara de su madre llena de lágrimas, preguntóle que si la tendrían que operar y que si estaba grave y, al responderle negativamente, echóse a llorar diciendo que no quería le ocultasen la gravedad de su estado, porque no tenía miedo ni a la operación ni a la muerte. Entonces dijo llamaran a su padre, que por su gesto y palabras descubriría ella si realmente estaba grave o no.

Viendo su padre que el ocultarle su estado le disgustaría y perjudicaría, le manifestó lo que el médico había dicho: que quizás tendrían que operarla. Desde entonces, quedóse completamente tranquila y muy contenta en medio de los dolores más atroces.

El 28, a las seis de la mañana, después de haber pasado más mala noche y con más y nuevos dolores que las anteriores, túvose una consulta de médicos, los que declararon que el estado de la enferma era gravísimo y que sería inútil recurrir a toda operación quirúrgica. Enseguida se pensó en prepararla para morir. Hízose, según su deseo, venir al P. La Cruz, S. J., quien le confesó y le administró el Santo Viático y la Extrema Unción, Sacramentos que recibió con una alegría y fervor más para verlo que para decirlo. Cuando el P. La Cruz acabó de administrarla le dijo la enferma:

«Padre, ¿por qué no me encomienda V. el alma? Para que vean Vds. que no es verdad eso que dicen de que el Señor viene a asustar y poner peor al enfermo; al contrario, mirad qué contenta estoy». Luego estuvo hablando con su madre y le dijo: «Mamá, ¡cuánto me alegro ahora de no haber ido en mi vida a cines ni a teatros, ni haber seguido la moda....!» También se le oyó decir: «La muerte de los cristianos es una cosa muy hermosa.» Desde aquellos momentos su único pensamiento fué el de la muerte. Empezó a no quejarse de sus dolores, porque no quería hacer sufrir a su madre, que junto a la cabecera de su enfermita lloraba sin consuelo, y prueba de esto es que muchas veces, cuando su madre no estaba presente o estaba ocupada en otras cosas, haciendo señas para que se inclinara a un hermano suyo que a su lado estaba, le decía en voz baja: «Manolo, ¡qué mala estoy! ¡cuánto sufro! Pide al Señor que me dé paciencia y no me desespere.» A su madre, besándola, le decía: «Mamá, cuando la beso se me alivian los dolores.» Al ratito de recibir los últimos Sacramentos, pidió a su hermano que le rezara el *Te Deum* para dar gracias a Dios, y a continuación empezó a hablar de la muerte y del cielo, como de cosas muy cercanas ya. Para consolar a su madre, le decía: «Mamá, ¿Vd. no estaba muy contenta, porque yo me iba a ir en Septiembre una temporadita a Madrid? Pues... ¡cuánto mejor es irse al cielo que a Madrid! Mire Vd., mamá, siguió diciendo, lo que me ha dicho el P. La Cruz: la muerte es como una taquilla en

la que se compra el billete para el cielo; ante ella están todos los hombres esperando que les llegue su turno; yo, por mi edad, debía de estar el trescientos o por ahí, y así como a uno que está tan lejos de una taquilla, si de pronto le ponen el segundo o el tercero se pone muy contento, ¿no lo he de estar yo, pues eso es lo que ha hecho conmigo el Señor: hacer que dé un salto de los últimos a los primeros? Figúrese Vd. (seguía diciendo a su madre para animarla) que la puerta de la habitación es la del cielo; mire V. qué cerquita estoy de él.» Y en verdad; estaba su madre tan desconsolada que ella misma lo notó y así se lo dijo al P. La Cruz: «Mi madre está tan abatida, que tengo yo misma que animarla.»

«Mamá, perdóneme V. y dígale a mis hermanos que me perdonen». También pidió perdón a su profesora de piano. Habiéndole dicho su madre que iba a ofrecer a Dios su vida para que el Señor le diera la salud, le dijo ella sonriéndose y haciéndole caricias: «No, mamá, no ofrezca Vd. esas cosas, que eso es malo, pues su vida hace mucha falta y la mía no hace ninguna». Aquel mismo día la visitaron unas Religiosas del Colegio en que se había educado y, como le preguntasen a qué Santo quería que pidieran por su salud, ella les contestó que a cualquiera; pero como las Religiosas insistieran en preguntarle les respondió: «Pedid al Santo de los Santos». Por la tarde fueron algunos de sus hermanos para pedir al Amo por su querida enfermita y, antes de que se fueran, dijo a uno de sus hermanos

pequeños: «Pedid al Señor que me dé paz y fortaleza para sufrir y que me mande todos los males y sufrimientos que El quiera, pero que me dé mucha paciencia». Era esto de la paciencia su preocupación tan continua, que muchas veces preguntaba y decía a los que le rodeaban: «¿Perderé la paciencia? ¿Me desesperaré? Pedid al Señor que me dé paciencia».

El día 29 disminuyeron algo los dolores del vientre a primera hora de la mañana, pero el Señor quería probarla con el sufrimiento hasta última hora; le envió unas ansias y fatigas horribles, junto con una sequedad, aspereza y mal gusto de boca que le hacían pedir agua continuamente. La respiración se le hacía ya algo fatigosa. Fué aquel día en que todos creíamos que se moría. Las fatigas iban aumentando y lo que más le molestaba era el no poder vomitar, a pesar de tan grandísimas ansias. El sufrimiento era terrible. Una vez, mirando a los que le rodeaban y viendo cómo todos pedían insistentemente por su salud, dijo: «No pidáis para mí la salud, ni la muerte, sino resignación y algo más». Al preguntarle un hermano suyo qué era ese algo más, respondió sonriente: «¡Si el Señor quisiera darme un poquito de alegría en los sufrimientos!» Aquel día aumentó el dolor del vientre por lo que una tía suya intentó ponerle agua bendita, pero ella no quiso y temiendo después la enferma que a su tía le hubiese extrañado su negativa dijo a su madre: «Mamá, que no he querido dejarme poner agua bendita, porque no quería que se me

quitara el dolor, para poder sufrir más por Dios». Viendo que la hora de su muerte se acercaba, y con la tranquilidad que su alma, ya dispuesta, le daba, pensó en preparar sus cositas. «Mire Vd., mamá, dos encargos solamente tengo que hacerle: El primero que de las cartas de tito Manolo (director espiritual suyo) se encargue Vd. de ellas y las queme; y el otro que el dinerillo que tengo yo de mi día sea para sufragios por mi alma y lo que sobre se lo den a Andrés,» y añadió sonriendo: «Ese es mi testamento». (Este Andrés es un niño de su Catecismo al que ella favorecía mucho, porque no tenía que comer por estar su padre sin trabajo). Uno de sus hermanos le preguntó: ¿Cómo te encuentras? «En cuanto al alma muy bien», le respondió. Recibía con mucha fe y devoción las reliquias que le aplicábamos para curar o mitigar sus grandes dolores.

Aquel mismo día manifestó deseos de recibir la bendición de María Auxiliadora y como se esperaba que muriese de un momento a otro, hízose venir a un Padre Salesiano que se la dió y además le impuso una religuia de D. Bosco consistente en un pedacito de su carne. Preguntó a uno de sus hermanos qué tenía ella que hacer para salir del Purgatorio al sábado siguiente.

La noche del 29 al 30 durmió un poquito, como una hora poco más o menos; a las 2 despertó otra vez con las fatigas y volvió a repetirle a su hermano que allí estaba: «Manolo, ¡qué malita estoy! Yo me muero». No obstante, a la mañana siguiente

(Domingo día 30) amaneció más tranquila. Las fatigas desaparecieron, aunque no por eso dejó de devolver y de sentir la gran sequedad de boca y garganta por falta de secreción de las glándulas salivares. Animóse ella un poquito al sentirse sin fatigas. Lavóse la cara y los dientes, le arreglaron el pelo; los labios se le pusieron muy rojos por efecto del agua salada con que casualmente se lavó. Su aspecto era mejor. Mostró deseos de que la viera el doctor Royo y se le llamó por darle gusto. Vino el doctor y la encontró lo mismo de grave, aunque, según decía, tenía el pulso algo más rehecho. Esto nos dió un poquito de esperanza. Ella, al sentirse algo mejor y vernos a todos más animados, dijo a sus padres: «¡Vaya! ¡Vais a recobrar a vuestra chica!» Y volviéndose a su madre, que había hecho promesa de no comer dulces en toda su vida, le dijo: «Mamá, lo que yo siento es que no va Vd. a comer más dulces». A las once de la mañana un hermano suyo viéndola mejorcita se fué al Catecismo y, cuando volvió tuvo, para complacerla, que darle cuenta detallada de todo, pues su celo y entusiasmos teníalos consagrados al apostolado catequístico. Cerca del medio día le llevó otro hermano una rosa de la tumba de Pío X, que su tío, le enviaba desde Madrid por conducto de unos señores Sacerdotes, junto con una estampita con oraciones a dicho Pontífice y su retrato. Se le dijo que debía tomar parte de la rosa y mostró un vehemente deseo de hacerlo enseguida. A esto, entró su padre con la estampita de

Pío X y todos los presentes de rodillas rezaron la oración impresa en ella. A continuación tomó su padre la rosa y partió tres pedacitos en reverencia de la Santísima Trinidad y, echándoselos en un poco de agua, se los dió a Anita, que los tomó muy devotamente. Todo esto le produjo sin duda un gran consuelo.

Aquella mejoría fué la mejoría de la muerte, como suele decirse, pues a las tres de la tarde empezó a subirle la fiebre de modo extraordinario. Poco después de las cuatro empezó a decir algunas incoherencias mezcladas con frases o conversaciones normales. A eso de las nueve llegó el P. La Cruz y, entonces, estaba ya ella en pleno delirio. Entró el Padre y estuvo un rato a solas con ella. Al salir dijo el Padre que la habia encontrado en estado de perfecto juicio, contestando muy acorde a cuanto él le preguntó y haciéndole ella a su vez preguntas que revelaban la mayor lucidez, habiendo vuelto a reconciliarse. Estando el Padre fuera del cuarto, contándonos ésto, volvió a delirar Anita. Alternaba entre grandes congojas y extremada alegría llegando en este último caso a palmotear con fuerzas. Pero lo notable y hermoso, aún dentro del contraste que formaban las circunstancias, fué cuando con una voz potentísima y muy firme, a la vez que dulce, cantó varias coplas a la Stma. Virgen, como: «¡Oh María, Madre mía, oh consuelo del mortal!, amparadme y guiadme a la patria celestial», y esta seguidilla: «A la Virgen del Carmen quiero y adoro, porque saca las almas del Purgatorio». Cantó también: «¡Viva María, viva el Rosario, viva Santo Domingo, que lo ha fundado!» Empezó a cantar el himno del Papa: «Firme la voz, serena la mirada...» La lucha con el demonio debió ser grande, aún en el acceso de locura, pues mirando fija a un sitio decía: «El demonio», y se estremecía. «¡Qué horror! ¡Vete, vete!» y dando un grito fortísimo dijo: ¡¡¡Viva Cristo Rey!!! Y todos espontáneamente respondieron: ¡Viva! Y volvió a decir: «¡Ave María Purísima! ¡Muera el pecado!» Después dijo aquellas palabras del Evangelio: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!» Dijo además por tres veces con voz potente: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía». Después de un rato de delirio, en que forcejeaba por salir de la cama y pedía ropa para vestirse, volvió en sí y dijo muy triste: «¡Ay! ¡Cuando yo le escriba a tito Manolo y le diga la ejemplaridad con que estaba llevando esto... y ahora cómo estoy...!» Y sonriéndose añadió: «Pero, no, no tengo yo la culpa... ha sido un acceso de locura. La paciencia, la paciencia», decía ella. Y uno de los presentes añadió: todo lo alcanza. Y entonces ella prosiguió el conocido verso de Santa Teresa y dijo: «Quien a Dios tiene», y respondiéndole: Nada le falta, «Solo Dios basta», terminó ella. Entonces, volviéndose a su padre y abrazándolo, le decía: «Papaito, Papaín, mi niño chiquito».

A continuación abrazó a uno de sus hermanos, sin quererlo soltar. El empezó a hablarle de lo contento que el Señor estaba con ella y de lo mucho

que la quería, pues tan duramente la probaba, y ella a todo respondía: «¡Sí, sí; es verdad!»

La muerte avanzaba rápidamente. Eran ya las 10 de la noche. La enferma casi no podía ya hablar, solamente se le oyó hacer un acto de perfecta contrición: «Dios mío, perdonadme lo que os haya ofendido; os amo, os adoro: tened misericordia de mí». Y a continuación hizo la Comunión espiritual que le había enseñado desde pequeñita una tía suya: «Creo, Jesús mío, que por mi amor estáis en el Santísimo Sacramento, os amo sobre todas las cosas y deseo recibiros; pero, como ahora no puede ser sacramentalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón y, como si ya hubiérais venido a mí, os abrazo y me uno a Vos». Estas fueron las últimas palabras que distintamente se le oyeron. Poco después parece que decía, con voz casi imperceptible: «El agua se ha perdido». Esto se lo hacía decir la continua y espantosa sequedad de su garganta, pues casi continuamente su madre le introducía en la boca el pico de un pañito empapado en agua. Todavía estuvo como un cuarto de hora sin hablar, mirando vagamente a los que le rodeaban, hasta que entró en agonía.

Empezó ésta a las diez y cuarto y duró tres cuartos de hora. Un hermano suyo le hizo la recomendación del alma, mientras acudía el señor Cura que ya había sido llamado. Llegado el señor Cura, le dió la absolución de nuevo; rezóse el Santo Rosario y los Salmos de Horas menores de Dominica y, a las once y cinco, o poco más, murió. Era

el Domingo, 30 de Julio del Año Santo de 1933 en el décimo nono centenario de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en cuya compañía, con fundada confianza, la creemos gozando la Bienaventuranza, y rogando por los suyos, a quienes tanto amó y de quienes tanto mereció ser amada.

Tenía al morir la edad de 20 años.

NOTA.—El día 28 recibió el Santo Viático y continuó comulgando el 29 y el 30.

Nota simpática: Durante todo el día 31 en el que estuvo Anita de cuerpo presente desfilaron ante su cadáver centenares de personas. Llamaron en gran manera la atención los niños y niñas del catecismo adonde ella iba. ¡Cuánto lloraban todos al ver el cadáver de su querida «Señorita»! Hubo una niña de unos ocho añillos que no quería irse de la sala donde estaba el cadáver, y allí permaneció gran rato llorando y rezando. Estos mismos niños, al día siguiente, se presentaron en la casa con 11 pesetas y media que habían reunido entre todos para Misas por la «Señorita». Fué un rasgo de cariño muy hermoso, si se considera la extremada pobreza de la mayoría de estos niños. ¡Dios sabe cómo se las valdrían algunos para contribuir con sus cinco, diez, veinte, treinta céntimos... y hasta con una peseta!

Otro rasgo fué el ir muchos chiquillos corriendo hasta el Cementerio, para acompañar a su Catequista, y hubo uno que se colocó en el último lugar de la larga fila de hombres que iban dando la «cabezada», después del entierro, y realmente cons-

tituyó la presentación oficial y solemne del Catecismo en el duelo, según frase del P. La Cruz.»

¿Qué os parece la lección y el examen de María y de Catequista?

¡Con qué ganas pondría yo el *Sobresaliente y Matrícula de honor* al pie de ese acta de examen brillante de Doctrina cristiana práctica, de paciencia llevada al heroísmo, de cariño finísimo a sus padres, hermanos y cuantos la rodeaban, de limpieza, dominio y paz de alma, de olvido de sí, de devoción confiada al Corazón de Jesús Sacramentado y a la Madre Inmaculada y de alegría que canta y dice hasta chistes (a lo San Lorenzo) en el mismo trance de la muerte!

Corazón bueno de Jesús, ponle Tú el *Sobresaliente* de la *Gloria* a nuestra Anita, como con lágrimas en los ojos y gozo y dolor en el corazón, te pedimos y lo esperamos.

APÉNDICE

No me ha parecido fuera de propósito trasladar aquí, siquiera como apéndice y como auxiliar del educador *con gracia* el

CÓDIGO DE COSTUMBRES CRISTIANAS,

que compiló mi inolvidable P. Vacas (q. s. g. g.) Director espiritual de mi Seminario de Sevilla. ¿No son fórmulas inspiradas y llenas de la Gracia de Dios y de la tierra de generaciones cristianas? Un pueblo que olvida o desprecia sus costumbres, y por añadidura amasadas con lágrimas, sudores y hasta sangre de sus antepasados, merece ser y llamarse *desgraciado* en todos los sentidos.

1.ª Al entrar en las casas, decir «Alabado sea Dios» o «Ave María Purísima» y responder «Por siempre sea alabado» o «Sin pecado concebida».

2.ª Al despedirse o saludar de paso, decir «Con Dios» y responder «Vaya usted con Dios», y no «Abur, hasta luego, hasta ahora», etc.

3.ª Cuando sea ocasión, no decir sólo «Buenos días» o «Buenas noches», sino «Dios le dé a usted buenos días», etc. Y aún mejor sería decir «Santos y buenos días nos dé Dios», etc., lo cual significa que no sólo se desea que lo pasen bien en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al alma.

4.ª Si hay que decir «Hasta la tarde» o «Hasta la noche», añadir «Si Dios quiere».

5.ª Al recibir un obsequio o favor cualquiera, significar nuestro agradecimiento diciendo «Dios se lo pague a usted» y no simplemente «Muchas gracias».

6.ª Pedir los pobres limosna diciendo «Una bendita limosna por amor de Dios» y besar el pan o lo que se les dé, añadiendo «Dios se lo pague a usted». Así mismo, el que da limosna, besarla antes; y si no puede darla, decir al pobre «Hermano, perdone usted por amor de Dios.»

7.ª Si hay que nombrar a nuestros difuntos, decir «Mi padre que esté en gloria» o «Mi madre que santa gloria haya».

8.ª Tener agua bendita en casa y usarla al acostarnos y levantarnos.

9.ª Poner nombres de santos a las fincas de utilidad o recreo.

10. Bendecir los padres a los hijos en muchas ocasiones, ya de palabra, ya haciendo sobre ellos la señal de la santa cruz, particularmente cuando van a tomar estado, emprender un largo viaje, etc.

11. Confesar en el noveno mes las mujeres que están en cinta, y después de dar a luz, no salir sin haber ido antes a Misa.

12. Los enfermos que han padecido larga enfermedad, ir a la Iglesia, y oir, si pueden, la Santa Misa, la primera vez que salen a la calle.

13. Cesar toda enemistad cuando entra el Santo Viático en casa de alguno de los enemistados.

14. Llevar siempre consigo alguna señal de cristiano, como rosario, escapulario, medalla, etc.

15. Tener cuadros con imágenes o asuntos religiosos, no sólo en la habitación de dormir, sino en el despacho, recibidor, etc.

16. Rezar cuando tocan al *Angelus*, Animas, Santo Viático, Agonía, Muerto, Fuego, etc.

17. Ir rezando en los entierros, y entrar en la iglesia durante el Oficio y Misa de difuntos.

18. Visitar el Cementerio, orar allí por los difuntos, y si se presencia el acto de enterrar algún cadáver echar un puñado de tierra en la sepultura, besándola primero.

19. En los cortijos enseñar la Doctrina Cristiana a los niños, y rezar, por las noches el Santo Rosario.

20. Bendecir la mesa antes de comer, y dar gracias después, rezando siquiera un «Padre nuestro».

21. No tocar instrumentos músicos por sólo gusto, ni cantar canciones profanas durante la Santa Cuaresma.

22. Asistir al Santo Rosario, que se reza en la parroquia, o rezarlo en casa con la familia, y procurar que salga el de la Aurora.

23. Confesar todos los enfermos al entrar en los hospitales, y en las casas a los tres días de calentura.

24. De ordinario, no despedir a un inquilino sino por mala paga, o por mal vivir.

25. Decir Jesús en los peligros, como al ver un relámpago, estornudar, etc.

26. Tocar o hacer una señal especial la campana de la Parroquia en la noche que precede al día de huelga.

27. Poner una cruz al principio de todo escrito como cartas, apuntes, solicitudes, etc.

28. Hacer la señal de la santa cruz la nodriza o madre al fajar por primera vez al niño, y la hornera al cerrar el horno.

29. Santiguarse al salir de casa, principiar el trabajo, emprender un viaje, bañarse, etc.

30. Poner la santa cruz sobre las casas, chozas, almiares, etc., y los albañiles en el palo más alto de las obras.

31. Hacer una cruz sobre la levadura, y el carnicero con el cuchillo sobre el animal que va a matar.

32. Cantar el *Santo Dios* los segadores y demás hombres del campo al principiar sus trabajos, y el *Bendito* al concluirlos.

33. Poner una cruz en el sitio en que alguno murió violentamente.

34. Rezar un «Padre nuestro» cuando se ve una de estas cruces, y dejar al pie de ellas una piedrecita, en testimonio de haber hecho esta obra de misericordia.

35. Tener en las casas un cirio o farol para acompañar al Santo Viático.

36. Llamar al que va vendiendo por la calle, diciéndole «Hermano»; y «Tío» si es de más edad que nosotros.

37. Decirse de «Usted» los compadres y comadres, aun cuando antes de serlo se tuteasen.

38. Llamar al pan gracia de Dios, y besarlo cuando se recoge del suelo.

39. No salir a la calle el domingo, en que por cualquier motivo no se ha podido asistir a la Santa Misa.

40. Ofrecer las primicias al Señor, y colocar en las pilas del agua bendita de la parroquia, ya las mejores espigas, ya los más hermosos racimos de uvas o ramos de aceitunas, etc.

41. Distribuir el tiempo por las fiestas religiosas, diciendo desde Navidad a San Juan, por los Santos, por San Miguel, etc.

42. Usar refranes con fórmulas o expresiones cristianas, como más callado que en Misa, Navidad cayó en Agosto, etc.

43. Llamar judío al que escupe a otro en la cara, y hereje al que hace actos que revelan dureza de corazón.

44. Bautizar a los niños dentro de las primeras veinticuatro horas, y no besarlos hasta que están bautizados.

45. Asistir nueve días seguidos a la casa donde ha muerto algún amigo, y no para estar en tertulia, sino para rezar.

46. Sacar luces a las puertas, ventanas o balcones cuando pasa el Santo Viático de noche, y rezar un Padre nuestro por el enfermo.

47. Saludar a los sacerdotes descubriéndose, aun cuando no sean amigos o conocidos, y si se les habla, besarles la mano.

48. Besar también la mano a los padres, ya al acostarnos por la noche y levantarnos por la maña-

na, ya después de comer, ya cuando se vuelve del colegio, etc.

49. Tocar en la parroquia la agonía, no cuando ya ha muerto uno, sino cuando está agonizando, para que el pueblo pida a Dios por él.

50. Tomar parte con devoción en las peregrinaciones, cofradías, procesiones, etc., y ayudar algunas veces la Santa Misa.

51. Honrarse con tomar a su cargo algún altar o imágen de la parroquia para cuidar de sus ropas, ornato, aseo, etc.

52. Estar de rodillas en la Santa Misa, desde el principio hasta el Evangelio, y desde el *Sanctus* hasta consumir.

53. Bendecir las casas nuevas o nuevamente arrendadas, el lecho nupcial, frutos del campo, etc.

54. El día de San Antonio Abad, bendecir pan y distribuirlo hasta en los pobres animales.

55. En los molinos de aceite, tahonas, norias, etc., para que principie a andar la bestia que tira, decir: «Dios por delante», y para detenerla, «Ave María».

56. Ir las mujeres a la Iglesia con vestidos negros u oscuros, y bien cubierta la cabeza.

57. Rezar las familias el Santo Trisagio los domingos, y asistir los viernes al Vía-Crucis.

58. Decir el *Bendito* al vestirse por las mañanas, principalmente al ponerse ropa limpia.

59. Rezar algo por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse, haciendo además breve examen de conciencia.

60. En los cumpleaños o fiestas del santo de nuestro nombre, invitar a comer a un pobre en representación de Jesucristo.

61. Los domingos visitar enfermos en su casa o en el hospital, y a los infelices encarcelados, llevándoles, si se puede, alguna limosna.

62. Inclinar con reverencia la cabeza cuando se nombra al Santísimo Sacramento del altar.

63. Rezar privadamente, y algunas veces en la Iglesia con los brazos abiertos en forma de cruz.

64. Tomar palmas benditas el Domingo de Ramos, y ponerlas en los balcones, en testimonio de fe y devoción.

65. Recibir la ceniza el Miércoles de este nombre, llevando los padres a sus hijos y los maestros a sus discípulos.

66. La Nochebuena no cobrar la cena en las posadas. Y el día de Navidad, vestir algún niño pobre.

67. Llevar los niños enfermos a los sacerdotes para que reciten por ellos algún Santo Evangelio.

68. Asistir a misa Mayor los niños de las escuelas, bajo la dirección de sus maestros; y los Domingos de Cuaresma ir en procesión por las calles, cantando la Doctrina Cristiana.

69. Cruzar las manos a los cadáveres, colocando entre ellas un Crucifijo.

70. Niños y adultos, examinarse de Doctrina Cristiana antes de confesar para cumplir con la Iglesia.

71. Hacer la señal de la Santa Cruz los médicos antes de principiar una operación arriesgada.

72. Santiguarse los mineros al descender a los pozos de las minas.

73. Besar el suelo, y recorrer de rodillas en el interior de las iglesias.

74. Darse golpes de pecho al decir la confesión y el acto de contrición, así como cuando se adora al Santísimo Sacramento.

75. Poner en las fachadas de las casas la hermosa inscripción: «Ave María Purísima».

76. Cuando los cazadores de liebres cogen la primera, rezar juntos un Padre nuestro y Ave María por las benditas Animas.

77. Esparcir juncias, yerbas olorosas y flores en las calles por donde ha de pasar alguna procesión.

78. No bañarse por gusto, hasta pasada la fiesta de Ntra. Sra. del Carmen.

79. Reunirse toda la familia en casa del más anciano de ella la noche de todos los Santos y la de Navidad.

80. Dar la señora de la casa la bendición al pozo que se principia, pidiendo a Dios que se encuentre pronto agua, y que no ocurran desgracias.

81. Hacer públicamente y muchos reunidos el Vía-Crucis los viernes de Cuaresma desde la salida de los pueblos, hasta el sitio llamado el Calvario.

82. Llevar las señoras al cuello una cruz de oro o plata, según su posición.

83. Asistir a la iglesia con libros piadosos, principalmente Misal o devocionario, para atender mejor a la Santa Misa.

84. Tomar la Santa Bula a los criados permanentes de las casas, y procurar que tengan Catecismos y objetos piadosos.

85. Acercar los ganados al pueblo el día de San Antonio Abad, para que los bendiga el Párroco.

86. Decir los colmeneros «Ave María» cuando llegan al sitio donde están las colmenas que van a castrar, y santiguarse al dar principio.

87. Colocar en las fachadas de las casas alguna imagen del Señor, de la Santísima Virgen o de un Santo, y encenderle luz por las noches.

88. Decir «Ave María» el molinero cuando lleva el primer viaje de aceituna molida al maestro que prepara el cargo; y «con Dios» cuando deja el último: respondiéndole el maestro «vaya con Dios».

89. Cuando en los molinos de aceite se concluye la faena del día, dice el maestro el *Bendito* y todos lo rezan con él.

90. Decir Jesús al llevarse la primera cucharada de comida a la boca.

91. Santiguarse los que venden con las primeras monedas que reciben, y los pobres con la primera limosna del día.

92. Profesar especial devoción a los santos que han tenido las mismas ocupaciones que nosotros, como los zapateros a San Crispín, los plateros a San Eloy, los herreros a San Baldomero, los vendimiadores a San Ginés, etc., etc.

93. Rezar las cocineras tres credos mientras pasan los huevos por agua.

94. Rezar el *Bendito* al encender la primera luz por la noche.

95. Al abrir por primera vez las puertas, ventanas o balcones por la mañana decir: «Bendita la luz del día y el Señor que nos la envía».

96. Al tocar el *Angelus* acudir los niños al lado de sus padres para rezarlo con ellos.

97. Rezar las costureras un Padre nuestro a las Animas benditas, cuando concluyen una prenda.

98. Cuando consume el sacerdote que dice la Santa Misa, rezar los fieles un Padre nuestro por los sacerdotes difuntos.

99. Cuando al llamar en una puerta, preguntan, «¿quién es?»: no responder «abrir», sino «paz», que es más cristiano y español.

100. Encomendarse a aquellos santos que han padecido o curado las penas y enfermedades que nosotros sufrimos.

101. Cantar los serenos «Ave María Purísima» antes de anunciar la hora durante la noche.

102. Poner los objetos pequeños que se encuentran, como pañuelos, etc. en la pila del agua bendita de la parroquia.

103. Descubrirse o santiguarse al pasar por delante de la puerta de una Iglesia, imágenes públicas, cruces, etc.

104. Rezar las familias el Santo Trisagio cuando hay tormenta y encender una vela de *tinieblas*.

105. Ayunar los sábados o hacer alguna otra

obra de piedad en obsequio de la Santísima Virgen.

106. Hacerle a los novillos la señal de la cruz con el frontil, la primera vez que se les pone para domarlos.

107. No principiar por las mañanas las labores del campo hasta que el aperador dice «Vamos en gracia de Dios», ni concluir hasta que dice también en voz alta «Ave María».

108. Poner alguna imagen de San Cayetano en las despensas, bodegas y demás sitios donde se conservan provisiones.

109. Rezar el responsorio de San Antonio cuando se busca un objeto que se ha perdido.

110. Ofrecer algo a las Animas benditas cuando deseamos despertar a hora determinada y no tenemos quien nos llame.

111. Pedirle a San José que nos proteja en la hora de la muerte, a San Rafael en los viajes, a San Juan Nepomuceno contra las malas lenguas, etc.

112. Varios días antes de Navidad hacer la *Jornadita* en familia, y cantar villancicos delante del Misterio o Nacimiento.

113. El último día del año, reunirse las familias y amigos para sortear los santos a quienes hemos de tener por patronos en el venidero.

114. Tocar en las parroquias treinta y tres campanadas los viernes a las tres de la tarde, para recordar a los fieles la agonía del Señor.

115. Llamar hermano de Dios, al Cofrade del Santísimo Sacramento.

116. Descubrirse y rezar un Credo, cuando

anuncia la campana de la parroquia que están elevando a Dios en la Misa mayor.

117. Tener colgada a la cabecera de la cama la vela del Rosario, que nos han de poner en la mano durante la agonía.

118. Decir los pescadores al tomar los remos para principiar su faena: «Jesús y adentro.»

119. Los barqueros, al dar el primer viaje por la mañana, decir «vamos con Dios».

120. Cuando han de dar a luz las que están en cinta, encenderle una vela bendita a San Ramón.

121. Acostarse y levantarse temprano.

122. Vestirse de gala, pero con modestia cristiana, el Jueves Santo, y de luto el Viernes.

123. Visitar los Sagrarios el Jueves Santo, los padres con los hijos, los jefes con sus dependientes, y dar abundantes limosnas por manos de los hijos pequeños.

124. Honrarse los labradores y cosecheros de vinos de poder ofrecer a la Parroquia las primicias de sus frutos para el Santo Sacrificio.

125. Procurar que lo primero que aprendan los niños sean cosas cristianas, como señalar al Cielo al preguntarles «¿Dónde está Dios»?, etc.

126. Ofrecer las señoras por reverencia a los sacerdotes la acera de la calle, y ponerse de pie cuando se recibe su visita.

127. Hacer, con el permiso debido, promesa de vestir algún hábito, como el de Nuestra Señora del Carmen, de los Dolores, etc.

128. Saludar, descubriéndose, a las primeras autoridades porque representan a Dios.

129. En Navidad y fiestas de los santos respectivos, hacer algún obsequio al párroco, confesor, médico y maestro por reverencia y agradecimiento.

130. Decir en los sucesos prósperos «Gracias a Dios», etc.

131. En los adversos «Vaya por Dios» o «Sea por amor de Dios», etc.

132. En las admiraciones «Bendito sea Dios», etcétera.

133. En las súplicas vehementes «Por amor de Dios» o «Por los clavos de Cristo», etc.

134. En los deseos, en vez de decir ojalá «Dios quiera que suceda esto o aquello».

135. Cuando puestas las diligencias debidas no resulta lo que pretendíamos, decir «No ha querido Dios».

136. Decirles a los pobres para consolarlos: «El pedir no es deshonra, que Dios pidió también».

137. Para consolar a los que padecen, decirles: «No se apure usted, más sufrió Dios por nosotros».

138. Pedir limosna los pobres a los sacerdotes, diciéndoles: «Padre de almas, una bendita limosna por amor de Dios».

139. Cuando sabemos que alguno nos ha hecho algún daño, decir con sinceridad: «No se lo tome Dios en cuenta».

140. Si alguno se permite bromas con las cosas de religión, cultos, etc., decir: «Con las cosas de Dios no se juega».

141. Al referir una muerte trágica o pronta, decir: «El pobre murió sin decir Jesús».

142. Al referir una muerte de algún amigo o conocido, exclamar: «Dios lo haya perdonado» o «Dios lo tenga en su gloria».

143. En los padecimientos, decir al quejarse: «¡Ay, Dios mío!» o «¡Ay, Virgen Santísima!», etc.

144. Tocar en los cuarteles la oración del *Angelus*, y durante dicho acto estar los señores oficiales y soldados en actitud de saludar.

145. Al pasar diariamente lista en los buques de guerra, y responder el último marino «presente», añadir «Viva la Virgen».

146. Cuando una familia muda de casa, llevar lo primero a la nueva una imagen de San Rafael, o de otro santo de especial devoción.

147. Al trasegar en las bodegas el vino desde el *tintero* a las botas, decir al sacar la primera jarra: «La primera a Dios».

148. No fumar los hombres desde que cesan las campanas el Jueves Santo, hasta que tocan a *Gloria*.

149. Consagrarle a Dios los últimos momentos del año y principiar el nuevo rezando el Credo.

150. Tener en las casas luz encendida ante alguna imagen de especial devoción.

151. Ofrecer para los altares las primeras y más hermosas flores de los jardines y macetas.

152. Al llamar en el torno de algún convento, y oir que dicen «*Deo gratias*», responder «A Dios sean dadas».

153. Adornar las cruces el día 3 de Mayo, no sólo las que se tienen en casa, sino las que hay en las plazas y calles.

154. Hacer con tiempo y forma muy cristiana testamento, dejando legados píos, limosnas y Misas, según la posición.

155. Hacer también testamento espiritual, según la fórmula de San Carlos Borromeo.

156. Dar con espíritu cristiano aguinaldos por Pascua de Navidad.

157. Las personas acomodadas tirar dinero en los bautismos de sus hijos, en agradecimiento de que ya son cristianos.

158. Ir a la Iglesia antes de emprender un viaje y cuando se regresa.

159. Rezar algo desde el punto en que se ve por última vez el pueblo cuando se sale de viaje y cuando se regresa.

160. Al volver los niños del colegio o escuela, besarle la mano a sus padres y a las personas mayores.

161. Cuando se oye referir alguna falta, decir: «Dios nos libre de un mal pensamiento» o «Dios nos tenga de su mano».

162. Al llegar donde hay varias personas, saludar en general diciendo: «Dios guarde a ustedes» y responder «Venga usted con Dios».

163. Encomendarse a las oraciones de los sacerdotes y personas de reconocida piedad.

164. En la recolección de aceitunas decir el

manijero al salir con las mujeres por la mañana: «Vamos en gracia de Dios».

165. Cuando nos exigen algo sin razón, responder: «Dios no nos pide tanto».

166. Para aconsejar confianza en la Divina Providencia, decir: «Hagamos lo que esté de nuestra parte, y después sea lo que Dios quiera».

167. Cuando en las familias hay contratiempos, o enfermedades, mandar celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

168. En los pueblos que tienen muchos vecinos repartidos por el campo, dejar que paste libremente la caballería que sirve al Párroco para llevar el Santo Viático a los enfermos.

169. Cuando se principia a podar una viña, rezar el capataz un Padre nuestro a San José, y al concluir, otro a las Animas benditas.

170. Hacer la panadera la señal de la Santa Cruz sobre la harina al principiar a amasar.

171. Cuando pasa un barco delante del Santuario de Regla, en Chipiona, rezar los marineros de rodillas una Salve a la Santísima Virgen.

172. En las salinas, cuando cargan un barco de sal, contar la primera palada diciendo: «La primera a Dios».

173. Los barcos que entraban en el puerto de Sevilla, saludaban con la bandera a la Virgen del Carmen que se veneraba en los Remedios.

174. Al suspirar decir generalmente: «Ay Dios mío!» o «¡Ay Jesús mío!»

175. Cuando se encuentra en el campo la Santa Cruz, tocarla y besar la mano después.

176. En la Cárcel, cantar los presos, reunidos en el patio, los sábados por la tarde, una Salve a la Santísima Virgen. Y cuando amenaza tormenta el *Santo Dios*.

177. Decir Jesús antes de beber algo entre comidas, sea por gusto, sea por medicina.

178. No necesitar Registro de propiedad, por ser suficiente garantía de haber comprado o vendido la palabra como cristianos.

179. Bastar la señal de la Santa Cruz como prueba de haber satisfecho una obligación. Por ejemplo, cruzar en las oficinas de contribuciones al que ya había pagado.

180. Cuando en los puertos de mar se sienten grandes borrascas, ir las madres, esposas e hijos de los pobres pescadores a la escuela, y llevar los niños a la ermita de la Virgen, cantando las Letanías de Nuestra Señora.

181. Desde que cesan las campanas el Jueves Santo hasta que tocan a Gloria, no permitir las autoridades que transiten carruajes por las calles, que se toquen instrumentos de recreo, voceen los vendedores, etc.

182. El Viernes Santo, estando el Rey de rodillas para adorar la Santa Cruz, presentarle el ministro de Gracia y Justicia dos o tres causas de reos sentenciados a muerte para que los perdone.

183. Firmar los notarios los documentos públi-

cos haciendo la señal de la Santa Cruz, en testimonio, y como suprema razón de ser verdad lo que aseguran.

184. Bendecir la tierra el sembrador de trigo, antes de principiar su importante trabajo.

185. No estrenar un coche las familias acomodadas hasta que haya servido para llevar el Santo Viático a algún enfermo.

186. Al ver un cadáver, descubrirse, y rezar un Padre nuestro en sufragio por su alma.

187. Cuando se le pregunta a un niño como se llama, decir su nombre, añadiendo: «Para servir a Dios y a usted».

188. Si por desgracia se oye una blasfemia, decir: «Alabado sea Dios, Jesucristo o la Santísima Virgen», según haya sido la ofensa.

189. No poner nombres de Santos a los pobres animales.

190. No permitir los padres a los hijos que les hablen de tú.

191. Pedir de rodillas la bendición a los nuevos sacerdotes y besarles las palmas de las manos.

192. En el santo tiempo de Cuaresma dejar los amos a los criados un día de huelga, para que vayan a cumplir con la Iglesia, pagándoles el jornal.

193. Salir a cazar los jóvenes del pueblo el segundo día de Pascua de Navidad, y lo que reunen, rifarlo o venderlo para las Animas.

194. Decir los yernos y las nueras padre y madre a los suegros, en consideración y reverencia al Sacramento del Matrimonio.

195. No adornarse las mujeres la cabeza con flores, durante el Santo tiempo de Cuaresma.

196. Para dar el pésame por causa de muerte decir: «Dios le dé a usted salud para hacer bien por su alma» o «Salud para encomendarlo a Dios».

197. Procurar los amos que sus criados santifiquen las fiestas, pagándoles el jornal.

198. En las escuelas y colegios rezar el profesor con los niños el Santo Rosario los sábados por la tarde.

199. Al volver de la parroquia de bautizar un niño, entregárselo la madrina a la madre, diciéndole: «Me lo dió usted *moro* y se lo devuelvo cristiano», y responder la madre: «Que lo sea bueno, y que Dios se lo pague a usted.

200. Cuando en el cortijo ha concluído el casero de hacer las migas, llamar a los gañanes en alta voz diciendo: «Alabado sea el Santísimo Sacramento».

201. Al principiar los trabajos de vendimias en los lagares decir el capataz: «En nombre sea de Dios».

202. Del primer aceite que se saca en los molinos, ofrecer un poco para la lámpara del Santísimo Sacramento.

203. Del primer trigo del año hacer un pan más grande que los ordinarios y repartirlo entre los pobres.

204. En las bodegas de aceite hacer una cruz sobre las tinajas empotradas en el suelo.

205. Bendecir la almadraba antes de dar principio a la pesca.

206. Hacer los pastores la señal de la cruz sobre la leche, cuando le mezclan el cuajo para hacer el queso.

207. Cuando en las casas hay uno de cuerpo presente, pero no está a la vista del público, levantar el rodapié del balcón, para que los transeuntes le encomienden a Dios.

208. Al verse libre de un mal, decir: «Por la misericordia de Dios no me ha ocurrido tal cosa».

209. Principiar a confesarse diciendo: «Padre y Juez de mi conciencia», y concluir con estas palabras: «Padre, me parece que por la divina misericordia, no tengo más de que acusarme».

210. Subastar entre los jóvenes del pueblo el honroso derecho de llevar las imágenes en las procesiones.

211. Llevar en el palo mayor o en otro sitio principal de los barcos la imagen de la Virgen del Carmen o la del Patrón del pueblo de donde procede.

212. Al salir de la barca los pescadores de copo, decir todos: «Viva la Virgen del Cármen».

213. Al echar el copo decir los pescadores: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

214. Al volver a sus casas los niños que han hecho la primera confesión, ponerse de rodillas con

las manos juntas delante de sus padres y pedirles perdón. Y los padres dar un día de campo o merienda a la familia.

215. Al volver los pescadores después de una fuerte y peligrosa borrasca, pedir de puerta en puerta limosna para mandar decir una Misa a la Santísima Virgen del Carmen.

216. No terminar la recolección de aceitunas por la tarde hasta que el manijero dice: «Ave María».

217. Cuando hay peligro de que se pierdan las siembras, hacer cruces de romero bendito y distribuirlas por los sembrados.

218. Los pescadores de almadraba salir del puerto entonando todos juntos y en voz alta el «Santo Dios».

219. Usar para cadena de reloj un facsímile de las de San Pedro Advíncula, con lo cual se ganan indulgencias.

220. En algunas regiones de España, al besar la mano a los sacerdotes, decir: «Alabado sea el Santísimo Sacramento» y en otras «Ave María Purísima»: respondiendo el sacerdote a los primeros «Por siempre sea bendito y alabado», y a los segundos, «Sin pecado concebida».

221. En la Nochebuena reunirse los muchachos de los cortijos y visitar las casas de los amos, cantando villancicos y recibiendo aguinaldos.

222. El Domingo de Resurrección llevar procesionalmente de casa en casa la Santa Cruz, y no

comer de carne las familias, hasta que ha pasado tan piadosa visita.

223. Cuando hay calamidades públicas, salir los hombres de noche en procesiones de penitencia.

224. En muchos pueblos, al pasar junto a la Santa Cruz, hincar una rodilla en tierra y decir: «Adorámoste Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo».

225. En la procesión del Viernes Santo, salir detrás del paso del Señor algunos hombres, ya descalzos, ya con una gruesa cadena atada a la cintura y arrastrando.

226. Usar discretamente el sistema intuitivo para enseñar al pueblo la historia y misterios de la Santa Religión, particularmente, en las procesiones de Semana Santa.

227. Llamar el Jesús a la cartilla, porque llevaba siempre una Cruz sobre el abecedario; y antes de pronunciar la A, se decía Jesús, señalando el signo de nuestra Redención.

228. El Domingo de Resurrección, reunirse las familias en casa de los padres, o del mayor de los hermanos, y comer, juntos, el cordero Pascual.

229. El día del Corpus o del Señor, sacar las madres a los niños enfermos para que al pasar la procesión, los bendiga el Sacerdote con el Santísimo Sacramento.

230. En las Provincias Vascongadas, asisten todos los que pueden al Santo Rosario de la

parroquia, y los niños vuelven a sus casas cantando el «Santo Dios».

231. Asistir todo el año a Misa mayor algún individuo de la familia en que ha muerto alguno.

232. Llevar el día 3 de Mayo la Santa Cruz procesionalmente a la torre de la Iglesia, y tenerla allí con luz encendida día y noche, hasta el 14 de Septiembre, para la conservación de los campos.

233. Pedirle con frecuencia la bendición a los sacerdotes, particularmente los niños al besarle la mano.

234. Dentro de la Iglesia, cuando no está el Señor de Manifiesto y pasa un sacerdote, ponerse de pie los hombres y de rodillas las mujeres.

235. Pedir los hijos la bendición a los padres, cuando van a dormir y cuando se levantan.

236. La víspera de Resurrección y Pentecostés, ir algunos de cada familia a la parroquia por agua bendita, de la que acaban de bendecir solemnemente.

237. El día de San Juan, ir a la Iglesia con flores y yerbas aromáticas, para que las bendigan los sacerdotes.

238. El día de los Difuntos, encender alguna vela o lámpara en las casas, y reunida la familia, rezar las tres partes del Rosario.

239. Al toque del *Angelus*, mandar los señores detener el carruaje en el paseo para rezar las oraciones.

240. Cuando yendo de viaje se pasa por algún

pueblo o se divisa de lejos, saludar al Santísimo Sacramento, o la Santísima Virgen y orar por los difuntos.

241. En los molinos de aceite, cuando se levanta la piedra de la viga, rezar un Padre nuestro.

242. Detener un momento las imágenes que salen en procesión, delante de las casas en que hay algún enfermo de gravedad.

243. Cuando una familia es tan pobre que no tiene para el entierro de uno que ha muerto, poner una bandeja en la puerta de la calle para que echen limosnas.

244. Los mineros, pedir limosna para mandar decir una Misa cuando van a principiar un nuevo filón.

245. La Nochebuena darle doble pienso a los pobres animales.

246. El día de Todos los Santos, ir los acólitos por las casas rociando agua bendita, particularmente donde hay enfermos.

247. En las minas, cuando se va a estrenar una máquina, bendecirla el capataz, estando presente el maquinista.

248. Los hortelanos ofrecerle la primera fruta a la Santísima Virgen.

249. Cuando algún desgraciado delincuente sale para el patíbulo, entonar la Salve los demás presos, pidiendo a la Santísima Virgen le dé buena muerte y recoja su alma.

250. En las casas acomodadas, presentar en la mesa de los señores la comida de la familia

(criados) y probarla para saber que es buena y abundante.

251. Santiguarse los barberos antes de afeitar la primera vez en el día.

252. «Carnecería de los dolientes». Llamar así a la única en que con papeleta del médico, se permita despachar carne en los días de abstinencia.

253. En las eras hacer la señal de la Santa Cruz sobre el montón de trigo antes de medirlo.

254. En la recolección de aceituna, avisar la hora de comer diciendo el manijero en alta voz: «Cristo», cuya invocación repiten los trabajadores. En algunas regiones esta santa palabra sirve para terminar toda ocupación.

255. Al volver del entierro de un párvulo, decir a los padres: «El Señor nos reuna con él en el Cielo».

ÍNDICE

Páginas

Biblioteca de EL GRANITO DE ARENA

POR EL

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Manuel González

Obispo de Málaga, antiguo Arcipreste de Huelva

MI COMUNIÓN DE MARÍA. — 4.ª edición, 274 páginas. Libro para enseñar modos y meter ganas de preparar, agradecer y digerir bien la Comunión. — Encuadernado en tela, 2 pesetas.

LO QUE PUEDE UN CURA HOY o respuesta a esta pregunta: ¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco? 6.ª edición, no corregida, aumentada con interesante Conferencia sobre la *Acción social del Párroco;* libro muy recomendado para los propensos a cruzarse de brazos; un tomo de 285 páginas, en octavo. — Encuadernado en cartoné, 1.50 pesetas. — Traducido a cinco idiomas.

GRANITOS DE SAL. — Aperitivos para las almas inapetentes. Primera y segunda serie, 4.ª y 5.ª edición, 200 y 160 páginas respectivamente. — Encuadernado en cartoné, a dos tintas, 1.50 ptas. cada serie.

AUNQUE TODOS... YO NO. — Razón de ser y orígenes de la Obra de las Marías, su organización, frutos y privilegios. — Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido. — 4.ª edición. En rústica 1 peseta. 165 páginas.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL C. DE JESÚS EN EL SAGRARIO. — Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para las visitas al Santísimo. — 5.ª edición. — 260 páginas. Encuadernado en tela, 2 pesetas.

OREMOS EN EL SAGRARIO COMO SE ORABA EN EL EVANGELIO.—Presenta modos de orar usados en el Evangelio y enseña a imitarlos ante el Sagrario, desvaneciendo todo pretexto para no orar.—259 páginas.—En tela, 2 ptas.

JESÚS CALLADO O LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL SILENCIO.—Cartilla para aprender a callar. Librito de bolsillo.—150 páginas.—En tela, 2 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO. — 556 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas.—205 páginas.—4.ª edición.—En tela, 1.50 ptas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS. (4.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario.—Encuadernado en cartoné, portada a dos tintas, 270 páginas, 1.75 pesetas.

SEMBRANDO GRANOS DE MOSTAZA. Notas del gran mundo de la gente menuda. Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla. 284 páginas.—En cartoné, 2 pesetas.

NUESTRO BARRO.-Avisos y ejemplos para hacer santos, a pesar de él.—1.50 ptas.

UN SUEÑO PASTORAL, o recristianización del pueblo por el Sacerdote-hostia. - Más de 500 páginas, portada en colores y grabados numerosos. - 5 pesetas.

LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN O ARTE DE EDUCAR CON GRACIA.-Más de 500 páginas. Encuadernado en tela, 2.50 ptas.

EL ROSARIO SACERDOTAL, o los gozos, dolores y glorias del Sacerdocio en Jesús, en la Madre Sacerdotal y en el Sacerdote. Encuadernado y con grabados, 2 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. — Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios - Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. 10.ª edición de 10.000 ejemplares, a 1.25 en tela y 0.75 en rústica.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN. — En tela, al mismo precio. — 2.ª edición.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. - 2.ª edición.— Sugestivo librito revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística.—106 páginas.—Encuadernado en tela, 2 ptas.

APOSTOLADOS MENUDOS. Recetas para ser apóstol perenne a poca costa. 1.ª serie, 2.ª edición, 150 páginas. — En cartoné, 1.50 pesetas.

ARTES PARA SER APÓSTOL COMO DIOS MANDA. (2.ª serie de «Apostolados Menudos»). - 155 páginas.—1.50 ptas.

ARTE Y LITURGIA. En él se estudia el arte y la liturgia en sus mutuas relaciones y también la Pedagogía de la Misa. Encuadernado en cartoné con grabados en el texto, 165 páginas. 1.50 pesetas.

PÍA UNIÓN DE LAS TRES MARÍAS DE LOS SAGRARIOS-CALVARIOS. (7.ª edición). Organización y espíritu. En tela, 1.50 pesetas. En rústica, 1 peseta.

Precio de toda la colección: 35 pesetas.

Descuentos según el número de ejemplares pedidos.

